

ISSN 1018-1563
Tercera Época / N° 53
enero - abril, 2004
Costo: B/. 4.00

Director:
Coordinación de Difusión Cultural
Universidad Tecnológica de Panamá
Enrique Jaramillo Levi

Corresponsales Internacionales:

Jaime García Saucedo (Colombia)
Carmen Naranjo (Costa Rica)
Ángela Romero Pérez (España)
Carlos Meneses (España)
Dante Liano (Italia)
Fernando Burgos (Estados Unidos)
Roberto Castillo (Honduras)
Miguel Huezo Mixco (El Salvador)
Martín Jamieson Villiers (Argentina)
Mempo Giardinelli (Argentina)
Viviane Nathan (Israel)
Lauro Zavala (México)
Floriano Martins (Brasil)
Rogelio Rodríguez Coronel (Cuba)
Méndez Vides (Guatemala)

Portada:
Acuarela del pintor panameño
Arcesio Guardia.

Diseño Gráfico:
Pablo Menacho

Un esfuerzo editorial
sin fines de lucro

Una Coedición:

Universidad Tecnológica
de Panamá (U.T.P)

Fundación Cultural Signos

**Diseñado y
Construido por:**

Red Académica de Investigación y Desarrollo (PANNet)

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

ÍNDICE.....

EDITORIAL

PARA RECORDAR A JULIO CORTÁZAR
- Cronología
- Dos cuentos y un ensayo de Julio Cortázar:
  - Deshoras
  - Cuello de gatito negro
  - Del cuento breve y sus alrededores
- Julio Cortázar y el minotauro / Rogelio Sinán

MISCELÁNEA
- Érika Harris o el talento narrativo / Enrique Jaramillo Levi
- Madres somos de los hijos / Carlos E. Fong A.
- Extratextualidad en la poesía femenina panameña finisecular originada por el Canal / Ana María Camargo
- Fisonomía de la sierpe onírica / Pedro León Carvajal
- Cultura y cambio / Miguel Rico Varadé
- Aliento cuántico / Alexánder Zanches
- Muerte de un rimador / Otto Raúl González
- Carlos Fong y Desde el otro lado / Porfirio Sánchez

TRES NUEVAS CUENTISTAS PANAMEÑAS
- Blackout / Marisín González
- La voz en la mano / Érika Harris
- Dios premia la inocencia / Marisín Reina

PREMIO <<JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ>> 2003
- Eduardo Soto Pimentel gana Premio "José María Sánchez" 2003
- Fallo
- Autobiografía mínima del ganador
- "Me considero un narrador nato":
- Entrevista a Eduardo Antonio Soto Pimentel / Enrique Jaramillo Levi
- Desprendimiento / Eduardo Antonio Soto Pimentel

TALLER
- Canela y manzanas / Lupita Quirós Athanasiadis
- El dislate del ser / Roberto Rivera
- La niña / Isabel Herrera de Taylor
- Extremaunción / Enrique Noel M.

RESEÑAS
- La mirad oblícua de Ángela Romero Pérez: tributo de la crítica española al examen de la narrativa panameña / Irina de Ardilla
- A este y al otro lado del espejo. Resignaciones y huidas en El escapista y demás fugas de Carlos Oriel Wynter Melo / Bibiana Castro Ramírez
- Vida en la palabra, vida en el tiempo / Juan Antonio Gómez

PAPELES DE LA <<MAGA>>
- Dejando caer estrellas - Discurso de graduación del Diplomado en Creación Literaria 2003 / Lupita Quirós Athanasiadis
- Señales prometedoras / Enrique Jaramillo Levi
- Concurso <<MAGA>> del Cuento Breve

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

EDITORIAL

Hace 20 años nació esta revista. Pocos días antes, el 12 de febrero de 1984, fallecía en París el gran escritor argentino Julio Cortázar, cronopio mayor, autor de varias novelas singulares y de un número importante de cuentos extraordinarios. Decidí llamar Maga a esta publicación como una manera de honrar su memoria, al retomar el apodo de uno de los principales personajes "la Maga" de su excepcional novela Rayuela, publicada por primera vez en Buenos Aires en 1963. También pretendía tener la connotación de ser una auténtica maga de la cultura panameña, habida cuenta de las enormes dificultades que en aquella época (y todavía hoy) entrañan en Panamá las iniciativas culturales para manifestarse y sostener su esfuerzo.

Esta revista, de naturaleza totalmente literaria, como era previsible murió por razones económicas en dos ocasiones (se publicó de 1984 a 1987 y de 1990 a 1993), pero como buena maga resucitó también dos veces; su tercera continúa divulgándose hasta la fecha con el decidido apoyo de la Universidad Tecnológica de Panamá en coedición con la Fundación Cultural Signos. Mantuvimos la secuencia, y es así como con este número llegamos a la edición 53.

Un segmento de este número pretende ser un modestísimo homenaje a Cortázar como una forma de conmemorar el inicio de nuestra publicación. En este sentido, incluimos ahora dos de sus cuentos y un breve ensayo en el que reflexiona precisamente sobre este género, además de un artículo olvidado de nuestro Rogelio Sinán sobre él, y una cronología que da una idea somera de algunos episodios de su vida y de sus publicaciones.

En la sección «Miscelánea» ofrecemos cuentos de Carlos E. Fong (panameño), Otto-Raúl González (guatemalteco) y Pedro León Carvajal (nicaragüense); ensayos de Miguel Rico Varadé (español), Ana María Camargo, Porfirio Sánchez y Enrique Jaramillo Levi, así como poemas de Alexánder Zanches (panameños).

Hemos querido destacar el talento de tres nuevas cuentistas en una sección especial: Marisín González, Érika Harris y Marisín Reina.

Otro segmento se refiere al Premio Nacional de Cuento "José María Sánchez" 2003, otorgado a un nuevo autor: Eduardo Antonio Soto Pimentel, por su libro Cuentos nada más, que publicará este año la Universidad Tecnológica de Panamá.

Las secciones "Taller", "Reseñas" y "Papeles de la Maga" se incluyen, como es costumbre, a fin de promover a noveles autores, comentar libros recientes y rescatar discursos o documentos de interés, respectivamente.

Por último, reactivamos, de forma anual, el Concurso "Maga" del Cuento Breve, cuyas Bases aquí consignamos.

Seguiremos incentivando la literatura nacional, sin descuidar la que se escribe en otros ámbitos, porque la escritura artística es parte importante de la experiencia humana, y señal de que existe una conciencia individual y colectiva que no se deja intimidar por los acechos más negativos de la modernidad. El sostenido respaldo de la Universidad Tecnológica de Panamá permite albergar esta certeza.

E.J.L.
Panamá, febrero de 2004

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

PARA RECORDAR A JULIO CORTÁZAR

Cronología de Julio Cortázar

1914	Nace el 26 de agosto en Bruselas, Bélgica, de padres argentinos.
1918	Su familia regresa a la Argentina y se instala en Banfield, suburbio de Buenos Aires, donde Cortázar pasa su infancia y adolescencia.
1932	Obtiene el grado de maestro de primaria.
1935	Obtiene el grado de maestro de enseñanza media.
1936	Ingresa a la carrera de letras de la Universidad de Buenos Aires.
1937	Abandona los estudios y comienza a trabajar como profesor en Bolívar y Chivilcoy, pueblos de la provincia de Buenos Aires.
1938	Publica, bajo el seudónimo de Julio Denis, el libro de poemas Presencia (Buenos Aires, El Bibliófilo).
1944	Imparte cursos de literatura inglesa y francesa en la Universidad de Cuyo. Por su oposición al peronismo se ve obligado a renunciar. Se traslada a Buenos Aires, donde trabaja como director de la Cámara Argentina del Libro.
1949	Publica el poema dramático Los Reyes.
1951	Recibe una beca del gobierno francés para estudiar en París. Se instala definitivamente en la capital francesa donde vivirá hasta su muerte. Publica su primer volumen de cuentos: Bestiario.
1953	Viaja a Italia. Se casa con Aurora Bernárdez. Comienza a trabajar como traductor para la Unesco.
1956	Publica el volumen de cuentos Final del juego y la traducción de las obras en prosa de Edgar Allan Poe (Universidad de Puerto Rico).
1959	Publica el volumen de cuentos Las armas secretas.
1960	Publica su primera novela: Los Premios. Viaja a los Estados Unidos (Washington y Nueva York).
1962	Publica la colección de textos Historias de cronopios y de famas.
1963	Publica la novela Rayuela. Realiza su primera visita oficial a la Cuba socialista.
1966	Publica el volumen de cuentos Todos los fuegos el fuego.
1967	Publica la colección de textos La vuelta al día en ochenta mundos.
1968	Publica la novela 62. Modelo para armar, y el texto Buenos Aires. Buenos Aires.
1969	Publica la colección de textos Último round.
1970	Publica Viaje alrededor de una mesa (ponencia presentada en la mesa redonda "El intelectual y la política", celebrada en París en abril de 1970), así como Literatura en la revolución y revolución en la literatura (texto de la polémica sostenida por Cortázar y Mario Vargas Llosa con Óscar Collazos y publicada originalmente en la revista Marcha de Montevideo, a partir del 29 de agosto de 1969, México, Siglo XXI Editores). Publica también el volumen Relatos (que incluye los libros Bestiario, Final del juego, Las armas secretas y Todos los fuegos el fuego).
1971	Publica el poemario Pameos y meopas.
1972	Publica el texto Prosa del observatorio.

1973	Publica la novela Libro de Manuel. Con ocasión de la aparición de esta novela viaja a la Argentina. Visita también Ecuador, Perú y Chile, donde se entrevista con el presidente Salvador Allende.
1974	Publica el volumen de cuentos Octaedro. Obtiene el premio Médicis de literatura para autores extranjeros por la novela Libro de Manuel, y dona el monto del premio a la resistencia chilena. Inicia su participación en el Tribunal Russell.
1975	Publica la historieta Fantomas contra los vampiros multinationales (México, Excélsior), y el texto Silvalandia (que acompaña la obra gráfica de Julio Silva, México, Cultura G.D.A.). Viaja a los Estados Unidos (Oklahoma) en ocasión de la Fifth Oklahoma Conference on Writers of the Hispanic World dedicada a él (21-22 de noviembre). Realiza lecturas de su obra en la Universidad de Oklahoma.
1977	Publica el volumen de cuentos Alguien que anda por ahí, y Ceremonias (que incluye los libros Final del juego y Las armas secretas).
1978	Publica la colección de textos Territorios.
1979	Publica el volumen de cuentos Un tal Lucas. Visita Panamá y Nicaragua. A partir de esta fecha, iniciará una intensa campaña internacional en apoyo a la joven revolución nicaragüense.
1980	Publica en México el volumen de cuentos Queremos tanto a Glenda.
1981	El presidente Miterrand le concede la nacionalidad francesa.
1982	Publica el volumen de cuentos Deshoras.
1984	Muere en París el 12 de febrero.

Con posterioridad, aparecen, entre otras obras: Los autonautas de la cosmopista (en colaboración con Carol Dunlop), Salvo el crepúsculo, Nicaragua tan violentamente dulce, Alto el Perú, Nada a Pehuajó, El examen.

(Tomado de: Mario Goloboff. Julio Cortázar.
La biografía. Buenos Aires: Seix Barral , 1998.).

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

PARA RECORDAR A JULIO CORTÁZAR

Dos Cuentos y un Ensayo de Julio Cortázar

Deshoras

Ya no tenía ninguna razón especial para acordarme de todo eso, y aunque me gustaba escribir por temporadas y algunos amigos aprobaban mis versos o mis relatos, me ocurría preguntarme a veces si esos recuerdos de la infancia merecían ser escritos si no nacían de la ingenua tendencia a creer que las cosas habían sido más de veras cuando las ponía en palabras para fijarlas a mi manera, para tenerlas ahí como las corbatas en el armario o el cuerpo de Felisa por la noche, algo que no se podría vivir de nuevo pero que se hacía más presente como si en el mero recuerdo se abriera paso una tercera dimensión, una casi siempre amarga pero tan deseada contigüidad. Nunca supe bien por qué, pero una y otra vez volvía a cosas que otros habían aprendido a olvidar para no arrastrarse en la vida con tanto tiempo sobre los hombros. Estaba seguro de que entre mis amigos había pocos que recordaran a sus compañeros de infancia como yo recordaba a Doro, aunque cuando escribía sobre Doro no era casi nunca él quien me llevaba a escribir sino otra cosa, algo en que Doro era solamente el pretexto para la imagen de su hermana mayor, la imagen de Sara en aquel entonces en que Doro y yo jugábamos en el patio o dibujábamos en la sala de la casa de Doro.

Tan inseparables habíamos sido en esos tiempos del sexto grado, de los doce o trece años, que no era capaz de sentirme escribiendo separadamente sobre Doro, aceptarme desde fuera de la página y escribiendo sobre Doro. Verlo era verme simultáneamente como Aníbal con Doro, y no hubiera podido recordar nada de Doro si al mismo tiempo no hubiera sentido que Aníbal estaba también ahí en ese momento, que era Aníbal el que había pateado aquella pelota que rompió un vidrio de la casa de Doro una tarde de verano, el susto y las ganas de esconderse o de negar, la aparición de Sara tratándolos de bandidos y mandándolos a jugar al potrero de la esquina. Y con todo eso venía también Bánfield, claro, porque todo había pasado allí, ni Doro ni Aníbal hubieran podido imaginarse en otro pueblo que en Bánfield donde las casas y los potreros eran entonces más grandes que el mundo.

Un pueblo, Bánfield, con sus calles de tierra y la estación del Ferrocarril Sud, sus baldíos que en verano hervían de langostas multicolores a la hora de la siesta, y que de noche se agazapaba como temeroso en torno a los pocos faroles de las esquinas, con una que otra pitada de los vigilantes a caballo y el halo vertiginoso de los insectos voladores en torno a cada farol. A tan poca distancia las casas de Doro y de Aníbal que la calle era para ellos como un corredor más, algo que seguía manteniéndolos unidos de día o de noche, en el potrero jugando al fútbol en plena siesta o bajo la luz del farol de la esquina mirando cómo los sapos y los escuerzos hacían rueda para comerse a los insectos borrachos de dar vueltas en torno a la luz amarilla. Y el verano, siempre, el verano de las vacaciones, la libertad de los juegos, el tiempo solamente de ellos, para ellos, sin horario ni campana para entrar a clase, el olor del verano en el aire caliente de las tardes y las noches, en las caras sudadas después de ganar o perder o pelearse o correr, de reírse y a veces de llorar pero siempre juntos, siempre libres, dueños de su mundo de barriletes y pelotas y esquinas y veredas.

De Sara le quedaban pocas imágenes, pero cada una se recortaba como un vitral a la hora del sol más alto, con azules y rojos y verdes penetrando el espacio hasta hacerle daño, a veces Aníbal veía sobre todo su pelo rubio cayéndole sobre los hombros como una caricia que él hubiera querido sentir contra su cara, a veces su piel tan blanca porque Sara no salía casi nunca al sol, absorbida por los trabajos de la casa, la madre enferma y Doro que volvía cada tarde con la ropa sucia, lastimadas las rodillas, las zapatillas embarradas. Nunca supo la edad de Sara en ese entonces, solamente que ya era una señorita, una joven madre de su hermano que se volvía más niño cuando ella le hablaba, cuando le pasaba la mano por la cabeza antes de mandarlo a comprar algo o pedirles a los dos que no gritaran tanto en el patio. Aníbal la saludaba tímido, dándole la mano, y Sara se la apretaba amablemente, casi sin mirarlo pero aceptándolo como esa otra mitad de Doro que casi diariamente venía a la casa para leer o jugar. A las cinco los llamaba para darles café con leche y bizcochos, siempre en la mesita del patio o en la sala sombría; Aníbal sólo había visto dos o tres veces a la madre de Doro, dulcemente desde su sillón de ruedas les decía su hola chicos, su tengan cuidado con los autos, aunque había tan pocos autos en Bánfield y ellos sonreían seguros de sus esquives en la calle, de su invulnerabilidad de jugadores de fútbol y corredores. Doro no hablaba nunca de su madre, casi siempre en la cama o escuchando radio en el salón, la casa era el patio y Sara, a veces algún tío de visita que les preguntaba lo que habían estudiado en la escuela y les regalaba cincuenta centavos. Y para Aníbal siempre era verano, de los inviernos no tenía casi recuerdos, su casa se volvía un encierro gris y neblinoso donde

sólo los libros contaban, la familia en sus cosas y las cosas fijas en sus huecos, las gallinas que él tenía que cuidar, las enfermedades con largas dietas y té y solamente a veces Doro, porque a Doro no le gustaba quedarse mucho en una casa donde no los dejaban jugar como en la suya.

Fue a lo largo de una bronquitis de quince días que Aníbal empezó a sentir la ausencia de Sara, cuando Doro venía a visitarlo le preguntaba por ella y Doro le contestaba distraído que estaba bien, lo único que le interesaba era si esa semana iban a poder jugar de nuevo en la calle. Aníbal hubiera querido saber más de Sara pero no se animaba a preguntar mucho, a Doro le hubiera parecido estúpido que se preocupara por alguien que no jugaba como ellos, que estaba tan lejos de todo lo que ellos hacían y pensaban. Cuando pudo volver a la casa de Doro, todavía un poco débil, Sara le dio la mano y le preguntó cómo andaba, no tenía que jugar a la pelota para no cansarse, mejor que dibujaran o leyeran en la sala; su voz era grave, hablaba como siempre le hablaba a Doro, afectuosamente pero lejos, la hermana mayor atenta y casi severa. Antes de dormirse esa noche, Aníbal sintió que algo le subía a los ojos, que la almohada se le volvía Sara, una necesidad de apretarla en los brazos y llorar con la cara pegada a Sara, al pelo de Sara, queriendo que ella estuviera ahí y le trajera los remedios y mirara el termómetro sentada a los pies de la cama. Cuando su madre vino por la mañana para frotarle el pecho con algo que olía a alcohol y a mentol, Aníbal cerró los ojos y fue la mano de Sara alzándole el camisón, acariciándolo livianamente, curándolo.

Era de nuevo el verano, el patio de la casa de Doro, las vacaciones con novelas y figuritas, con la filatelia y la colección de jugadores de fútbol que pegaban en un álbum. Esa tarde hablaban de pantalones largos, ya no faltaba mucho para ponérselos, quién iba a entrar en la secundaria con pantalones cortos. Sara los llamó para el café con leche y a Aníbal le pareció que había escuchado lo que decían y que en su boca había como un resto de sonrisa, a lo mejor se divertía oyéndolos hablar de esas cosas y se burlaba un poco. Doro le había dicho que ya tenía novio, un señor grande que la visitaba los sábados pero que él no había visto todavía. Aníbal lo imaginaba como alguien que le traía bombones a Sara y hablaba con ella en la sala, igual que el novio de su prima Lola, en pocos días se había curado de la bronquitis y ya podía jugar de nuevo en el potrero con Doro y los otros amigos. Pero de noche era triste y a la vez tan hermoso, solo en su cuarto antes de dormirse se decía que Sara no estaba ahí, que nunca entraría a verlo ni sano ni enfermo, justo a esa hora en que él la sentía tan cerca, la miraba con los ojos cerrados sin que la voz de Doro o los gritos de los otros chicos se mezclaran con esa presencia de Sara sola ahí para él, junto a él, y el llanto volvía como un deseo de entrega, de ser Doro en las manos de Sara, de que el pelo de Sara le rozara la frente y su voz le dijera buenas noches, que Sara le subiera la sábana antes de irse.

Se animó a preguntarle a Doro como de paso quién lo cuidaba cuando estaba enfermo, porque Doro había tenido una infección intestinal y había pasado cinco días en la cama. Se lo preguntó como si fuera natural que Doro le dijera que su madre lo había atendido, sabiendo que no podía ser y que entonces Sara, los remedios y las otras cosas. Doro le contestó que su hermana le hacía todo, cambió de tema y se puso a hablar de cine. Pero Aníbal quería saber más, si Sara lo había cuidado desde que era chico, y claro que lo había cuidado porque su mamá llevaba ocho años casi inválida y Sara se ocupaba de los dos. Pero entonces, ¿ella te bañaba cuando eras chico? Seguro, ¿por qué me preguntás esas pavadas? Por nada, por saber nomás, debe ser tan raro tener una hermana grande que te baña. No tiene nada de raro, che. ¿Y cuando te enfermabas de chico ella te cuidaba y te hacía todo? Sí, claro. ¿Y a vos no te daba vergüenza que tu hermana te viera y te hiciera todo? No, qué vergüenza me iba a dar, yo era chico entonces. ¿Y ahora? Bueno, ahora igual, por qué me va a dar vergüenza cuando estoy enfermo.

Por qué, claro. A la hora en que cerrando los ojos imaginaba a Sara entrando de noche en su cuarto, acercándose a su cama, era como un deseo de que ella le preguntara cómo estaba, le pusiera la mano en la frente y después bajara las sábanas para verle la lastimadura en la pantorrilla, le cambiara la venda tratándolo de tonto por haberse cortado con un vidrio. La sentía levantándole el camisón y mirándolo desnudo, tocándole el vientre para ver si estaba inflamado, tapándolo de nuevo para que se durmiera. Abrazado a la almohada se sentía de pronto tan solo, y cuando abría los ojos en el cuarto ya vacío de Sara era como una marea de congoja y de delicia porque nadie, nadie podía saber de su amor, ni siquiera Sara, nadie podía comprender esa pena y ese deseo de morir por Sara, de salvarla de un tigre o de un incendio y morir por ella, y que ella se lo agradeciera y lo besara llorando. Y cuando sus manos bajaban y empezaba a acariciarse como Doro, como todos los chicos, Sara no entraba en sus imágenes, era la hija del almacenero o la prima Yolanda, eso no podía suceder con Sara que venía a cuidarlo de noche como lo cuidaba a Doro, con ella no había más que esa delicia de imaginarla inclinándose sobre él y acariciándolo y el amor era eso, aunque Aníbal ya supiera lo que podía ser el amor y se lo imaginara con Yolanda, todo lo que él le haría alguna vez a Yolanda o a la chica del almacenero.

El día del zanjón fue casi al final del verano, después de jugar en el potrero se habían separado de la barra y por un camino que solamente ellos conocían y que llamaban el camino de Sandokan se perdieron en la maleza espinosa donde una vez habían encontrado un perro ahorcado en un árbol y habían huido de puro susto. Arañándose las manos se abrieron paso hasta lo más tupido, hundiendo la cara en el ramaje colgante de los sauces hasta llegar al borde del zanjón de aguas turbias donde siempre habían esperado pescar mojarritas y nunca habían sacado nada. Les gustaba sentarse al borde y fumar los cigarrillos que Doro hacía con chala de maíz, hablando de las novelas de Salgari y planeando viajes y cosas. Pero ese día no tuvieron suerte, a Aníbal se le enganchó un zapato en una raíz y se fue para adelante, se agarró de Doro y los dos resbalaron

en el talud del zanjón y se hundieron hasta la cintura, no había peligro pero fue como si, manotearon desesperados hasta sujetarse de la ramazón de un sauce, se arrastraron trepando y puteando hasta lo alto, el barro se les había metido por todas partes, les chorreaba dentro de las camisas y los pantalones y olía a podrido, a rata muerta.

Volvieron casi sin hablar y se metieron por el fondo del jardín en la casa de Doro, esperando que no hubiera nadie en el patio y pudieran lavarse a escondidas. Sara colgaba ropa cerca del gallinero y los vio venir, Doro como con miedo y Aníbal detrás, muerto de vergüenza y queriendo de veras morirse, estar a mil leguas de Sara en ese momento en que ella los miraba apretando los labios, en un silencio que los clavaba ridículos y confundidos bajo el sol del patio.

Era lo único que faltaba dijo solamente Sara, dirigiéndose a Doro pero tan para Aníbal balbuceando las primeras palabras de una confesión, era culpa suya, se le había enganchado un zapato y entonces, Doro no tuvo la culpa de que, lo que había pasado era que todo estaba tan refaloso.

Vayan a bañarse ahora mismo dijo Sara como si no lo hubiera oído. Sáquense los zapatos antes de entrar y después se lavan la ropa en la pileta del gallinero.

En el baño se miraron y Doro fue el primero en reírse pero era una risa sin convicción, se desnudaron y abrieron la ducha, bajo el agua podían empezar a reírse de veras, a pelearse por el jabón, a mirarse de arriba abajo y a hacerse cosquillas. Un río de barro corría hasta el desagüe y se diluía poco a poco, el jabón empezaba a dar espuma, se divertían tanto que en el primer momento no se dieron cuenta de que la puerta se había abierto y que Sara estaba ahí mirándolos, acercándose a Doro para sacarle el jabón de la mano y frotárselo en la espalda todavía embarrada. Aníbal no supo qué hacer, parado en la bañadera se puso las manos en la barriga, después se dio vuelta de golpe para que Sara no lo viera y fue todavía peor, de tres cuartos y con el agua corriéndole por la cara, cambiando de lado y otra vez de espaldas, hasta que Sara le alcanzó el jabón con un lavate mejor las orejas, tenés barro por todas partes.

Esa noche no pudo ver a Sara como las otras noches, aunque apretaba los párpados lo único que veía era a Doro y a él en la bañadera, a Sara acercándose para inspeccionarlos de arriba abajo y después saliendo del baño con la ropa sucia en los brazos, generosamente yendo ella misma a la pileta para lavarles las cosas y gritándoles que se envolvieran en las toallas de baño hasta que todo estuviera seco, dándoles el café con leche sin decir nada, ni enojada ni amable, instalando la tabla de planchar bajo las glicinas y poco a poco secando los pantalones y las camisas. Cómo no había podido decirle algo al final cuando los mandó a vestirse, decirle solamente gracias, Sara, qué buena es, gracias de veras, Sara. No había podido decir ni eso y Doro tampoco, habían ido a vestirse callados y después la filatelia y las figuritas de aviones sin que Sara apareciera de nuevo, siempre cuidando a su madre al anochecer, preparando la cena y a veces tarareando un tango entre el ruido de los platos y las cacerolas, ausente como ahora bajo los párpados que ya no le servían para hacerla venir, para que supiera cuánto la quería, qué ganas de morirse de veras después de haberla visto mirándolos en la ducha.

Debió ser en las últimas vacaciones antes de entrar en el colegio nacional, sin Doro porque Doro iría a la escuela normal, pero los dos se habían prometido seguir viéndose todos los días aunque fueran a escuelas diferentes, qué importaba si por la tarde seguirían jugando como siempre, sin saber que no, que algún día de febrero o marzo jugarían por última vez en el patio de la casa de Doro porque la familia de Aníbal se mudaba a Buenos Aires y solamente podrían verse los fines de semana, amargos de rabia por un cambio que no querían admitir, por una separación que los grandes les imponían como tantas cosas, sin preocuparse por ellos, sin consultarlos.
Todo de golpe iba rápido, cambiaba como ellos con los primeros pantalones largos, cuando Doro le dijo que Sara se iba a casar a principios de marzo, se lo dijo como algo sin importancia y Aníbal ni siquiera hizo un comentario, pasaron días antes de que se animara a preguntarle a Doro si Sara iba a seguir viviendo con él después de casada, pero sos idiota vos, cómo se van a quedar aquí, el tipo tiene mucha guita y se la va a llevar a Buenos Aires, tiene otra casa en Tandil y yo me voy a quedar con mi mamá y tía Faustina que la va a cuidar.

Ese sábado último de las vacaciones vio llegar al novio en su auto, lo vio de azul y gordo, con lentes, bajándose del auto con un paquetito de masas y un ramo de azucenas. En su casa lo llamaban para que empezara a embalar sus cosas, la mudanza era el lunes y todavía no había hecho nada. Hubiera querido ir a la casa de Doro sin saber por qué, estar solamente ahí, pero su madre lo obligó a empaquetar sus libros, el globo terráqueo, las colecciones de bichos. Le habían dicho que tendría una pieza grande para él solo con vista a la calle, le habían dicho que podría ir al colegio a pie. Todo era nuevo, todo iba a empezar de otra manera, todo giraba lentamente, y ahora Sara estaría sentada en la sala con el gordo del traje azul, tomando el té con las masas que él había traído, tan lejos del patio, tan lejos de Doro y él, sin nunca más llamarlos para el café con leche debajo de las glicinas.

El primer fin de semana en Buenos Aires (era cierto, tenía una pieza grande para él solo, el barrio estaba lleno de negocios, había un cine a dos cuadras), tomó el tren y volvió a Bánfield para ver a Doro. Conoció a la tía Faustina, que no les dio nada cuando terminaron de jugar en el patio, se fueron a caminar por el barrio y Aníbal tardó un rato en preguntarle por Sara. Bueno, se había casado por civil y ya estaban en la casa de Tandil para la luna de miel, Sara iba a venir cada quince

días a ver a su madre. ¿Y no la extrañás? Sí, pero qué querés. Claro, ahora está casada. Doro se distraía, empezaba a cambiar de tema y Aníbal no encontraba la manera de que siguiera hablándole de Sara, a lo mejor pidiéndole que le contara el casamiento y Doro riéndose, yo qué sé, habrá sido como siempre, del civil se fueron al hotel y entonces vino la noche de bodas, se acostaron y entonces el tipo. Aníbal escuchaba mirando las verjas y los balcones, no quería que Doro le viera la cara y Doro se daba cuenta, seguro que vos no sabés lo que pasa la noche de bodas. No jodas, claro que sé. Lo sabés pero la primera vez es diferente, a mí me contó Ramírez, a él se lo dijo el hermano que es abogado y se casó el año pasado, le explicó todo. Había un banco vacío en la plaza, Doro había comprado cigarrillos y le seguía contando y fumando, Aníbal asentía, tragaba el humo que empezaba a marearlo, no necesitaba cerrar los ojos para ver contra el fondo del follaje el cuerpo de Sara que nunca había imaginado como un cuerpo, ver la noche de bodas desde las palabras del hermano de Ramírez, desde la voz de Doro que le seguía contando.

Ese día no se animó a pedirle la dirección de Sara en Buenos Aires, lo dejó para otra visita porque tenía miedo de Doro en ese momento, pero la otra visita no llegó nunca, el colegio empezó y los nuevos amigos, Buenos Aires se tragó poco a poco a Aníbal cargado de libros de matemáticas y tantos cines en el centro y la cancha de River y los primeros paseos de noche con Beto, que era un porteño de veras. También a Doro le estaría pasando lo mismo en La Plata, cada tanto Aníbal pensaba en mandarle unas líneas porque Doro no tenía teléfono, después venía Beto o había que preparar algún trabajo práctico, fueron meses, el primer año, vacaciones en Saladillo, de Sara no iba quedando más que alguna imagen aislada, una ráfaga de Sara cuando algo en María o en Felisa le recordaba por un momento a Sara. Un día del segundo año la vio nítidamente al salir de un sueño y le dolió con un dolor amargo y quemante, al fin y al cabo no había estado tan enamorado de ella, total antes era un chico y Sara nunca le había prestado atención como ahora Felisa o la rubia de la farmacia, nunca había ido a un baile con él como su prima Beba o Felisa para festejar la entrada a cuarto año, nunca lo había dejado acariciarle el pelo como María, ir a bailar a San Isidro y perderse a medianoche entre los árboles de la costa, besar a Felisa en la boca entre protestas y risas, apoyarla contra un tronco y acariciarle el pecho, bajar hasta perder la mano en ese calor huyente y después de otro baile y mucho cine encontrar un refugio en el fondo del jardín de Felisa y resbalar con ella hasta el suelo, sentir en la boca su sabor salado y dejarse buscar por una mano que lo guió, por supuesto no le iba a decir que era la primera vez, que había tenido miedo, ya estaba en primer año de ingeniería y no le podía decir eso a Felisa y después ya no hizo falta porque todo se aprendía tan rápido con Felisa y algunas veces con su prima Beba.

Nunca más supo de Doro y no le importó, también se había olvidado de Beto que enseñaba historia en algún pueblo de provincia, los juegos se habían ido dando sin sorpresa y como a todo el mundo, Aníbal aceptaba sin aceptar, algo que debía ser la vida aceptaba por él, un diploma, una hepatitis grave, un viaje al Brasil, un proyecto importante en un estudio con dos o tres socios. Estaba despidiéndose de uno de ellos en la puerta antes de ir a tomar una cerveza después del trabajo cuando vio venir a Sara por la vereda de enfrente. Bruscamente recordó que la noche antes había soñado con Sara y que era siempre el patio de la casa de Doro aunque no pasaba nada, aunque Sara solamente estaba ahí colgando ropa o llamándolos para el café con leche, y el sueño se acababa así casi sin haber empezado. Tal vez porque no pasaba nada las imágenes eran de una precisión cortante bajo el sol del verano de Bánfield que en el sueño no era el mismo que el de Buenos Aires; tal vez también por eso o por falta de algo mejor había rememorado a Sara después de tantos años de olvido (pero no había sido olvido, se lo repitió hoscamente a lo largo del día), y verla venir ahora por la calle, verla ahí vestida de blanco, idéntica a entonces con el pelo azotándole los hombros a cada paso en un juego de luces doradas, encadenándose a las imágenes del sueño en una continuidad que no le extrañó, que tenía algo de necesario y previsible, cruzar la calle y enfrentarla, decirle quién era y que ella lo mirara sorprendida, no lo reconociera y de golpe sí, de golpe sonriera y le tendiera la mano, se la apretara de veras y siguiera sonriéndole.

—Qué increíble —dijo Sara—. Cómo te iba a reconocer después de tantos años.
—Usted sí, claro —dijo Aníbal. Pero ya ve, yo la reconocí enseguida.

—Lógico —dijo lógicamente Sara—. Si ni siquiera te habías puesto pantalones largos. Yo también habré cambiado tanto, lo que pasa es que sos mejor fisonomista.
Dudó un segundo antes de comprender que era idiota seguir tratándola de usted.

—No, no has cambiado, ni siquiera el peinado. Sos la misma.

—Fisonomista pero un poco miope —dijo ella con la antigua voz donde la bondad y la burla se enredaban.

El sol les daba en la cara, no se podía hablar entre el tráfico y la gente. Sara dijo que no tenía apuro y que le gustaría tomar algo en un café. Fumaron el primer cigarrillo, el de las preguntas generales y los rodeos, Doro era maestro en Adrogué, la mamá se había muerto como un pajarito mientras leía el diario, él estaba asociado con otros muchachos ingenieros, les iba bien aunque la crisis, claro. En el segundo cigarrillo Aníbal dejó caer la pregunta que le quemaba los labios.

—¿Y tu marido?

Sara dejó salir el humo por la nariz, lo miró despacio en los ojos.

—Bebe —dijo.

No había ni amargura ni lástima, era una simple información y después otra vez Sara en Bánfield antes de todo eso, antes de la distancia y el olvido y el sueño de la noche anterior, exactamente como en el patio de la casa de Doro y aceptándole el segundo whisky, como siempre casi sin hablar, dejándolo a él que siguiera, que le contara porque él tenía mucho más para contarle, los años habían estado tan llenos de cosas para él, ella era como si no hubiese vivido mucho y no valía la pena decir por qué. Tal vez porque acababa de decirlo con una sola palabra.

Imposible saber en qué momento todo dejó de ser difícil, juego de preguntas y respuestas, Aníbal había tendido la mano sobre el mantel y la mano de Sara no rehuyó su peso, la dejó estar mientras él agachaba la cabeza porque no podía mirarla en la cara, mientras le hablaba a borbotones del patio, de Doro, le contaba las noches en su cuarto, el termómetro, el llanto contra la almohada. Se lo decía con una voz lisa y monótona, amontonando momentos y episodios pero todo era lo mismo, me enamoré tanto de vos, me enamoré tanto y no te lo podía decir, vos venías de noche y me cuidabas, vos eras la mamá joven que yo no tenía, vos me tomabas la temperatura y me acariciabas para que me durmiera, vos nos dabas el café con leche en el patio, te acordás, vos nos retabas cuando hacíamos pavadas, yo hubiera querido que me hablaras solamente a mí de tantas cosas pero vos me mirabas desde tan arriba, me sonreías desde tan lejos, había un inmenso vidrio entre los dos y vos no podías hacer nada para romperlo, por eso de noche yo te llamaba y vos venías a cuidarme, a estar conmigo, a quererme como yo te quería, acariciándome la cabeza, haciéndome lo que le hacías a Doro, todo lo que siempre le habías hecho a Doro, pero yo no era Doro y solamente una vez, Sara, solamente una vez y fue horrible y no me olvidaré nunca porque hubiera querido morirme y no pude o no supe, claro que no quería morirme pero eso era el amor, querer morirme porque vos me habías mirado todo entero como a un chico, habías entrado en el baño y me habías mirado a mí que te quería, y me habías mirado como siempre lo habías mirado a Doro, vos ya de novia, vos que ibas a casarte y yo ahí mientras me dabas el jabón y me mandabas que me lavara hasta las orejas, me mirabas desnudo como a un chico que era y no te importaba nada de mí, ni siquiera me veías porque solamente veías a un chico y te ibas como si nunca me hubieras visto, como si yo no estuviera ahí sin saber cómo ponerme mientras me estabas mirando.

—Me acuerdo muy bien —dijo Sara. Me acuerdo tan bien como vos, Aníbal.

—Sí, pero no es lo mismo.

—Quién sabe si no es lo mismo. Vos no podías darte cuenta entonces, pero yo había sentido que me querías de esa manera y que te hacía sufrir, y por eso yo tenía que tratarte igual que a Doro. Eras un chico pero a veces me daba tanta pena que fueras un chico, me parecía injusto, algo así. Si hubieras tenido cinco años más... Te lo voy a decir porque ahora puedo y porque es justo, aquella tarde entré a propósito en el baño, no tenía ninguna necesidad de ir a ver si se estaban lavando, entré porque era una manera de acabar con eso, de curarte de tu sueño, de que te dieras cuenta que vos no podrías verme nunca así mientras que yo tenía el derecho de mirarte por todos lados como se mira a un chico.

Por eso, Aníbal, para que te curaras de una vez y dejaras de mirarme como me mirabas pensando que yo no lo sabía. Y ahora sí otro whisky, ahora que los dos somos grandes.

Del anochecer a la noche cerrada, por caminos de palabras que iban y venían, de manos que se encontraban un instante sobre el mantel antes de una risa y otros cigarrillos, quedaría un viaje en taxi, algún lugar que ella o él conocían, una habitación, todo como fundido en una sola imagen instantánea resolviéndose en una blancura de sábanas y la casi inmediata, furiosa convulsión de los cuerpos en un interminable encuentro, en las pausas rotas y rehechas y violadas y cada vez menos creíbles, en cada nueva implosión que los segaba y los sumía y los quemaba hasta el sopor, hasta la última brasa de los cigarrillos del alba. Cuando apagué la lámpara del escritorio y miré el fondo del vaso vacío, todo era todavía pura negación de las nueve de la noche, de la fatiga a la vuelta de otro día de trabajo. ¿Para qué seguir escribiendo si las palabras llevaban ya una hora resbalando sobre esa negación, tendiéndose en el papel como lo que eran, meros dibujos privados de todo sostén? Hasta algún momento habían corrido cabalgando la realidad, llenándose de sol y verano, palabras patio de Bánfield, palabras Doro y juegos y zanjón, colmena rumorosa de una memoria fiel. Sólo que al llegar a un tiempo que ya no era Sara ni Bánfield el recuento se había vuelto cotidiano, presente utilitario sin recuerdos ni sueños, la pura vida sin más y sin menos. Había querido seguir y que también las palabras aceptaran seguir adelante hasta llegar al hoy nuestro de cada día, a cualquiera de las lentas jornadas en el estudio de ingeniería, pero entonces me había acordado del sueño de la noche anterior, de ese sueño de nuevo con Sara, de la vuelta de Sara desde tan lejos y atrás, y no había podido quedarme en este presente en el que una vez más saldría por la tarde del estudio y me iría a beber una cerveza al café de la esquina, las palabras habían vuelto a llenarse de vida y aunque mentían, aunque nada era cierto, había seguido escribiéndolas porque nombraban a Sara, a Sara viniendo por la calle, tan hermoso seguir adelante aunque fuera absurdo, escribir que había cruzado la calle con las palabras que me llevarían a encontrar a Sara y dejarme conocer, la única manera de reunirme por fin con ella y decirle la verdad, llegar hasta su mano y besarla, escuchar su voz y verle el pelo azotándole los hombros, irme

con ella hacia una noche que las palabras irían llenando de sábanas y caricias, pero cómo seguir ya, cómo empezar desde esa noche una vida con Sara cuando ahí al lado se oía la voz de Felisa que entraba con los chicos y venía a decirme que la cena estaba pronta, que fuéramos enseguida a comer porque ya era tarde y los chicos querían ver al pato Donald en la televisión de las diez y veinte.

(Tomado de: Julio Cortázar. Deshoras.
Madrid: Ediciones Alfagura, S.A., 1982.)

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

PARA RECORDAR A JULIO CORTÁZAR

Dos Cuentos y un Ensayo de Julio Cortázar

Cuello de Gatito Negro

Por lo demás no era la primera vez que le pasaba, pero de todos modos siempre había sido Lucho el que llevaba la iniciativa, apoyando la mano como al descuido para rozar la de una rubia o una pelirroja que le caía bien, aprovechando los vaivenes en los virajes del metro, y entonces por ahí había respuesta, había gancho, un dedito se quedaba prendido un momento antes de la cara de fastidio o indignación, todo dependía de tantas cosas, a veces salía bien, corría, el resto entraba en el juego como iban entrando las estaciones en las ventanillas del vagón, pero esa tarde pasaba de otra manera, primero que Lucho estaba helado y con el pelo lleno de nieve que se había derretido en el andén y le resbalaba gotas frías por dentro de la bufanda, había subido al metro en la estación de la rue du Bac sin pensar en nada, un cuerpo pegado a tantos otros esperando que en algún momento fuese la estufa, el vaso de coñac, la lectura del diario antes de ponerse a estudiar alemán entre siete y media y nueve, lo de siempre salvo ese guantecito negro en la barra de apoyo, entre montones de manos y codos y abrigos un guantecito negro prendido en la barra metálica y él con su guante marrón mojado firme en la barra para no írsele encima a la señora de los paquetes y la nena llorona, de golpe la conciencia de que un dedo pequeñito se estaba como subiendo a caballo por su guante, que eso venía desde una manga de piel de conejo más bien usada, la mulata parecía muy joven y miraba hacia abajo como ajena, un balanceo más entre el balanceo de tantos cuerpos apelmazados; a Lucho le había parecido un desvío de la regla más bien divertido, dejó la mano suelta, sin responder, imaginando que la chica estaba distraída, que no se daba cuenta de esa leve jineteada en el caballo, mojado y quieto. Le hubiera gustado tener sitio suficiente como para sacar el diario del bolsillo y leer los titulares donde se hablaba de Biafra, de Israel y de Estudiantes de la Plata, pero el diario estaba en el bolsillo de la derecha y para sacarlo hubiera tenido que soltar la mano de la barra, perdiendo el apoyo necesario en los virajes, de manera que lo mejor era mantenerse firme, abriéndole un pequeño hueco precario entre sobretodos y paquetes para que la nena estuviera menos triste y su madre no le siguiera hablando con ese tono de cobrador de impuestos.

Casi no había mirado a la chica mulata. Ahora le sospechó la mata de pelo encrespado bajo la capucha del abrigo y pensó críticamente que con el calor del vagón bien podía haberse echado atrás la capucha, justamente cuando el dedo le acariciaba de nuevo el guante, primero un dedo y luego dos trepándose al caballo húmedo. El viraje antes de Montparnasse-Bienvenue empujó a la chica contra Lucho, su mano resbaló del caballo para apretarse a la barra, tan pequeña y tonta al lado del gran caballo que naturalmente le buscaba ahora las cosquillas con un hocico de dos dedos, sin forzar, divertido y todavía lejano y húmedo. La muchacha pareció darse cuenta de golpe (pero su distracción, antes, también había tenido algo de repentino y de brusco), y apartó un poco más la mano, mirando a Lucho desde el oscuro hueco que le hacía la capucha para fijarse luego en su propia mano como si no estuviera de acuerdo o estudiara las distancias de la buena educación. Mucha gente había bajado en Montparnasse-Bienvenue y Lucho ya podía sacar el diario, solamente que en vez de sacarlo se quedó estudiando el comportamiento de la manita enguantada con una atención un poco burlona, sin mirar a la chica que otra vez tenía los ojos puestos en los zapatos ahora bien visibles en el piso sucio donde de golpe faltaban la nena llorona y tanta gente que se estaba bajando en la estación Falguière. El tirón del arranque obligó a los dos guantes a crisparse en la barra, separados y obrando por su cuenta, pero el tren estaba detenido en la estación Pasteur cuando los dedos de Lucho buscaron el guante negro que no se retiró como la primera vez sino que pareció aflojarse en la barra, volverse todavía más pequeño y blando bajo la presión de dos, de tres dedos, de toda la mano que se subía en una lenta posesión delicada, sin apoyar demasiado, tomando y dejando a la vez, y en el vagón casi vacío ahora que se abrían las puertas en la estación Volontaires, la muchacha girando poco a poco sobre un pie enfrentó a Lucho sin alzar la cara, como mirándolo desde el guantecito cubierto por toda la mano de Lucho, y cuando al fin lo miró, sacudidos los dos por un barquinazo entre Volontaires y Vaugirard, sus grandes ojos metidos en la sombra de la capucha estaban ahí como esperando, fijos y graves, sin la menor sonrisa ni reproche, sin nada más que una espera interminable que vagamente le hizo mal a Lucho.

—Es siempre así —dijo la muchacha.— No se puede con ellas.

—Ah —dijo Lucho, aceptando el juego pero preguntándose por qué no era divertido, por qué no lo sentía juego aunque no podía ser otra cosa, no había ninguna razón para imaginar que fuera otra cosa.

—No se puede hacer nada —repitió la chica.— No entienden o no quieren, vaya a saber, pero no se puede hacer nada contra.

Le estaba hablando al guante, mirando a Lucho sin verlo le estaba hablando al guantecito negro casi invisible bajo el gran guante marrón.

—A mí me pasa igual —dijo Lucho.— Son incorregibles, es cierto.

—No es lo mismo —dijo la chica.

—Oh, sí, usted vio.

Era el juego, no había más que seguir las reglas sin imaginar que hubiera otra cosa, una especie de verdad o de desesperación. Por qué hacerse el tonto en vez de seguirle la corriente si le daba por ahí.

—Usted tiene razón —dijo Lucho. Habría que hacer algo en contra, no dejarlas.

—No sirve de nada —dijo la chica.

—Es cierto, apenas uno se distrae, ya ve.

—Sí —dijo ella.— Aunque usted lo esté diciendo en broma.

—Oh no, hablo tan en serio como usted. Mírelas.

El guante marrón jugaba a rozar el guantecito negro inmóvil, le pasaba un dedo por la cintura, lo soltaba, iba hasta el extremo de la barra y se quedaba mirándolo, esperando. La chica agachó aún más la cabeza y Lucho volvió a preguntarse por qué todo eso no era divertido ahora que no quedaba más que seguir jugando.

—Si fuera en serio —dijo la chica, pero no le hablaba a él, no le hablaba a nadie en el vagón casi vacío.— Si fuera en serio, entonces a lo mejor.

—Es en serio —dijo Lucho— y realmente no se puede hacer nada en contra.

Ahora ella lo miró de frente, como despertándose; el metro entraba en la estación Convention.

—La gente no puede comprender —dijo la chica.— Cuando es un hombre, claro, en seguida se imagina que…

Vulgar, desde luego, y además habría que apurarse porque sólo quedaban tres estaciones.

—Y peor todavía si es una mujer —estaba diciendo la chica.— Ya me ha pasado y eso que las vigilo desde que subo, todo el tiempo, pero ya ve.

—Por supuesto —aceptó Lucho.— Llega ese minuto en que uno se distrae, es tan natural, y entonces se aprovechan.

—No hable por usted —dijo la chica.— No es lo mismo. Perdóneme, yo tuve la culpa, me bajo en Corentin Celton.

—Claro que tuvo la culpa —se burló Lucho.— Yo tendría que haber bajado en Vaugirard y ya ve, me ha hecho pasar dos estaciones.

enroscaba y bullía, y tampoco de alguna manera la chica que jadeaba al llegar a lo alto de la escalera y alzaba la cara contra la llovizna como si quisiera lavársela del aire estancado y caliente de las galerías del metro.

—Vivo ahí —dijo la chica, mostrando una ventana alta entre tantas ventanas de tantos altos inmuebles iguales en la acera opuesta.— Podríamos hacer un nescafé, es mejor que ir a un bar, yo creo.

Oh sí dijo Lucho, y ahora eran sus dedos los que se iban cerrando lentamente sobre el guante como quien aprieta el cuello de un gatito negro.

La pieza era bastante grande y muy caliente, con una azalea y una lámpara de pie y discos de Nina Simone y una cama revuelta que la chica avergonzadamente y disculpándose rehizo a tirones. Lucho la ayudó a poner tazas y cucharas en la

mesa cerca de la ventana, hicieron un nescafé fuerte y azucarado, ella se llamaba Dina y él Lucho. Contenta, como aliviada, Dina hablaba de la Martinica, de Nina Simone, por momentos daba una impresión de apenas núbil dentro de ese vestido liso color lacre, la minifalda le quedaba bien, trabajaba en una notaría, las fracturas de tobillo eran penosas pero esquiar en febrero en la Haute Savoie, ah. Dos veces se había quedado mirándolo, había empezado a decir algo con el tono de la barra en el metro, pero Lucho había bromeado, ya decidido a basta, a otra cosa, inútil insistir y al mismo tiempo admitiendo que Dina sufría, que a lo mejor le hacía daño renunciar tan pronto a la comedia como si eso tuviera ahora la menor importancia. Y a la tercera vez, cuando Dina se había inclinado para echar el agua caliente en su taza, murmurando de nuevo que no era culpa suya, que solamente de a ratos le pasaba, que ya veía él como todo era diferente ahora, el agua y la cucharita, la obediencia de cada gesto, entonces Lucho había comprendido pero vaya a saber qué, de golpe había comprendido y era diferente, era del otro lado, la barra valía, el juego no había sido un juego, las fracturas de tobillo y el esquí podían irse al diablo ahora que Dina hablaba de nuevo sin que él la interrumpiera o la desviara, dejándola, sintiéndola, casi esperándola, creyendo porque era absurdo, a menos que sólo fuera porque Dina con su carita triste, sus menudos senos que desmentían el trópico, sencillamente porque Dina. A lo mejor habría que encerrarme, había dicho Dina sin exageración, como un mero punto de vista. No se puede vivir así, compréndalo, en cualquier momento ocurre, usted es usted, pero otras veces. Otras veces qué. Otras veces insultos, manotazos a las nalgas, acostarse en seguida, nena, para qué perder tiempo. Pero entonces. Entonces qué. Pero entonces, Dina.

—Yo pensé que había comprendido —dijo Dina, hosca.— Cuando le digo que a lo mejor habría que encerrarme.

—Tonterías. Pero yo, al principio…

—Ya sé. Cómo no le iba a ocurrir al principio. Justamente es eso, al principio cualquiera se equivoca, es tán lógico. Tan lógico, tan lógico. Y encerrarme también sería lógico.

—No, Dina.

—Pero sí, carajo. Perdóneme. Pero sí. Sería mejor que lo otro, que tantas veces. Ninfo no sé cuánto. Putita, tortillera. Sería bastante mejor al fin y al cabo. O cortármelas yo misma con el hacha de picar carne. Pero no tengo un hacha —dijo Dina sonriéndole como para que la perdonara una vez más, tan absurda reclinada en el sillón, resbalando cansada, perdida, con la minifalda cada vez más arriba, olvidada de sí misma, mirándolas solamente tomar una taza, echar el nescafé, obedientes hipócritas hacendosas tortilleras putitas ninfo no sé cuánto.

—No diga tonterías —repitió Lucho, perdido en algo que jugaba a cualquier cosa ahora, a deseo, a desconfianza, a protección.— Ya sé que no es normal, habría que encontrar las causas, habría que. De todas maneras para qué ir tan lejos. El encierro o el hacha, quiero decir.

—Quién sabe —dijo ella.— A lo mejor habría que ir muy lejos, hasta el final. A lo mejor sería la única manera de salir.

—¿Qué quiere decir lejos? —preguntó Lucho, cansado.— ¿Y cuál es el final?

—No sé, no sé nada. Tengo solamente miedo. Yo también me impacientaría si otro me hablara así, pero hay días en que. Sí, días. Y noches.

—Ah —dijo Lucho acercando el fósforo al cigarrillo.— Porque también de noche, claro.

—Sí.

—Pero no cuando está sola.

—También cuando estoy sola.

—También cuando está sola. Ah.

—Entiéndame, quiero decir que…

—Está bien —dijo Lucho, bebiendo el café.— Está muy bueno, muy caliente. Lo que necesitábamos con un día así.

—Gracias —dijo ella simplemente, y Lucho la miró porque no había querido agradecerle nada, simplemente sentía la recompensa de ese momento de reposo, de que la barra hubiera cesado por fin.

—Y eso que no era malo ni desagradable —dijo Dina como si adivinara.— No me importa que no me crea, pero para mí no

era malo ni desagradable, por primera vez.

—¿Por primera vez qué?

—Eso, que no fuera malo ni desagradable.

—¿Qué se pusieran a?

—Sí, que de nuevo se pusieran a, y que no fuera ni malo ni desagradable.

—¿Alguna vez la llevaron presa por eso? —preguntó Lucho, bajando la taza hasta el platillo con un movimiento lento y deliberado, guiando su mano para que la taza aterrizara exactamente en el centro del platillo. Contagioso, che.

—No, nunca, pero en cambio Hay otras cosas. Ya le dije, los que piensan que es a propósito y también ellos empiezan, igual que usted. O se enfurecen, como las mujeres, y hay que bajarse en la primera estación o salir corriendo de la tienda o del café.

—No llorés —dijo Lucho.— No vamos a ganar nada si te ponés a llorar.

—No quiero llorar —dijo Dina.— Pero nunca había podido hablar con alguien así, después de Nadie me cree, nadie puede creerme, usted mismo no me cree, solamente es bueno y no quiere hacerme daño.

—Ahora te creo —dijo Lucho.— Hasta hace dos minutos yo era como los otros. A lo mejor deberías reírte en vez de llorar.

—Ya ve —dijo Dina, cerrando los ojos.— Ya ve que es inútil. Tampoco usted, aunque lo diga, aunque lo crea. Es demasiado idiota.

—¿Te has hecho ver?

—Sí. Ya sabés, calmantes y cambio de aire. Unos cuantos días te engañás, pensás que…

—Sí —dijo Lucho, alcanzándole los cigarrillos.— Esperá. Así. A ver qué hace.

La mano de Dina tomó el cigarrillo con el pulgar y el índice, y a la vez el anular y el meñique buscaron enroscarse en los dedos de Lucho que mantenía el brazo tendido, mirando fijamente. Libre del cigarrillo, sus cinco dedos bajaron hasta envolver la pequeña mano morena, la ciñeron apenas, empezando una lenta caricia que resbaló hasta dejarla libre, temblando en el aire; el cigarrillo cayó dentro de la taza. Bruscamente las manos subieron hasta la cara de Dina, doblada sobre la mesa, quebrándose en un hipo como de vómito.

—Por favor —dijo Lucho, levantando la taza.— Por favor, no. No llorés así, es tan absurdo.

culpa de él por obstinarse. Orientándose hacia lo que creía el rincón se agachó junto a la cosa que podía ser la mesa y tanteó buscando los fósforos, le pareció encontrar uno pero era demasiado largo, quizá un escarbadientes, y la caja no estaba ahí, las palmas de las manos recorrían la vieja alfombra, de rodillas se arrastraba bajo la mesa; encontró un fósforo, después otro, pero no la caja; contra el piso parecía todavía más oscuro, olía a encierro y a tiempo. Sintió los garfios que le corrían por la espalda, subiendo hasta la nuca y el pelo, se enderezó de un salto rechazando a Dina que gritaba contra él y decía algo de la luz en el rellano de la escalera, abrir la puerta y la luz de la escalera, pero claro, cómo no habían pensado antes, dónde estaba la puerta, ahí al frente, no podía ser puesto que la mesa quedaba de lado, bajo la ventana, te digo que ahí, entonces andá vos que sabés, vamos los dos, no quiero quedarme sola ahora, soltame entonces, me hacés daño, no puedo, te digo que no puedo, soltame o te pego, no, no, te digo que me sueltes. El empellón lo dejó solo frente a un jadeo, algo que temblaba ahí al lado, muy cerca; estirando los brazos avanzó buscando una pared, imaginando la puerta; tocó algo caliente que lo evadió con un grito, su otra mano se cerró sobre la garganta de Dina como si apretara un guante o el cuello de un gatito negro, la quemazón le desgarró la mejilla y los labios, rozándole un ojo, se tiró hacia atrás para librarse de eso que seguía aferrando la garganta de Dina, cayó de espaldas en la alfombra, se arrastró de lado sabiendo lo que iba a ocurrir, un viento caliente sobre él, la maraña de uñas contra su vientre y sus costillas, te dije, te dije que no podía ser, que encendieras la vela, buscá la puerta en seguida, la puerta. Arrastrándose lejos de la voz suspendida en algún punto del aire negro, en un hipo de asfixia que se repetía y repetía, dio con la pared, la recorrió enderezándose hasta sentir un marco, una cortina, el otro marco, la falleba; un aire helado se mezcló con la sangre que le llenaba los labios, tanteó buscando el botón de la luz, oyó detrás la carrera y el alarido de Dina, su golpe contra la puerta entornada, debía haberse dado con la hoja en la frente, en la nariz, la puerta cerrándose a sus espaldas justo cuando apretaba el botón de la luz. El vecino que espiaba desde la puerta de enfrente lo miró y con una exclamación ahogada se metió dentro y trancó la puerta, Lucho desnudo en el rellano

lo maldijo y se pasó los dedos por la cara que le quemaba mientras todo el resto era el frío del rellano, los pasos que subían corriendo desde el primer piso, abrime, abrí en seguida, por Dios abrí, ya hay luz, abrí que ya hay luz. Adentro el silencio y como una espera, la vieja envuelta en la bata violeta mirando desde abajo, un chillido, desvergonzado, a esta hora, vicioso, la policía, todos son iguales, ¡madame Roger, madame Roger! "No me va a abrir", pensó Lucho sentándose en el primer peldaño, sacándose la sangre de la boca y los ojos, «se ha desmayado con el golpe y está ahí en el suelo, no me va a abrir, siempre lo mismo, hace frío, hace frío». Empezó a golpear la puerta mientras escuchaba las voces en el departamento de enfrente, la carrera de la vieja que bajaba llamando a madame Roger, el inmueble que se despertaba en los pisos de abajo, preguntas y rumores, un momento de espera, desnudo y lleno de sangre, un loco furioso, madame Roger, abríme Dina, abríme, no importa que siempre haya sido así pero abríme, éramos otra cosa, Dina, hubiéramos podido encontrar juntos, por qué estás ahí en el suelo, qué te hice yo, por qué te golpeaste contra la puerta, madame Roger, si me abrieras encontraríamos la salida, ya viste antes, ya viste cómo todo iba tan bien, simplemente encender la luz y seguir buscando los dos, pero no querés abrirme, estás llorando, maullando como un gato lastimado, te oigo, te oigo, oigo a madame Roger, a la policía, y usted hijo de mil putas por qué me espía desde enfermedad, todo como si no importara en el fondo o fuese demasiado importante para que las palabras sirvieran de algo, o quizá como si todo aquello no fuera a durar más allá de la noche y pudiera prescindir de explicaciones, algo apenas empezado en una barra de metro, algo en que sobre todo había que encender una luz.

—Hay una vela en alguna parte —había insistido monótonamente, rechazando sus caricias. —Ya es tarde para bajar a comprar una bombilla. Dejame buscarla, debe estar en algún cajón. Dame los fósforos. No hay que quedarse en la oscuridad. Dame los fósforos.

—No la enciendas todavía —dijo Lucho.— Se está tan bien así, sin vernos.

—No quiero. Se está bien pero ya sabés, ya sabés. A veces.

—Por favor —dijo Lucho, tanteando en el suelo para encontrar los cigarrillos, por un rato que nos habíamos olvidado...— ¿Por qué volvés a empezar? Estábamos bien, así.

—Dejame buscar la vela —repitió Dina.

—Buscala, da lo mismo —dijo Lucho alcanzándole los fósforos: La llama flotó en el aire estancado de la pieza dibujando el cuerpo apenas menos negro que la oscuridad, un brillo de ojos y de uñas, otra vez tiniebla, frotar de otro fósforo, oscuridad, frotar de otro fósforo, movimiento brusco de la llama que se apagaba en el fondo de la pieza, una breve carrera como sofocada, el peso del cuerpo desnudo cayendo de través sobre el suyo, haciéndole daño contra las costillas, su jadeo. La abrazó estrechamente, besándola sin saber de qué o por qué tenía que calmarla, le murmuró palabras de alivio, la tendió contra él, bajo él, la poseyó dulcemente y casi sin deseo desde una larga fatiga, la entró y la remontó sintiéndola crisparse y ceder y abrirse y ahora, ahora, ya, ahora, así, ya, y la resaca devolviéndolos a un descanso boca arriba mirando la nada, oyendo latir la noche con una sangre de lluvia allí afuera, interminable gran vientre de la noche guardándolos de los miedos, de barras de metro y lámparas rotas y fósforos que la mano de Dina no había querido sostener, que había doblado hacia abajo para quemarse y quemarla, casi como un accidente porque en la oscuridad el espacio y las posiciones cambian y se es torpe como un niño pero después el segundo fósforo aplastado entre dos dedos, cangrejo rabioso quemándose con tal de destruir la luz, entonces Dina había tratado de encender un último fósforo con la otra mano y había sido peor, no podía ni decirlo a Lucho que la oía desde un miedo vago, un cigarrillo sucio. No te das cuenta que no quieren, es otra vez. Otra vez qué. Eso. Otra vez qué. No, nada, hay que encontrar la vela. Yo la buscaré, dame los fósforos. Se cayeron allá, en el rincón. Quedate quieta, esperá. No, no vayas, por favor no vayas. Dejame, yo los encontraré. Vamos juntos, es mejor. No, dejame, yo los encontraré, decime dónde puede estar esa maldita vela. Por ahí, en la repisa, si encendieras un fósforo a lo mejor. No se verá nada, dejame ir. Rechazándola despacio, desanudándole las manos que le ceñían la cintura, levantándose poco a poco. El tirón en el sexo lo hizo gritar más de sorpresa que de dolor, buscó como un látigo el puño que lo ataba a Dina tendida de espaldas y gimiendo, le abrió los dedos y la rechazó violentamente. La oía llamarlo, pedirle que volviera, que no volvería a pasar, que era esa puerta, abríme, Dina, todavía podemos encontrar la vela, nos lavaremos, tengo frío, Dina, ahí vienen con una frazada, es típico, a un hombre desnudo se lo envuelve en una frazada, tendré que decirles que estás ahí tirada, que traigan otra frazada, que echen la puerta abajo, que te limpien la cara, que te cuiden y te protejan porque yo ya no estaré ahí, nos separarán en seguida, verás, nos bajarán separados y nos llevarán lejos uno de otro, qué mano buscarás, Dina, qué cara arañarás ahora mientras te llevan entre todos y madame Roger.

(Tomado de: Julio Cortázar. Octaedro. Buenos Aires:
Editorial Sudamericana, tercera edición, 1975.).

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

PARA RECORDAR A JULIO CORTÁZAR

Dos Cuentos y un Ensayo de Julio Cortázar

Del Cuento Breve y sus Alrededores (cont…)

pipa de yeso. Quizá sea exagerado afirmar que todo cuento breve plenamente logrado, y en especial los cuentos fantásticos, son productos neuróticos, pesadillas o alucinaciones neutralizadas mediante la objetivación y el traslado a un medio exterior al terreno neurótico; de todas maneras, en cualquier cuento breve memorable se percibe esa polarización, como si el autor hubiera querido desprenderse lo antes posible y de la manera más absoluta de su criatura, exorcizándola en la única forma en que le era dado hacerlo: escribiéndola.

Este rasgo común no se lograría sin las condiciones y la atmósfera que acompañan el exorcismo. Pretender liberarse de criaturas obsesionantes a base de mera técnica narrativa puede quizá dar un cuento, pero al faltar la polarización esencial, el rechazo catártico, el resultado literario será precisamente eso, literario; al cuento le faltará la atmósfera que ningún análisis estilístico lograría explicar, el aura que pervive en el relato y poseerá al lector como había poseído, en el otro extremo del puente, al autor. Un cuentista eficaz puede escribir relatos literariamente válidos, pero si alguna vez ha pasado por la experiencia de librarse de un cuento como quien se quita de encima una alimaña, sabrá de la diferencia que hay entre posesión y cocina literaria, y a su vez un buen lector de cuentos distinguirá infaliblemente entre lo que viene de un territorio indefinible y ominoso, y el producto de un mero métier. Quizá el rasgo diferencial más penetrante lo he señalado ya en otra parte sea la tensión interna de la trama narrativa. De una manera que ninguna técnica podría enseñar o proveer, el gran cuento breve condensa la obsesión de la alimaña, es una presencia alucinante que se instala desde las primeras frases para fascinar al lector, hacerle perder contacto con la desvaída realidad que lo rodea, arrasarlo a una sumersión más intensa y avasalladora. De un cuento así se sale como de un acto de amor, agotado y fuera del mundo circundante, al que se vuelve poco a poco con una mirada de sorpresa, de lento reconocimiento, muchas veces de alivio y tantas otras de resignación. El hombre que escribió ese cuento pasó por una experiencia todavía más extenuante, porque de su capacidad de transvasar la obsesión dependía el regreso a condiciones más tolerables; y la tensión del cuento nació de esa eliminación fulgurante de ideas intermedias, de etapas preparatorias, de toda la retórica literaria deliberada, puesto que había en juego una operación en alguna medida fatal que no toleraba pérdida de tiempo; estaba allí, y sólo de un manotazo podía arrancársela del cuello o de la cara. En todo caso así me tocó escribir muchos de mis cuentos; incluso en algunos relativamente largos, como Las armas secretas, la angustia omnipresente a lo largo de todo un día me obligó a trabajar empecinadamente hasta terminar el relato y sólo entonces, sin cuidarme de releerlo, bajar a la calle y caminar por mí mismo, sin ser ya Pierre, sin ser ya Michèle.

Esto permite sostener que cierta gama de cuentos nace de un estado de trance, anormal para los cánones de la normalidad al uso, y que el autor los escribe mientras está en lo que los franceses llaman un "état second". Que Poe haya logrado sus mejores relatos en ese estado (paradójicamente reservaba la frialdad racional para la poesía, por lo menos en la intención) lo prueba más acá de toda evidencia testimonial el efecto traumático, contagioso y para algunos diabólico de The Tell-tale Heart o de Berenice. No faltará quien estime que exagero esta noción de un estado exorbitado como el único terreno donde puede nacer un gran cuento breve; haré notar que me refiero a relatos donde el tema mismo contiene la "anormalidad", como los citados de Poe, y que me baso en mi propia experiencia toda vez que me vi obligado a escribir un cuento para evitar algo mucho peor. ¿Cómo describir la atmósfera que antecede y envuelve el acto de escribirlo? Si Poe hubiera tenido ocasión de hablar de eso, estas páginas no serían intentadas, pero él calló ese círculo de su infierno y se limitó a convertirlo en The Black Cat o en Ligeia. No sé de otros testimonios que puedan ayudar a comprender el proceso desencadenante y condicionante de un cuento breve digno de recuerdo; apelo entonces a mi propia situación de cuentista y veo a un hombre relativamente feliz y cotidiano, envuelto en las mismas pequeñeces y dentistas de todo habitante de una gran ciudad, que lee el periódico y se enamora y va al teatro y que de pronto, instantáneamente, en un viaje en el subte, en un café, en un sueño, en la oficina mientras revisa una traducción sospechosa acerca del analfabetismo en Tanzania, deja de ser él-y-su-circunstancia y sin razón alguna, sin preaviso, sin el aura de los epilépticos, sin la crispación que precede a las grandes jaquecas, sin nada que le dé tiempo a apretar los dientes y a respirar hondo, es un cuento, una masa informe sin palabras ni caras ni principio ni fin pero ya un cuento, algo que solamente puede ser un cuento y además en seguida, inmediatamente, Tanzania puede irse al demonio porque este hombre meterá una hoja de papel en la máquina y empezará a escribir aunque sus jefes y las Naciones Unidas en pleno le caigan por las orejas, aunque su mujer lo llame porque se está enfriando la sopa,

aunque ocurran cosas tremendas en el mundo y haya que escuchar las informaciones radiales o bañarse o telefonear a los amigos. Me acuerdo de una cita curiosa, creo que de Roger Fry; un niño precozmente dotado para el dibujo explicaba su método de composición diciendo: First I think and then I draw a line round my think (sic). En el caso de estos cuentos sucede exactamente lo contrario: la línea verbal que los dibujará arranca sin ningún "think" previo, hay como un enorme coágulo, un bloque total que ya es el cuento, eso es clarísimo aunque nada pueda parecer más oscuro, y precisamente ahí reside esa especie de analogía onírica de signo inverso que hay en la composición de tales cuentos, puesto que todos hemos soñado cosas meridianamente claras que, una vez despiertos, eran un coágulo informe, una masa sin sentido. ¿Se sueña despierto al escribir un cuento breve? Los límites del sueño y la vigilia, ya se sabe: basta preguntarle al filósofo chino o a la mariposa. De todas maneras si la analogía es evidente, la relación es de signo inverso por lo menos en mi caso, puesto que arranco del bloque informe y escribo algo que sólo entonces se convierte en un cuento coherente y válido per se. La memoria, traumatizada sin duda por una experiencia vertiginosa, guarda en detalle las sensaciones de esos momentos, y me permite racionalizarlos aquí en la medida de lo posible. Hay la masa que es el cuento (¿pero qué cuento? No lo sé y lo sé, todo está visto por algo mío que no es mi conciencia pero que vale más que ella en esa hora fuera del tiempo y la razón), hay la angustia y la ansiedad y la maravilla, porque también las sensaciones y los sentimientos se contradicen en esos momentos, escribir un cuento así es simultáneamente terrible y maravilloso, hay una desesperación exaltante, una exaltación desesperada; es ahora o nunca, y el temor de que pueda ser nunca exacerba el ahora, lo vuelve máquina de escribir corriendo a todo teclado, olvido de la circunstancia, abolición de lo circundante. Y entonces la masa negra se aclara a medida que se avanza, increíblemente las cosas son de una extrema facilidad como si el cuento ya estuviera escrito con una tinta simpática y uno le pasara por encima el pincelito que lo despierta. Escribir un cuento así no da ningún trabajo, absolutamente ninguno; todo ha ocurrido antes y ese antes, que aconteció en un plano donde "la sinfonía se agita en la profundidad", para decirlo con Rimbaud, es el que ha provocado la obsesión, el coágulo abominable que había que arrancarse a tirones de palabras. Y por eso, porque todo está decidido en una región que diurnamente me es ajena, ni siquiera el remate del cuento presenta problemas, sé que puedo escribir sin detenerme, viendo presentarse y sucederse los episodios, y que el desenlace está tan incluido en el coágulo inicial como el punto de partida. Me acuerdo de la mañana en que me cayó encima Una flor amarilla: el bloque amorfo era la noción del hombre que encuentra a un niño que se le parece y tiene la deslumbradora intuición de que somos inmortales. Escribí las primeras escenas sin la menor vacilación, pero no sabía lo que iba a ocurrir, ignoraba el desenlace de la historia. Si en ese momento alguien me hubiera interrumpido para decirme: "Al final el protagonista va a envenenar a Luc", me hubiera quedado estupefacto. Al final el protagonista envenena a Luc, pero eso llegó como todo lo anterior, como una madeja que se desovilla a medida que tiramos; la verdad es que en mis cuentos no hay el menor mérito literario, el menor esfuerzo. Si algunos se salvan del olvido es porque he sido capaz de recibir y transmitir sin demasiadas pérdidas esas latencias de una psiquis profunda, y el resto es una cierta veteranía para no falsear el misterio, conservarlo lo más cerca posible de su fuente, con su temblor original, su balbuceo arquetípico.

Lo que precede habrá puesto en la pista al lector: no hay diferencia genética entre este tipo de cuentos y la poesía como la entendemos a partir de Baudelaire. Pero si el acto poético me parece una suerte de magia de segundo grado, tentativa de posesión ontológica y no ya física como en la magia propiamente dicha, el cuento no tiene intenciones esenciales, no indaga ni transmite un conocimiento o un "mensaje". La génesis del cuento y del poema es sin embargo la misma, nace de un repentino extrañamiento, de un desplazarse que altera el régimen "normal" de la conciencia; en un tiempo en que las etiquetas y los géneros ceden a una estrepitosa bancarrota, no es inútil insistir en esta afinidad que muchos encontrarán fantasiosa. Mi experiencia me dice que, de alguna manera, un cuento breve como los que he tratado de caracterizar no tiene una estructura de prosa. Cada vez que me ha tocado revisar la traducción de uno de mis relatos (o intentar la de otros autores, como alguna vez con Poe) he sentido hasta qué punto la eficacia y el sentido del cuento dependían de esos valores que dan su carácter específico al poema y también al jazz: la tensión, el ritmo, la pulsación interna, lo imprevisto dentro de parámetros previstos, esa libertad fatal que no admite alteración sin una pérdida irrestañable. Los cuentos de esta especie se incorporan como cicatrices indelebles a todo lector que los merezca: son criaturas vivientes, organismos completos, ciclos cerrados, y respiran. Ellos respiran, no el narrador, a semejanza de los poemas perdurables y a diferencia de toda prosa encaminada a transmitir la respiración del narrador, a comunicarla a manera de un teléfono de palabras. Y si se pregunta: Pero entonces, ¿no hay comunicación entre el poeta (el cuentista) y el lector?, la respuesta es obvia: La comunicación se opera desde el poema o el cuento, no por medio de ellos. Y esa comunicación no es la que intenta el prosista, de teléfono a teléfono; el poeta y el narrador urden criaturas autónomas, objetos de conducta imprevisible, y sus consecuencias ocasionales en los lectores no se diferencian esencialmente de las que tienen para el autor, primer sorprendido de su creación, lector azorado de sí mismo.

Breve coda sobre los cuentos fantásticos. Primera observación: lo fantástico como nostalgia. Toda suspensión of disbelief obra como una tregua en el seco, implacable asedio que el determinismo hace al hombre. En esa tregua, la nostalgia introduce una variante en la afirmación de Ortega: hay hombres que en algún momento cesan de ser ellos y su circunstancia, hay una hora en la que se anhela ser uno mismo y lo inesperado, uno mismo y el momento en que la puerta que antes y después da al zaguán se entorna lentamente para dejarnos ver el prado donde relincha el unicornio.
Segunda observación: lo fantástico exige un desarrollo temporal ordinario. Su irrupción altera instantáneamente el presente, pero la puerta que da al zaguán ha sido y será la misma en el pasado y el futuro. Sólo la alteración momentánea dentro de la

regularidad delata lo fantástico, pero es necesario que lo excepcional pase a ser también la regla sin desplazar las estructuras ordinarias entre las cuales se ha insertado. Descubrir en una nube el perfil de Beethoven sería inquietante si durara diez segundos antes de deshilacharse y volverse fragata o paloma; su carácter fantástico sólo se afirmaría en caso de que el perfil de Beethoven siguiera allí mientras el resto de la nubes se conduce con su desintencionado desorden sempiterno. En la mala literatura fantástica, los perfiles sobrenaturales suelen introducirse como cuñas instantáneas y efímeras en la sólida masa de lo consuetudinario; así, una señora que se ha ganado el odio minucioso del lector, es meritoriamente estrangulada a último minuto gracias a una mano fantasmal que entra por la chimenea y se va por la ventana sin mayores rodeos, aparte de que en esos casos el autor se cree obligado a proveer una "explicación" a base de antepasados vengativos o maleficios malayos. Agrego que la peor literatura de este género es sin embargo la que opta por el procedimiento inverso, es decir el desplazamiento de lo temporal ordinario por una especie de "full-time" de lo fantástico, invadiendo la casi totalidad del escenario con gran despliegue de cotillón sobrenatural, como en el socorrido modelo de la casa encantada donde todo rezuma manifestaciones insólitas, desde que el protagonista hace sonar el aldabón de las primeras frases hasta la ventana de la bohardilla donde culmina espasmódicamente el relato. En los dos extremos (insuficiente instalación en la circunstancia ordinaria, y rechazo casi total de esta última) se peca por impermeabilidad, se trabaja con materias heterogéneas momentáneamente vinculadas pero en las que no hay ósmosis, articulación convincente. El buen lector siente que nada tienen que hacer allí esa mano estranguladora ni ese caballero que de resultas de una apuesta se instala para pasar la noche en una tétrica morada. Este tipo de cuentos que abruma las antologías del género recuerda la receta de Edward Lear para fabricar un pastel cuyo glorioso nombre he olvidado: Se toma un cerdo, se lo ata a una estaca y se le pega violentamente, mientras por otra parte se prepara con diversos ingredientes una masa cuya cocción sólo se interrumpe para seguir apaleando al cerdo. Si al cabo de tres días no se ha logrado que la masa y el cerdo formen un todo homogéneo, puede considerarse que el pastel es un fracaso, por lo cual se soltará al cerdo y se tirará la masa a la basura. Que es precisamente lo que hacemos con los cuentos donde no hay ósmosis, donde lo fantástico y lo habitual se yuxtaponen sin que nazca el pastel que esperábamos saborear estremecidamente.

(Tomado de: Julio Cortázar. Último round.
México, D.F.: Siglo XXI Editores, 1969.)

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

PARA RECORDAR A JULIO CORTÁZAR

Julio Cortázar y el minotauro / Rogelio Sinán

Con la muerte montada a la jineta sobre mis emociones más recientes, se me hace cuesta arriba pespuntear la silueta de alguien con quien armé en Managua una amistad afín, tersa y unívoca cierto lapso antes de su sensible tránsito a la inmortalidad.

El mundo interior de Julio Cortázar, desde su infancia, pudiera definirse como un complejo juego de "rayuela" jugado por un niño tímido y solitario. En su entrevista con Luis Harss, él mismo dice: "Siempre fui muy metido para adentro".

Usando el título de un conocido libro de Octavio Paz, su angustia podría denominarse "el laberinto de la soledad". La leyenda del Minotauro le fascina hasta el punto de que la incluye en su primera producción literaria, Los Reyes, actualizándola. Enamorada de su monstruoso hermano, Ariadna entrega el hilo a Teseo (quien simboliza el viejo orden establecido), convencida de que es el Minotauro quien vencerá en la pugna, pues éste, el enclaustrado, representa la rebeldía, el poeta, quien, desde luego, se reunirá con ella. Negándose al incesto, el Minotauro demuestra su nobleza al elegir la muerte. "Se deja matar dice Anderson Imbert para así sobrevivir oscuramente desde los sueños e instintos de Ariadna; más, desde los sueños e instintos de todos los hombres". En efecto, todos tenemos dentro un Minotauro que misteriosamente nos rige pues lo llevamos en la sangre o en los silos más hondos de nuestra cósmica conciencia.

La idea del dédalo y lo monstruoso reaparece en casi todas las obras de Cortázar, sobre todo en sus cuentos fantásticos y en Rayuela. En la entrevista citada le dice a Harss "desde niño, todo lo que tuviera vinculación con un laberinto me resultaba fascinador. Creo que eso se refleja en mucho de lo que llevo escrito. De pequeño fabricaba laberintos en el jardín de mi casa. Me los proponía". Salir del propio dédalo era para Cortázar un reto, pues sabía que la única salida, para él, significaba la ineluctable confrontación con la muerte.

Su humanísimo libro Nicaragua tan violentamente dulce se inicia con la llegada a Costa Rica donde lo esperan cordialmente Carmen Naranjo, Samuel Rovinski, Sergio Ramírez y varios periodistas que hacen preguntas indiscretas, lo cual hace pensar a Cortázar: "A esta altura de las cosas ya sé que la última entrevista me la harán en las puertas del infierno y seguro que serán las mismas preguntas, y si por caso es che San Pedro la cosa no va a cambiar, ¿a usted no le parece que allá abajo escribía demasiado hermético para el pueblo?"

El hermetismo de Cortázar arranca de esos pequeños laberintos que él fabricaba en su jardín y se hace tangible de manera más o menos intensa en Rayuela, La vuelta al día en ochenta mundos y 62 modelo para armar. Originariamente Rayuela debió llamarse Mandala, según él mismo le dice a Harss: "Cuando pensé el libro, estaba obsesionado con la idea del mandala, en parte porque había estado leyendo muchas obras de antropología y sobre todo de religión tibetana. Además había visitado la India, donde pude ver cantidad de mandalas indios y japoneses". Y agrega que el mandala es un laberinto místico de los budistas, un dibujo divino en casillas como la rayuela.

La rayuela es un juego que se remonta a épocas precristianas. En España se le conoce con el nombre de "infernáculo", nombre que considero muy adecuado ya que es un viaje de la tierra a la gloria pasando por los distintos reinos de ultratumba tal como lo hizo Dante. Es un juego que incluye una enorme tradición religiosa.

En su estupendo estudio (Aproximaciones al estudio de un juego: la rayuela) publicado en Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología N° 4, Buenos Aires, 1963, el etnólogo Eduardo Menéndez nos ofrece una descripción exhaustiva de dicho juego incluyendo profusión de dibujos. Para probar la esencia lúdico-religiosa de los juegos en general, nos dice lo siguiente:

"Jensen y Huizinga están acordes en cuanto a la íntima relación genética y expresiva existente entre juego y culto. Pero mientras que el último autor sostiene la prioridad originaria del juego, respecto de los elementos mágico-religiosos, y considera tanto a éstos como a las restantes dimensiones de la cultura, como derivaciones de la actividad lúdica, Jensen propone que todos los juegos tradicionales tienen sus raíces en manifestaciones de tipo sagrado. Los juegos serían para él supervivencias de antiguas formas cúlticas. Pero además sostiene que el juego en una primera fase cultural, al igual que la

religión, conformaba una expresión emocional de experiencias particulares primordiales de las sociedades primarias, y que por ende estaba saturado de religiosidad. Sólo más tarde el juego cobra características autónomas y desacralizadas que le dan su conformación de supervivencia secularizada. Es decir que hasta cierto punto Jensen hace perder al juego sus características autónomas y distintivas, ya que sólo se las reconoce en una segunda etapa cultural, que es recién cuando se produciría la distinción específica entre lo lúdico y lo sagrado."

Aunque la cita es algo extensa daría oportunidad, en ocasión más propicia, para un estudio detenido del clásico libro de Cortázar, Rayuela. Por hoy sólo prefiero concentrarme en el citado opúsculo sobre Nicaragua por la emoción que encierra, puesto que en él su autor demuestra que estuvo siempre comprometido con las bellas revoluciones de Cuba y Nicaragua y porque el texto está muy ligado a mis recuerdos.

Cuenta que en su segundo viaje a Nicaragua pasó por Panamá en la cual le ocurrió un percance con visos de pesadilla kafkiana, pues un ratero de los que nunca faltan los asaltó, a él y a Carol, llevándose consigo casi todo lo que tenían y aun ambos pasaportes. Afortunadamerite el extinto general Omar Torrijos se enteró del asunto, y su asistente, el sargento Martínez (doctor en filosofía, dramaturgo y poeta) supo arreglar las cosas. Los pasaportes dice Cortázar "no aparecieron, pero sí largos tragos helados y alcohólicos y necesarios, y una hospitalidad que no olvidaremos, cálida y discreta a la vez, una charla con un hombre cuya fuerza interior se oculta tras una displicente bonhomía. Tímido como soy cuando no conozco bien a mi interlocutor, sentí en Torrijos la misma dificultad para el contacto, que se fue dando poco a poco y finalmente se cumplió con una llaneza que creo nos colmó plenamente a ambos. Si tuviera que resumir la personalidad de Omar Torrijos creo que evocaría la imagen del leopardo, su suave negligencia bajo la cual se agazapa la fuerza fulminante".

La curiosa definición de Cortázar tiene una extraña coincidencia con la de García Márquez quien en su crónica intitulada Torrijos: cruce de mula y tigre dice: "Si hubiera que comparar al general Torrijos con los prototipos del reino animal, debería decirse que es una mezcla de tigre con mula. De aquel tiene el instinto sobrenatural y la astucia certera. De la mula tiene la terquedad infinita. Esas son sus virtudes mayores y creo que ambas podrían servirle lo mismo para el bien que para el mal".

En otra página del citado libro sobre Nicaragua, Cortázar hace elogios de la campaña de alfabetización y del avance rápido de la cultura a la par del increíble entusiasmo del público por las artes, la poesía y la lectura.

"Todo eso se refleja cada vez más vivamente dice en la respuesta popular a los actos culturales, a los que no se va por compromiso o para matar el tiempo sino en busca de un diálogo directo con los poetas, narradores y artistas plásticos y musicales. Bien pudimos apreciarlo Gabriel García Márquez, Rogelio Sinán y yo la noche en que leímos algunos de nuestros textos ante un público que llenaba un parque popular de Managua; centenares de adultos, jóvenes y niños sentados en el césped siguieron con avidez cada palabra de la lectura. Personalmente no me gusta leer mis textos en voz alta ni escuchar los ajenos, supongo que por el mal hábito de la lectura solitaria, y esa noche tuve miedo de que el acto resultara demasiado largo y que la gente se quedara solamente por cortesía. Pero cuando salíamos, un grupo de jóvenes se me acercó para decirme que estaban cordialmente enojados porque habíamos leído demasiado poco".

Esa noche, después de la lectura de cuentos (en la que yo leí solamente uno mío, cortísimo, intitulado Descuento) Cortázar me relató, durante la tertulia, su ya mencionada aventura kafkiana de Panamá, la cual terminó de modo muy halagüeño, pues tanto Omar Torrijos como Tomás Borge, facilitaron con amabilidad y gentileza, la movilización de la cordial pareja; "he aquí cómo dice Cortázar después de vernos privados de toda posibilidad de desplazamiento, dos aviones fuera de serie se ponían al mismo tiempo a nuestra disposición. Torrijos retiró amablemente el suyo y por la mañana nos hizo llevar al aeródromo militar"

En ciudad Darío (antes Metapa), en un bello anfiteatro construido por el Ministerio de Cultura a cargo de Ernesto Cardenal, intervinimos en una interesante maratón de poesía en la cual, aparte de numerosos poetas nicaragüenses, leímos nuestros versos Cortázar, Evtuchenko, yo y muchos otros invitados.

Durante la agradable sobremesa conversé con Cortázar de nuestros viajes por la India y el Japón y de la sublime iluminación del Zen y del Vedanta. Cuando me habló de su dolencia hormonal, me dijo que en el Oriente el hombre, el ser humano, se acostumbra a convivir con la muerte considerándola como una compañera que nos libera del dolor en el momento oportuno. No es, pues, un fin sino una metamorfosis.

Él se sentía a sí mismo un minotauro dentro de un cuerpo laberíntico.

Terminaré esta crónica con un dato curioso: Su libro intitulado Historias de cronopios y de famas fue publicado por Ediciones Minotauro en la Colección Metamorfosis.

Panamá, mayo de 1984.

(Tomado de la revista Maga Nos. 5-6.
Panamá, enero-junio de 1985.)

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

MICELÁNEA

Érika Harris o el talento narrativo*

Enrique Jaramillo Levi

Cuando estoy frente a un primer libro, y más cuando se trata, como en este caso, de la obra de una nueva cuentista panameña, siento la más honda de las responsabilidades al corresponderme, por solicitud expresa de la autora, la función de prologuista. Habiendo asumido además el papel de editor de La voz en la mano, evidentemente la responsabilidad se duplica y crece en su alcance.

Desde el principio quiero expresar que ambas tareas me complacen sobremanera porque estamos frente a los cuentos de una escritora excepcionalmente dotada para la creación de personajes, ambientes y temas que parecen nacer investidos ya de un estilo propio, ése que en cada caso mejor plasma la emoción y transmite las ideas subyacentes. Así, digo entonces sin ambages que esta colección de cuentos de Érika Harris lleva inscrita en sus texturas la marca del talento que es inseparable de una profunda sensibilidad y de un claro conocimiento del oficio escritural.

Si un cuento, además de la necesaria pero generalmente indescriptible capacidad de asombro que puede caracterizarlo, sabe mantener la atención del lector de principio a fin porque lo que se relata interesa y está narrado con evidente gracia y capacidad de síntesis, sin duda es posible que otros cuentos venidos de la misma matriz sugieran similares dones y, por lo tanto, sean dignos de figurar, como es el caso de La voz en la mano, en un mismo libro. Los 32 cuentos que integran esta obra tienen todos, de diversas maneras y con siempre provocadores matices, ese sello; ese calibre artístico. Lo cual no es fácil si pensamos que cada uno ha sido creado en un momento determinado, en un contexto cuyas circunstancias emocionales y externas difícilmente se repiten o comulgan con las que dan cabida a otros actos de creación.
Siento en ellos un pulso seguro; un manejo diestro del lenguaje y sus aditamentos (puntuación, tonalidades, figuras retóricas); una visión muy particular de ciertos comportamientos, problemas y atmósferas que el ojo imaginativo convirtió en voz plástica que el lector sensible logra asimilar y compartir. Y esto ocurre tanto en los muchos cuentos de tema psicológico, como en los de ambiente social o de índole fantástica cuando la anécdota y sus peripecias se dejan enmarcar genéricamente, lo cual no siempre es el caso.

La autora ha sabido asimilar con maestría las enseñanzas y las prácticas en torno a técnicas narrativas adquiridas en los talleres ofrecidos por el Diplomado en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá, y en otros en los que posteriormente participó con entusiasmo y dedicación. Pero ya traía consigo lo que más importa, lo esencial: talento narrativo. Cada uno de sus cuentos es muestra fehaciente de ello. Porque, entre otras cosas, los de este libro presentan un manejo impecable de los diversos narradores, perspectivas y maneras de dosificar la intriga y sorprendernos con sus finales. Por supuesto, de nada valdrían los aciertos de la forma si los contenidos (la historia misma y sus imbricaciones) no fueran ya, en sí mismos, acicates de poderosa imantación para el lector. En todo caso y de este pecado literario cojean infinidad de textos panameños, el mérito está en saber conjugar con originalidad, y sin que se note, el fondo con la forma. Este es quizá el principal logro de esta obra.

En el funeral es un cuento sutilmente atípico. No pocos relatos conocidos abordan el tema de la muerte desde la perspectiva de la muerte misma; pero éste lo hace de forma novedosa. Narrado en "segunda persona gramatical" en este caso la narradora se habla a sí misma, el cuento despliega de manera sostenida un absoluto control del "punto de vista narrativo", recurso indispensable del que a menudo carecen no pocas obras de ficción locales. Importa mucho "la mirada", que hace el recuento de los amigos que van falleciendo bajo la acometida de un ominoso azar afín a viejas creencias familiares que en otras circunstancias podrían ser simples supersticiones. Pero ese pasar revista a detalles significativos del mundo exterior que realiza la voz narrativa, fluye siempre por el tamiz de la memoria que enjuicia y del sentimiento que califica emociones. Y sólo en las últimas líneas, como sucede en muchos cuentos de la autora, se nos sorprende con un desenlace para el cual sólo un lector perspicaz puede estar preparado. Un final que, sin embargo, es coherente con la dinámica de la narración, con sus graduales sugerencias.

Por otra parte, la incomunicación de la pareja al no atreverse a comunicarle al otro frustraciones y deseos; ese posponer el momento de mirarse a los ojos y decirse sus verdades; y los silencios que coexisten con los monólogos internos cargados de ansiedad y deseos de rescatar un amor que aún se comparte, son la materia prima de Flores y rieles, tal vez uno de los

mejores cuentos del libro. Pero también destaca aquí el sino trágico que permea muchos de los textos del libro: el desencuentro final, siempre a destiempo. Es un relato que discurre, pese al común espacio físico de los asientos que se ocupan en un tren en marcha, por senderos mentales de elucubración individual que no llega a manifestarse en un diálogo salvador. Este silencio es antecedente ominoso de la muerte que habrá de separarlos como resultado de un desafortunado descarrilamiento. Sólo entonces, interpretado el desgarre emocional por el narrador omnisciente, el que sobrevive manifiesta tardíamente su amor por el otro.

Hay cuentos intensamente imaginativos en La voz en la mano. Imaginativos de diversas maneras. Algunos, en su caudal onírico lleno de obsesivos detalles que reinciden y parecieran materializarse, como en Con las manos extendidas, herencia bien habida del surrealismo; otros, como en El bibliotecario, en donde simpatizamos con el personaje que se dedica a ese oficio pese a su evidente demencia, sin duda por su entrañable afinidad con los libros y sobre todo con los personajes que de ellos emergen y confraternizan con él; pero también en Ana Cristina, en el que el personaje es incapaz de separar sus fantasías de la realidad implícita en su encierro. En cambio en cuentos como El acantilado, las pesadillas van y vienen como las aguas que rompen sobre los peñascos de la realidad y de la conciencia; de los recuerdos hilvanados desde la infancia. Y el despertar no es garantía porque también en la vigilia hay destellos de irrealidad que no se perciben como tales, que bien podrían ser la realidad misma; que a menudo lo son para el personaje que no sabe si duerme o está despierto cuando "sólo en su cuarto, resuenan pasos lentos, la casa vacía sin luces, ni sonidos." Como ocurre en los cuentos de Cortázar, sólo que éstos son de Érika Harris y nos causan la misma desazón, similar incertidumbre...

No se puede escribir cuentos significativos si no se sabe narrar, contar de forma interesante y singular una historia. Y esto implica el tener los instrumentos teóricos y el oficio tanto para describir detalles como para hacer generalizaciones sinópticas; además, para manejar con económica precisión fragmentos de diálogo; internarse en forma creíble en la introspección vía los monólogos interiores; hacer uso, cuando corresponda, de un lenguaje expositivo que denote criterios sobre conceptos y situaciones, o bien de un lenguaje connotativo, a ratos francamente metafórico, que sugiera en lugar de afirmar o explicar; y, sobre todo, poseer capacidad para la intercalación de las diversas técnicas en el fluir que la trama va exigiendo. Porque un cuento es mucho más que la pura historia que se relata. Hay algunos que, para ser convincentes, deben ser como la vida misma: proteicos, multiformes, sutiles y dramáticos al mismo tiempo; pero, a veces, deben encontrar su mejor forma de expresión específicamente en uno de estos recursos literarios, o acaso en otros. Érika Harris aborda toda la gama de estas alternativas en los cuentos de este su primer libro, y sale sorprendentemente airosa. Pero acaso sean los menos clasificables, complejos en su concepción y estructura pese a su brevedad, los que más revelan su talento artístico, ya que la trama y el estilo muy personal en que ésta se articula ponen de manifiesto una y otra vez el hecho indiscutible de que estamos frente a una cuentista que, si persevera, habrá de ocupar un sitio importante dentro de la narrativa breve de Panamá.

II

Sólo haré alusión a algunos de los cuentos de La voz en la mano. Para exaltar las virtudes del libro declaro sin dobleces que no encuentro defectos dignos de mención, no hace falta más.

El primero el que abre el libro y además le da su título sugestivo, más que una metáfora del oficio de escribir (que, por supuesto, lo es), resulta ser todo un ars poética del quehacer literario de la autora; y, en buena medida, del de todos los escritores que en el mundo han sido, siguen siendo y serán. Porque en este cuento breve la escritora habla por boca de su protagonista innominado iconoclasta y crítico, y expresa por qué crea literatura y la razón por la que ha sido despojado, junto con otros autores, no de su libertad de expresión, pues pese a todo sigue escribiendo en la cárcel, sino de su derecho a comunicar a otros sus verdades. Además se refiere a sus emociones al crear, a sus razones esenciales, a una inclaudicable urgencia por plasmar su visión de mundo a través de la ficción. Y a pesar de estar reprimido este escritor, él sabe y así lo expresa que "tarde o temprano, como ha ocurrido por siglos, la voz de nuestras manos y el hálito de nuestros corazones henchidos saldrá a la luz para llegar a muchos; y ellos, los verdugos, no estarán más." Metaficción esta que, en su inducida autorreferencialidad, rinde homenaje, por extensión, a todos los escritores panameños, siempre limitados por el medio en su posibilidad de dar a conocer sus textos.

Un cuento excepcional, el más extenso del libro (casi 10 páginas), es a mi juicio Más que real. Aquí se presenta un caleidoscopio de actitudes y emociones puestos en un sitio común que es la sala de espera de un hospital en donde varias personas aguardan los resultados de diversas intervenciones quirúrgicas realizadas a familiares o conocidos. Esa espera por noticias es, en unos, semillero interior de deslaves emocionales y, en alguno, el aflorar del destape de los verdaderos sentimientos que, ante las circunstancias, siente en su fracturada relación con su enfermo. Pero resulta que hay otro personaje que sólo observa y toma notas, porque pretende escribir una novela y piensa que el ambiente del que es testigo le dará los elementos necesarios. Después, más reposadamente, comprenderá que su obra "jamás podría reflejar con exactitud las miserias, las bondades, la pequeñez y la grandeza humanas." Sólo que con la escritura de este cuento, a pequeña escala pero exitosamente, la autora hace justamente eso. ¡Afortunada paradoja!

Poesía también hay en no pocos de los cuentos de este excelente libro. Porque existen dos maneras de concebir lo poético en un cuento: construyendo imágenes hermosas mediante el ensamble original y sugestivo de las palabras, de las cadencias; pero, también, cuando la substancia misma de un cuento nos remite a la poesía, a sus embrujos o a sus entelequias vitales. Ambas cosas hay en muchos de los cuentos de La voz en la mano. Me refiero ahora sólo a lo segundo: El guitarrista sugiere una concepción poética de la vida, en la medida en que los encuentros y desencuentros de un hombre y una mujer que se atraen tienen una y otra vez a la música y la bohemia, en distintos sitios del mundo, como telón de fondo. Y esa atmósfera, si bien no termina por comprometerlos a un amor permanente compartido, sí propicia que el hombre un empresario encuentre su felicidad real pulsando como oficio entrañable las cuerdas de una guitarra. El cuento está narrado desde afuera, con fluidez y soltura, pero en un lenguaje capaz de reflejar no sólo lo que se ve sino también Io que se siente en un mundo cambiante que no se resigna a dejarse captar del todo.

Uno de los cuentos más imaginativos, y por extensión poéticos, es Facundo Ponzziano. La primera frase ya es un singular acierto, aunque al principio parezca sólo una descripción graciosa o antojadiza: "Tenía cara de nudillo artrítico: arrugada, deforme y protuberante." Y el resto del primer párrafo consolida y pone en contexto lo anterior; "Sin embargo, no repelía, ni causaba repugnancia. Es más, los surcos horizontales debajo de sus ojos cansados, la sonrisa fácil, la dentadura perfecta y resplandeciente, ejercían una irresistible atracción." Luego se nos cuenta su fama de "individuo especial" desde que era un niño, y lo que entendemos es que "absorbía las emociones ajenas: el júbilo, las tristezas, los enojos, los asombros. Las compartía, las asimilaba y se le enredaba en cuerpo y alma. Esto sucedía cuando las personas se encontraban por lo menos en un radio de dos metros cerca de él." El hombre, patética esponja, de tanto cargar con los problemas de otros envejece atrozmente y enferma de gravedad. Resumir aquí el resto de la sorprendente historia sería injusto para el lector; baste un abrebocas literario para inducirlo a conocer a fondo la creatividad que ofrece a raudales.

También crea cuentos realistas esta nueva escritora que hoy reafirma nuestras esperanzas en el futuro de la narrativa breve panameña. Bajo el paraguas azul es un conmovedor relato que demuestra como un descuido genera una enorme e irreparable tragedia y cómo el mundo de las drogas puede empujar a la indigencia a quienes tienen el derecho de llevar una vida sana en el seno familiar; también es la historia de un pequeño gesto magnánimo y de las imágenes que se mueven lentas en la memoria de un niño a quien el destino ha condenado a la miseria pese a un encuentro fortuito con su padre, incapaces ya de reconocerse ambos antes de que cada cual tome su camino. Otro modelo de cómo sigue teniendo plena vigencia el uso moderado del narrador omnisciente; esa voz que, en este triste cuento, singulariza ciertos hechos tomados al azar y los pone en relación; microcosmos que así ejemplifica, justamente, lo que hace el artista cuando crea.

Sólo me resta reiterar que auguro a Érika Harris las bondades de un futuro más que promisorio como cuentista: las 32 ficciones de La voz en la mano así lo patentizan, sobradamente, en este año de nuestro Centenario como República.

Panamá, 27 de mayo de 2003.

* Prólogo de: Érika Harris. La voz en la mano.
Panamá: Fundación Cultural Signos, 2003.

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

MICELÁNEA

Madres somos de los hijos

Carlos E. Fong A.

Como a las nueve de la mañana llegamos al hospital. Mario me sujeta por el brazo, mientras va comiéndose las uñas. A las diez de la mañana me examinaron para saber cuántos centímetros tenía y me dijeron que caminara para acelerar el parto. Por suerte los pasillos del hospital son muy largos y como un laberinto que nos va llevando por el piso de mosaicos verdes y rojo vino. El ruido de una camilla que empuja un enfermero, los cilindros de oxígeno abandonados en una esquina, las manos de una enfermera cambiando las sábanas, toses en un cuarto, el llanto de un niño que viene de alguna parte, el olor a medicamento y pinesol, y al final hemos llegado, con ese paso lento, la mano siempre en el vientre, hasta la morgue, donde curiosamente se respira el aire más puro y huele a marañón. La brisa entra por la ventana y acaricia mi bata de flores. Respiro profundo. A unos cuantos metros estaba la muerte, pero yo apretaba con mi mano la vida. Entonces Mario dice que regresemos.

A las dos de la tarde me canalizaron la vena del brazo para ponerme una venoclisis. El olor del alcohol, el frasco con algodón, la gaveta con jeringuillas. Tendrás que abrir las piernas para rasurarte, por si acaso, y te pondremos un enema para que vayas al baño y no te hagas en la cama a la hora del parto, dijo la auxiliar al examinarme. Después me llevaron al baño para limpiarme y me vestí con una bata celeste. Luego fue la sala de parto: grande, blanca y rectangular, con un muro que separa a las quince camas del área de parto. Una enfermera toma notas en un escritorio que está estratégicamente colocado para poder vigilar la sala. La música que sale del radio pequeño sobre el escritorio deja salir la voz de Armando Manzanero. Sólo tres de las camas están ocupadas.

Los gritos que salen del otro lado del muro son terribles. La mujer grita mientras le cosen la matriz que le han picado para que diera a luz. Casi al mismo tiempo entra otra mujer y la enfermera del escritorio se levanta y sale de la sala, pareciera que a buscar ayuda. La mujer sola, sin ayuda (porque en este hospital, señora, usted está sola), se trepa en una camilla a mi derecha quejándose de fuertes dolores, en el preciso momento en que llegan otras mujeres y comienza a formarse una especie de piquera de mujeres preñadas.

La sala de parto es fría. No hay sábanas en las camas ni almohadas y los colchones son de un material como de plástico. Al lado derecho del escritorio de la enfermera hay un aparato que sirve para oír el corazón del bebé: a veces hay mujeres que no sienten a su bebé. La mujer a mi derecha (hay una fila de seis camas de cada lado del rectángulo y una de tres al fondo, junta a la ventana, yo estoy al frente de la fila que mira hacia la entrada de la sala), que llegó con los dolores, no sé cómo se llama; pero igual da porque nadie sabe el nombre de nadie aquí sino de dónde viene y nos ayudamos con palabras de aliento. Dice que es de Puerto Caimito, que tiene dos hijas, que su marido trabaja como estibador de harina de pescado. Nadie sabe que está en el hospital. Estaba en el mercado cuando los dolores le llegaron. Sólo tiene 5 meses, pero está sangrando por abajo. Gritamos para que alguien venga a ver. La enfermera del pupitre se ha ido otra vez. La mujer se levanta de la camilla con la mano en el vientre. Siente dolor, ganas de orinar, se aprieta. Debe llegar al baño que no se sabe dónde está. Será la puerta verde. Se agacha, siente que algo le está bajando. Por un momento creía que estaba obrando. Primero cae uno, luego el otro. Los fetos se hunden en el agua del inodoro donde se desfigura su forma humana con la sangre. La tarde anuncia los primeros rayos del alba que entran por la ventana.

"Me voy a morir", la última palabra, "morir", me sacó del estado de duermevela. Ya era de noche. La mujer frente a mi cama pedía cesárea, que le sacaran el hijo que la estaba matando, "me voy a morir". Para llegar a la sala de parto hay que hacerlo solita, sin ayuda. Es lo que hizo la mujer que pedía cesárea. Se levanta. Hace un esfuerzo doloroso hasta llegar a la segunda cama a su derecha. Toma aire y se impulsa hasta llegar a la primera cama, cerca de la puerta del muro donde está el área para dar a luz. Uno, dos y tres pasos y se sujeta con las dos manos del marco de la puerta. Es cuando aparece la enfermera y entonces la regaña, pero la mujer grita que si no le sacan al hijo se va a morir, porque ella ha sido siempre cesárea. Otra mujer, del fondo de la sala, se ha obrado de dolor en la cama, la enfermera llegó y le ha dado dos nalgadas ¡Te dije que no pujaras! Así mismo es cuando estás pariendo... Te pegan para que no te obres.

A la mujer del Puerto se la han llevado y la cama que tenía enseguida es ocupada por otra mujer. Mientras tanto, converso

con la mujer de mi izquierda que me ha dicho que es de Las Mendozas, y yo me pregunto cómo hará una mujer de tan lejos para llegar a parir acá. Es cuando la mujer de la primera cama de la fila del frente dice que ella es de El Limón, que trabaja en la maquiladora, que la liquidaron cuando se dieron cuenta que estaba preñada. La mujer a su izquierda confiesa que es de Rincón Solano y enseguida pregunta por la mujer que se llevaron hace un rato para la cesárea. Nadie supo de dónde era ella, pero nos enteramos horas después que está bien, que tuvo un niño. Entonces todos recordamos los gemelos de la del Puerto y hay un silencio que al ratito es interrumpido por la mujer de la primera cama de mi fila, a la izquierda de la mujer de Las Mendozas: por suerte ya tenía dos niñas, ha dicho, entonces la reconocí, de mi barrio, El Coco, sector Amaya, tres calles antes del cruce frente al taller de Monchi, la hermana de la que dirige el coro de la iglesia; cuando me reconoce nos saludamos con una sonrisa.

El día se fue sin darse nadie cuenta. Para la noche ya todas nos conocíamos. La mujer que ocupa la cama donde estaba la del Puerto, es de Playa Leona, y las dos que le siguen, a su izquierda, a lo último de la fila, son de la Valdesa y Ollas Arriba. En la fila del frente, a la izquierda de la mujer de El Limón y Rincón Solano, saltándose la cama vacía donde estaba la mujer de la cesárea, que todavía no ocupa nadie, sigue una mujer de Llano Largo, luego una de La Pesa y la última de la fila es de El Nazareno. Las tres camas de la ventana están ocupadas por una de Los Chorritos y la del centro, que ha dejado de pujar desde que la nalguearon, es de Naos. La muchacha de la esquina es una india, sabemos que es una mujer Ngöbe Buglé, por la enagua que vestía cuando llegó al hospital, con sus colores naranjas y verde limón. No ha dicho una palabra. Su vientre está tan enorme que parece un globo que va a explotar. Estaba admirando aquel vientre cuando nos enteramos de una noticia terrible: la mujer de la cesárea, sí tuvo un niño, pero nació muerto. El bebé murió asfixiado con su propio excremento por negligencia médica. El silencio que hay entonces es apenas de medio minuto, pero es el peor silencio que he escuchado en mi vida. Con lo de la mujer del Puerto y ahora la noticia de la mujer de la cesárea, que es de La Mitra, según la última información recibida por la mañana, todas nos miramos como si pensáramos lo mismo, es cuando la mujer de Nazareno se levanta de su cama y dice que ya está hasta la coronilla de esto y que no va a permitir una sola muerte más de un hijo.

Las dos primeras en sumarse al plan de Nazareno son La Pesa y Llano Largo; enseguida se agregó el resto de la fila, El Limón y Rincón Solano. Luego Naos y Los Chorritos. Las últimas en decidirnos para sumarnos a la coalición somos El Coco, Playa Leona, La Valdesa, Ollas Arriba y Sector Amaya. Ngöbe Buglé tarda en decidirse pero, finalmente, sin decir una palabra, se levanta, camina un poco hacia el centro de la sala y con su mirada sabemos que por fin se ha sumado.

La huelga empezaría en la tarde, para eso debemos hacer una lista de nuestras demandas y nombrar una comisión negociadora. Como la idea fue de Nazareno ella sería la líder del grupo y se encargaría de asignar responsabilidades. Lo primero que hizo fue empezar a formar la comisión. En el momento en que lo hacía entró la enfermera del escritorio, así que hubo que buscar una forma de distraerla. Sector Amaya, que estaba mucho más cerca de ella, le hizo notar que su venoclisis se había terminado y como sabíamos que iba a tardar unos minutos en regresar con el suero, rápidamente aprovechamos para terminar de nombrar y asignar responsabilidades. La vocero de la huelga sería Sector Amaya y Rincón Solano se sintió dispuesta a ser su suplente. Las Mendozas dijo haber llegado hasta tercer año de comunicación en la universidad y que podía encargarse de todo lo referente a relaciones públicas. Mientras que Naos, Los Chorritos, La Pesa y Llano Largo harían un inventario de las prioridades que sería de mucha utilidad para nuestras demandas. El resto apoyaríamos cualquier eventualidad del plan como la seguridad, fiscalizar el proceso de negociación, atendernos unas a otras, en fin, todo lo que podía ocurrir en una situación de crisis y que era menester controlar.

Casi a las tres de la tarde dimos a conocer los motivos de la huelga: ninguna de las mujeres que estaban hospitalizadas, a punto de dar a luz, en esta sala de parto, pariría su hijo hasta que no aceptaran nuestras propuestas. Exigimos mejor atención médica, que la sala de parto fuera equipada debidamente con sábanas, almohadas, camas decentes y todos los aparatos necesarios, que las enfermeras tomaran cursos especializados para sensibilizarlas con el hecho de estar preñada, que los doctores fueran competentes y responsables, que se creara la primera Asociación de Mujeres Embarazadas de Alto Riesgo (AMEAR) y, por último, que no muriera un hijo más de la manera tan absurda como lo han venido haciendo.

Conseguimos una pancarta donde escribiríamos la consigna que nos identificaría con la causa. Primero fue objeto de varios cambios para que el cartel expresara, de una manera efectiva, nuestro propósito. En esta parte todas jugamos un papel casi de maestras, hasta darle forma a la oración que llevaría la pancarta. La primera propuesta fue: "Madre es una de los hijos" aunque era una oración sencilla, había como una especie de muro que aislaba a la "madre" de sus hijos y, aunque era así como un poema, nos pareció, al mismo tiempo, que sonaba como si eran muchos "hijos" para una sola madre y esto afectaba el tono de la oración al final. La siguiente propuesta fue: "Hijo es uno de la madre". La propuesta variaba, pero aunque esta oración era menos indirecta, no se acercaba demasiado a nuestro mensaje. Se había invertido la posición de la "madre" con el "hijo"; la palabra "uno" condicionaba más ahora el significado de "hijo", que, de paso, era un varón, que restaba fuerza a la madre, pero todas estábamos de acuerdo en que cuando se habla de hijos se refiere también a las hijas. Así que había que hacer una oración cuyo valor de las palabras quedara igualmente sobresaltado en la pancarta. Nos miramos sabiendo qué era lo que buscábamos, pero sin saber cómo hallarlo. Entonces, espontáneamente, Ollas Arriba dijo: "Madre somos de los hijos". Era perfecta. Al conjugar el verbo en plural se había creado un efecto que podía ir de

diferentes formas sin perder el significado: "de los hijos somos madres"; "madres de los hijos somos"; "somos madres de los hijos"; sin embargo, la oración perfecta era "Madres somos de los hijos", al pluralizar al hijo y la madre, se lograba una oración sin violar la identidad sexual y dejaba claro que los hijos son tanto niñas como niños. Todas estábamos contentas y la alegría se incrementó cuando Ngöbe Buglé gritó con fuerza la oración, escuchamos su voz por primera vez y era como la de un ángel con una espada que cortaba todos los miedos: ¡MADRES SOMOS DE LOS HIJOS!, y en seguida ondeamos nuestra pancarta que predecía la victoria.

Al día siguiente éramos noticia en el país. La huelga se había corrido como pólvora por los medios de comunicación. Estábamos en las portadas de los periódicos, en la radio, en la TV. Afuera de la sala de parto, docenas de periodistas se apiñaban. La primera conferencia de prensa sirvió para plantear el motivo de la huelga. Nazareno y Sector Amaya respondieron a todas las preguntas sin ningún problema. Seguidamente la Comisión se reunió con el director médico pero, aunque parecía un hombre sensato, no estaba seguro de acceder a nuestras propuestas de cursos de humanismo al personal y parecía tener miedo al gremio de los médicos, por lo que el paro se fue hasta sus últimas consecuencias.

Había transcurrido la primera semana del paro y hubo que tener mayores cuidados con algunas del grupo, especialmente con Naos que se quejaba de fuertes dolores y le daba por pujar. Entre todas nos ayudábamos y animábamos porque teníamos más de nueve meses. Las noches eran a veces de vigilia. Se nos había dado sábanas y almohadas, pero aún así se sentía mucho frío. A las seis de la mañana nos levantábamos para asearnos y las enfermeras, que en cierta forma habían cambiado de actitud, venían con frecuencia a tomar la temperatura, a examinar a las que más lo requerían. Como los días se habían prolongado se nos habían quitado las venoclisis y comíamos la comida normal del hospital. Las enfermeras y doctores que no apoyaban el paro se limitaban a dar comentarios adversos a la huelga, diciendo que éramos madres irresponsables por negarle la luz a nuestros hijos, pero ellos no comprendían que precisamente por ellos hacíamos lo que hacíamos.

Luego de un mes de huelga nos enteramos que el Presidente de la República había designado una comisión negociadora y que él mismo se apersonaría al hospital. Para nuestra sorpresa y alegría, se habían creado capítulos en distintas provincias y se nos estaba informando que seríamos las dirigentes de la Primera Asamblea Nacional de Mujeres Embarazadas de Alto Riesgo. Los capítulos de Los Santos y Herrera ya habían realizado sus asambleas regionales; Veraguas sostuvo una reunión con los directivos médicos de los centros de salud; Colón y Chiriquí optaron por efectuar una encuesta para consultar a sus bases; en Bocas del Toro se preparaban para una caminata; en Coclé había mítines; en Darién y San Blas las dirigentes se preparaban para elevar sus propuestas; en Panamá Centro y San Miguelito se reunían víveres para fortalecer a las huelguistas, pero era en Panamá Oeste donde estaba el epicentro del paro. El Presidente de la República expresó ante los medios que hasta no tener los estudios técnicos que evaluaran las propuestas de las huelguistas embarazadas no podía emitir un concepto definitivo. Por lo que la huelga se alargó por muchos días más. Mientras tanto, los gremios y las bases se preparaban para reunirse con la comisión presidencial, los directores médicos, la iglesia y otros grupos para llegar a la solución. En la sala de parto, donde se originó todo, se habían adoptado algunas estrategias. Se ideó una campaña masiva para que el pueblo tomara conciencia del problema y las necesidades por las que pasa una mujer embarazada. Sector Amaya, Rincón Solano y Las Mendozas se encargaron de atraer a los medios y buscar solidaridad a través de la divulgación. Las cuñas atrajeron a las empresas con más sentido de humanidad, a las ONGs y otras organizaciones diversas. Pronto empezaron a llegar ideas para la campaña. Connuestro lema se fabricaron camisetas, vasos, tazas, gorras, afiches, calcomanías, muñequitas, llaveros, prendedores, globos, piñatas, medias, bolsas, carteras, envases de bebidas, relojes, paraguas, sandalias, corbatas, cubiertos, toallas, celulares, hasta un CD que grabó un rapero y una página en Internet. Luego organizamos el Primer Cabildo Abierto que agrupó a todos los capítulos del país y que no tardó en llamar la atención. Pronto se formaron organizaciones nacionales que rápidamente fueron concretizando la Primera Conferencia Nacional de Mujeres Embarazadas de Alto Riesgo en donde, como era de esperar, se unieron las organizaciones de madres de todas las esferas: las eco-madres, que luchaban por salvar a la madre tierra; las madres-maestras, que luchaban por la educación; las madres oprimidas, de los sindicatos de izquierda; las madres metafísicas, del movimiento de la Nueva Era y que predican la cosmo-maternidad; las madres marxistas, de los años 70 y utópicas de toda la vida; las madres globalizadas, que apoyan los extremos del neoliberalismo; las madres amazonas, amantes de los caballos; las madres ecuménicas, que agrupan a todas las religiones; las madres tolerantes, que defienden la diversidad filosófica e ideológica; las madres conservadoras, que protegen el patrimonio y la memoria histórica; las madres posmodernistas, que abogan por rescribir la modernidad y hasta las llamadas madres gay, que apelan a un nuevo concepto de familia y que nosotras, por razones evidentes, no pudimos aceptar aunque nos apoyaran.

Aunque ya se había cumplido un año de huelga: andábamos con nuestros vientres super hinchados y casi siempre caminábamos con la ayuda de alguien (Mario ha sido muy solidario con nuestro ideal y aunque quiere ver a su hijo desde hace un año, me apoya en todo); aunque acaparamos la atención pública durante todo ese tiempo: salimos en todas las portadas de las periódicos y en los reportajes de televisión; de pronto, dejamos de ser importantes para todo el país cuando unos agricultores encontraron la osamenta de alguien que había desaparecido hace mucho tiempo. El cuidado de las autoridades se ocupaba ahora por descifrar a quién pertenecían los huesos. Los medios de comunicación estimaron que la huelga ya no era sensacional y que no ayudaba a subir el rating y se fueron tras los huesos; las organizaciones privadas y

las ONGs nos dejaron de apoyar porque los gastos ascendían y ya no era un proyecto viable. Todo por lo que habíamos luchado como mujeres pasaba a la historia sin mayores resultados. Hasta esa tarde, cuando, de su cama, sola, sin ayuda, Ngöbe Buglé, se levantó. Las manos siempre en el vientre. Caminó hacia el centro de la sala de parto, se paró justo en el medio, quitó las manos que protegían su claustro materno y las levantó hacia el cielo, como cuando se levantan para alabar al Señor. Sus piernas se abrieron y venciendo la resistencia de las membranas ovulares, un poco del líquido amniótico brota de la cavidad uterina, seguidamente de un hermoso y robusto niño que sale y, después de recibir un abrazo y un beso de la madre, enseguida se aleja gateando hacia el pasillo. Nazareno, que estaba a su lado, hizo lo mismo, pero esta vez una niña con el cabello que le tapaba las orejas nace y gatea siguiendo el mismo camino del primer bebé. El resto de las mujeres nos miramos unas a otras: sabíamos que si Ngöbe Buglé y Nazareno no resistieron el parto ninguna lo haría. Pero cuando vimos a sus hijos gateando por el pasillo rumbo hacia la salida del hospital, donde acampaban nuestros maridos, comprendimos que esa sería nuestra última protesta y todas nos levantamos, quedando frente a frente, y había algo en nuestros rostros que nos llenaba de valor, una especie de esperanza colectiva.

Solamente falto yo por dar a luz. Por la ventana puedo ver un pájaro azulejo picando un marañón. La temporada me hace recordar el primer día en que llegué al hospital. Me agacho despacio y dejo nacer a mi hijo. Después de besarlo lo dejo gateando y lo miro alejarse por el pasillo. Antes de que mis ojos se cierren, alcanzo a mirar a Mario tomar a su hijo del piso.

(Tomado de: Carlos E. Fong A. Desde el otro lado.
Panamá: Universidad Tecnológica de Panamá, 2003.)

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

MICELÁNEA

Extratextualidad en la poesía panameña finisecular originada por el Canal*

Ana María Camargo
(University of Central Florida)

La crítica contemporánea tiende a considerar la poesía femenina panameña como una expresión individual que manifiesta sólo la interioridad de la autora, lo cotidiano, los juegos amorosos, las ilusiones frustradas, sin tomar en cuenta los factores histórico-sociales que caracterizan a la poesía masculina; sin embargo, de acuerdo a mi lectura, en la lírica femenina panameña se simbiotiza tanto el factor subjetivo de las poetas como el factor histórico-social. Este trabajo se propone analizar el componente histórico-social de la poesía femenina panameña.

El análisis literario se presenta tomando en cuenta el nexo simbiótico de la expresión subjetiva individual y el aspecto histórico-social de cuatro poemas representativos. Estos poemas denuncian el desequilibrio de la organización social panameña desde el inicio de la construcción del Canal hasta la actualidad, 1999, año en que el motivo principal del origen de esta literatura de denuncia dejará de existir. Las poetas escogidas son: Amelia Denis de Icaza (1836-1911), Elsie Alvarado de Ricord (1928), Diana Morán (1932-1987), y Gloria Young (1950). Existen otras poetas que también tienen poemas de denuncia, aunque no se analizarán debido a la limitación de espacio: Giovanna Benedetti, Bertalicia Peralta, Bessy Reina y Mireya Hernández, entre otras.

Si de acuerdo con Wolfgan Iser1 la estética de la recepción de un texto establece conexiones con el pasado, el presente y el futuro del lector, es evidente que los textos de estas autoras pueden ser percibidos por el lector de una época de una manera diferente a aquella en que un lector de otra época lo perciba, especialmente si para ese momento el elemento receptor ha sufrido un cambio generacional. Un ejemplo concreto sería la nueva generación de lectores que surgirá a partir del nuevo milenio en donde el enclave del Canal será para ellos un simple hecho histórico plasmado por la sensibilidad y época del escritor.

Para valorar los poemas escogidos de acuerdo con la teoría de la recepción conviene analizarlos en su aspecto transgresor del pensamiento de la generación que sufrió las consecuencias del inicio del enclave colonial, y contrastarlo con la actual generación. El análisis de los poemas se planteará desde la perspectiva ideológica, es decir, partiendo del texto mismo y no desde la perspectiva estrictamente estilística que muchas veces considera que toda obra literaria debe tener el sello de los cánones europeos para poder ser considerada "buena".

En primer lugar, se señalará la extratextualidad diacrónica en relación al discurso anticolonialista entre las poetas panameñas con respecto a la realidad nacional de diferentes épocas. Y en segundo lugar, el discurso extratextual anticolonialista femenino panameño con respecto al discurso anticolonialista femenino puertorriqueño.

El carácter global de la investigación se fundamenta en las distintas épocas en que el mismo hecho histórico ha influido en las generaciones literarias representadas, en este caso, por la mujer. La voz femenina panameña se ha hecho sentir desde los espacios más íntimos y familiares de su ser hasta los espacios que comprenden la vida colectiva. La participación de la mujer en la vida literaria del país se documenta desde 1850, específicamente, con Amelia Denis de Icaza.

Posteriormente, la voz femenina siempre estará representada en todas las otras generaciones literarias. Hay un elemento común que caracteriza la poesía de Denis de Icaza, Alvarado de Ricord, Morán y Young: la denuncia de la presencia imperialista en el país. Ejemplo testimonial de esa circunstancia histórica reflejada en la literatura panameña son los poemas: Al Cerro Ancón, de Amelia Denis de Icaza; A los héroes panameños, de Elsie Alvarado de Ricord, Soberana presencia de la Patria, de Diana Morán; y Nuevamente habremos de iniciar la Historia, de Gloria Young.

Una exégesis cuidadosa del poema Al cerro Ancón confirma la intertextualidad que existe con los poemas de las otras poetas, específicamente la visión cosmogónica de la voz lírica que se presenta como un ente creador y modificador de la realidad. La visión del paisaje en los poemas que se analizan, puede ser interpretada desde una perspectiva subjetiva u

objetiva. Pero lo que va a determinar la intensificación de algunos elementos característicos en cada poema, será el toque de armonía o de inconformidad que ofrezca la voz poética.

La interpretación de estos poemas se basa en la estructura temporal en que se ubican los tres momentos significativos de participación de la mujer en la historia literaria. La ubicación temporal es desde 1856 hasta 1999, período en que se muestra la poesía de protesta femenina panameña. Amelia Denis de Icaza presenta un pasado histórico nostálgico, mientras que Diana Morán, Elsie Alvarado de Ricord, y Gloria Young muestran un presente histórico con esperanzas.

Existen gran cantidad de poemas escritos por mujeres que aluden a la situación canalera, pero los poemas escogidos en este trabajo no sólo representan la simple denuncia de elementos extranjeros en el país, sino que además muestran cómo se ha transformado el espacio y la sociedad.

En Al cerro Ancón la visión de las transformaciones se describe con nostalgia, pero sin esperanza de recuperar lo perdido. Tanto para Denis de Icaza como para Neruda la tierra y el alma son dos elementos fundamentales en sus poesías. La tierra como objeto de su inspiración y el alma como capaz de captar allende lo material, la sensibilidad de las cosas transformándolas en poesía. Así increpa al cerro:

Ya no guardas las huellas de mis pasos,
ya no eres mío, idolatrado Ancón.
Que ya el destino desató los lazos
que en tus faldas formó mi corazón...

¿Qué has hecho de tu espléndida belleza,
de tu hermosura agreste, que admiré?
¿Del manto que con regia gentileza
en tus faldas de libre contemplé?

¿Qué se hizo tu chorrillo? ¿Su corriente
al pisarla un extraño se secó? 2

Para Denis de Icaza, el agua como elemento germinador deja de tener esa función al momento en que la tocan manos extrañas. Su referencia al vocablo "extraño" la hace aludiendo a aquél que se estaba apoderando de su patria, no alude al extraño que transitaba de un océano a otro por Panamá. Más que añoranza se vislumbra un mundo cosmogónico percibido por el mundo interior de la poeta, amalgamado a través de su alma. Para entender esta melancolía que se desprende de estos versos hay que buscar el contexto histórico-social del poema. En la historia de la literatura panameña, ella es la primera mujer que escribe poesía en una época en donde las posibilidades para que la voz femenina expresara sus ideas eran muy limitadas. De acuerdo a la crítica literaria contemporánea, su obra en general pertenece a la tercera generación romántica3, y es la única mujer incluida en esa generación. La lírica de Denis de Icaza es sencilla, íntima, amorosa, espontánea, pero también es de dolor y denuncia.

Cuando Amelia Denis de Icaza contrajo matrimonio se trasladó a Guatemala y posteriormente a Nicaragua en donde vivió la mayor parte de su vida. Este abandono de su tierra va a repercutir enormemente en su obra poética. Después de muchos años, la poeta regresa a Panamá y la encuentra invadida por extranjeros de diferentes nacionalidades, y no sólo eso, sino que los lugares por donde ella caminaba con libertad anteriormente, ya eran zonas restringidas para los panameños, sólo podían pasar personas "autorizadas" del ejército acantonado en la Zona del Canal.

Los letreros históricos: "Restricted area", "Stop", "Don't go across without authorization"; fue para ella, y para todos los panameños, un fuerte impacto. La euforia del dólar no tenía tanta importancia como lo tenían los letreros que le impedían caminar libremente por su tierra. Así dolida, la voz poética de Denis de Icaza derrama su amargura en los siguientes versos:

Soñaba yo con mi regreso un día,
de rodillas mi tierra saludar,
contarle mi nostalgia, mi agonía,
¡y a su sombra tranquila descansar!

Sé que no eres el mismo; quiero verte
y de lejos tu cima contemplar;
me queda el corazón para quererte
ya que no puedo junto a ti llorar.

Centinela avanzado, por tu duelo

lleva mi lira un lazo de crespón;
tu ángel custodio remontóse al cielo,
¡ya no eres mío, idolatrado Ancón! (10)

Su percepción de la situación panameña señala desde un principio las consecuencias funestas de la nueva colonia en Panamá. Esta voz proviene de la poeta que al humanizar la naturaleza va transformando en el lector su imagen de lo real hasta hacer que su metáfora vaya desvaneciendo gradualmente el recuerdo de lo real para dar paso, en su lugar, a la presentación subjetiva de la voz lírica. En Alvarado de Ricord, Morán, y Young se advierte un cambio temático y emotivo en su poesía. Sus poemas no tendrán el rasgo nostálgico que caracteriza a los de Denis de Icaza. Pasado ese período de transición, la escritora panameña toma conciencia de su papel en la sociedad. No solamente va a mostrar su responsabilidad individual, sino que también va a expresar la responsabilidad colectiva de la sociedad en que vive. Se origina así una nueva imagen en la poesía femenina, una poesía de la exaltación comprometida, y de clarificación de las nociones y emociones de la poeta frente a su medio social. De esta naturaleza son los siguientes versos del poema A los héroes panameños, de Elsie Alvarado de Ricord:

¿Por qué regáis la muerte en nuestro suelo,
desleales inquilinos zoneítas?
No descendéis de Washington, Lincoln;
vuestra mano no es mano libertaria:
es la mano esclavista, que asesina,
la que codicia, la que ruge armada
por tierra y mar y cielo. Vuestros pasos
siembran la indignación en nuestro Istmo;
por vuestros labios hablan solamente
los Teodoros, los Truman, los MacCarthy,
y vuestros corazones no conocen
la esencial hermandad de los humanos.4

Es posible advertir cómo los sucesos del 9 de enero provocan un cambio en la poesía femenina. Las poetas incorporan la denuncia histórico-social como una nueva temática que se agrega a la erótica, íntima, y maternal.

El estado anímico que muestra la poesía de Denis de Icaza debe diferenciarse de la que reflejan las otras tres poetas. Cuando inicia su canto lo hace en un tono derrotista, convencida de que nunca más volverá a pisar esas tierras. "Ya no guardas las huellas de mis pasos,/ ya no eres mío, idolatrado Ancón"(9) . Sin embargo, Alvarado de Ricord, Morán y Young asumen un tono desafiante, de lucha, de valor. Esto puede apreciarse en los versos de Elsie Alvarado de Ricord: "la sangre de los héroes no es estéril...", "Los héroes no yacen en la tumba; remueven la conciencia de los pueblos" (68). En cambio, Diana Morán afirma:

Mis muertos son vivas sembraduras,
ataúdes que nutren la esperanza
con el ritmo ascendente de la lucha.
En las cuencas de Rosa revientan las espigas,
en la espalda de Ascanio se arman las legiones
los fémures de Alberto, Teófilo y Rogelio,
son astas invencibles otra vez en el muro.
Los ojos de Ricardo, los labios de Rodolfo,
las células de Víctor, los dedos de Carlos,
las piernas mordidas, sus núcleos morados,
sustancias nacionales, patrimonio se han vuelto.
La sangre de los hombres es historia viviente,
savia que de la muerte se incorpora.5

Ambos poemas: Soberana presencia de la Patria y A los héroes panameños plantean la búsqueda de la identidad por medio del proceso purificador del sacrificio, alimentados por sentimientos nacionalistas y por el repudio a ciertos convencionalismos sociales que impiden la realización del ser humano. Las voces líricas de estas poetas representan las voces de todos los pueblos americanos, con sus quejas, sus problemas, sus denuncias, sus mártires, sus aspiraciones y sus triunfos. La voz poética de Gloria Young también hace sentir su inconformidad en torno a otro hecho histórico más reciente, en su poema Nuevamente habremos de iniciar la Historia. Denuncia la invasión militar emprendida por los Estados Unidos contra Panamá, en la noche del 20 de diciembre de 1989. El estudio de su poesía se puede analizar desde dos perspectivas diferentes: La primera desde la

perspectiva subjetiva, que es la que caracteriza su poesía erótica feminista; y la segunda, desde una perspectiva de denuncia social. Para efectos de este trabajo la que interesa es la segunda perspectiva. La misma exaltación y vehemencia de su poesía erótica, puede encontrarse en su poesía de carácter social, porque para ella los problemas de su patria la lastiman de igual manera, como puede verse en los siguientes versos.

Es posible advertir cómo los sucesos del 9 de enero provocan un cambio en la poesía femenina. Las poetas incorporan la denuncia histórico-social como una nueva temática que se agrega a la erótica, íntima, y maternal.

El estado anímico que muestra la poesía de Denis de Icaza debe diferenciarse de la que reflejan las otras tres poetas. Cuando inicia su canto lo hace en un tono derrotista, convencida de que nunca más volverá a pisar esas tierras. "Ya no guardas las huellas de mis pasos,/ ya no eres mío, idolatrado Ancón"(9) . Sin embargo, Alvarado de Ricord, Morán y Young asumen un tono desafiante, de lucha, de valor. Esto puede apreciarse en los versos de Elsie Alvarado de Ricord: "la sangre de los héroes no es estéril...", "Los héroes no yacen en la tumba; remueven la conciencia de los pueblos" (68). En cambio, Diana Morán afirma:

Mis muertos son vivas sembraduras,
ataúdes que nutren la esperanza
con el ritmo ascendente de la lucha.
En las cuencas de Rosa revientan las espigas,
en la espalda de Ascanio se arman las legiones
los fémures de Alberto, Teófilo y Rogelio,
son astas invencibles otra vez en el muro.
Los ojos de Ricardo, los labios de Rodolfo,
las células de Víctor, los dedos de Carlos,
las piernas mordidas, sus núcleos morados,
sustancias nacionales, patrimonio se han vuelto.
La sangre de los hombres es historia viviente,
savia que de la muerte se incorpora.5

Ambos poemas: Soberana presencia de la Patria y A los héroes panameños plantean la búsqueda de la identidad por medio del proceso purificador del sacrificio, alimentados por sentimientos nacionalistas y por el repudio a ciertos convencionalismos sociales que impiden la realización del ser humano. Las voces líricas de estas poetas representan las voces de todos los pueblos americanos, con sus quejas, sus problemas, sus denuncias, sus mártires, sus aspiraciones y sus triunfos. La voz poética de Gloria Young también hace sentir su inconformidad en torno a otro hecho histórico más reciente, en su poema Nuevamente habremos de iniciar la Historia. Denuncia la invasión militar emprendida por los Estados Unidos contra Panamá, en la noche del 20 de diciembre de 1989. El estudio de su poesía se puede analizar desde dos perspectivas diferentes: La primera desde la perspectiva subjetiva, que es la que caracteriza su poesía erótica feminista; y la segunda, desde una perspectiva de denuncia social. Para efectos de este trabajo la que interesa es la segunda perspectiva. La misma exaltación y vehemencia de su poesía erótica, puede encontrarse en su poesía de carácter social, porque para ella los problemas de su patria la lastiman de igual manera, como puede verse en los siguientes versos.

Llegaron sigilosos con luces de bengala
y aves misteriosas de acero negro
sin forma y sin sonido alguno.
Arrastraron cuanto encontraron a su paso:
el árbol de mango recién parido
y los cuerpos del amor
sobre la cama.

El olfato oyó crecer la carne humana
y se manchó el viento de la madrugada
olor a pólvora sin gaviotas. (118-119)

Gloria Young une su dolor al del pueblo panameño, igual que las otras tres poetas analizadas. Las cuatro comparten con el lector esas experiencias que trascienden conceptos significativos buscando sembrar las semillas que el tiempo hará germinar en él. Y así concluye:

Y este país recobrará su nombre,
saldrá de aquella noche vergonzosa,

inundará su aire de mejorana y cumbia
domará el mar y sus orillas
rescatará los sueños
la alegría...
y no nos pisotearán con sus miradas
estos hombres de otro idioma
y del nuestro
nuevamente habremos de iniciar la historia
nuevamente. (119-120)

La poeta a través de su poesía, esta vez épica y provista de una voz mesiánica, trata de cumplir con una etapa primordial, la de buscar al verdadero ser humano panameño, para que tome conciencia y sepa qué papel debe desempeñar en la sociedad actual. Como bien dice Gloria Young, la patria reclama la participación de todos los panameños en la construcción de una nueva historia libre de coloniajes.

El sentido de oráculo que muestra el poema de Gloria, conduce a reflexionar sobre el poder que ejerce el contenido de los mensajes en el despertar de la conciencia dormida de los pueblos americanos que incide en el destino de toda Hispanoamérica. Tal vez, para otros países el tema de la patria no tenga la misma connotación que tiene para los panameños. Aunque los poemas pertenecen a distintas épocas generacionales, todos presentan una gama de estados anímicos muy semejantes: frustración, indignación, decaimiento, esperanza y desesperanza, que son los temas de la literatura hispanoamericana en general. Puede señalarse una coincidencia en los temas femeninos panameños que tratan sobre el problema de la invasión en Panamá, con el poemario El día del polen6, de Etnairis Rivera, que también trata el mismo problema, sólo que en Puerto Rico. Aunque con objetivos diferentes el tema de la invasión conlleva una misma situación, una denuncia de la desarticulación del orden social. De los treinta y nueve poemas que forman el libro, nueve se refieren al status colonial de Puerto Rico. Rivera considera al status colonial actual como una continuidad de la que se inició con la primera invasión a la isla en 1492. Desde ese momento la organización social en Puerto Rico se fragmentó.

...sobre el Caribe caen hojas estrelladas
luego el viento trajo semillas y habitantes
luego por el bagua empezaron a llegar
malacaña de extranjeros.7

La voz de Rivera se semeja a la voz poética de las panameñas y a muchas otras voces femeninas hispanoamericanas que también denuncian problemas histórico-sociales. Además de Etnairis Rivera, otras voces femeninas puertorriqueñas ya habían aludido al mismo tema, entre ellas: Julia de Burgos y Olga Nolla. En la poesía de Burgos sobresalen temas de denuncia social: pobreza, angustia femenina debido a la represión por normas estructuradas por hombres. En cambio, la poesía de Nolla hace referencias a temas que subvierten normas sociales de la clase media y alta.

Por medio del análisis de la poesía de estas escritoras se infiere que la voz femenina panameña ha marcado hitos en la literatura, tanto nacional como hispanoamericana. Estas voces emergen con una visión del mundo ideológicamente definida, dejando a un lado el lamento y la subjetividad sobre la propia individualidad, para mirar con un optimismo visionario la reestructuración histórica de la patria.

De la misma manera que se ha hablado de la influencia que ejercen los llanos, las pampas, las selvas y el mar sobre el alma de los pueblos determinándolos sociológicamente, así también el Canal ha influido en la configuración de la identidad de los panameños.

NOTAS

1. Puede consultarse a Wolfgan Iser. "The Reading Process: A Phenomenological Approach", Eds. Vassilis Lambropoulos y David Neal Miller, Twentieth Century Theory. New York: State University of New York Press, Albany, 1987, 381-400.

2. Cerrud, Digna Batista de, Vásquez, Gladys Gutiérrrez de, Selección poética. Chitré: Impresora Crisol, 1971, 9.

3. Según la clasificación de Aristides Martínez Ortega. Las generaciones de poetas panameños. Panamá, Impresora

Panamá, 1992.

4. Ricord, Elsie Alvarado de, "A los héroes panamenos", Lotería Nos. 334-335, (Enero- Febrero, 1984): 67

5. Instituto Nacional de Cultura, La mujer y la poesía en Panamá. Primera muestra de la poesía femenina. Panamá: Ediciones INAC, 1977, 141.

6. Rivera, Etnairis, El día del polen. Mayaguez, Puerto Rico, Colección de poesía "Jardín de espejos", 1980.

7. Vélez, Lidia, "El caso colonial puertorriqueño en la poesía de Etnairis Rivera", Alba de América Vol. 1, "Mujer y sociedad en América", IV Simposio Internacional, 1988: 241.

* Nota del editor: Este texto, escrito en 1999,
permaneció inédito en Panamá hasta la fecha (febrero de 2004).

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

MICELÁNEA

Fisonomía de la Sierpe Onírica

Pedro León Carvajal
(Nicaragüense)

Algunos sueños se destruyen si uno intenta tocarlos, todo intento de reconstrucción los adultera, marchita y deforma, disminuye sus cifras, les falsea y rebaja la tonalidad, les altera el ritmo, la viva acidez de sus colores, les mella el filo de la intención, erosiona y desgarra las paredes de sus celdillas, desorienta y dispersa las órbitas de sus electrones, diluye su peso específico, pervierte la tensión concentrada de su voltaje, reduce y mengua sus polivalencias. Sus acumulaciones masivas de sentidos diversos se vuelven divergentes, conflictivas, irreconciliables, al ser arrastradas a trasponer las fronteras de la vigilia.

Pero un soñador persistente no puede atajar su designio por tales escrúpulos, su labor es inapelable y urgida, recoge partes sin total, puntos suspensivos, cabos sueltos, fragmentos o vestigios huérfanos de ninguna unidad, e instantáneamente los redondea y pule, los reconstruye, amalgama y estructura con ayuda de sus instrumentos de precisión (que se llaman venaciones finísimas de la memoria, que se llaman microscopio biológico, que se llaman pinzas menudas, fresadoras, taladrejos diminutos, tenacillas, cautines, martilluelos de platero de la intuición). (Porque se habla en consultorios, hospitales y clínicas de relojes biológicos. Pues bien, existen sensibilidades dotadas no sólo de microscopio biológico, sino de brújula biológica, de compás y escuadra, de astrolabio y sextante, de sonares y sondas, de barómetro y manómetro, de radares, sismógrafos y otros instrumentos biológicos de pronóstico y diagnosis).

Para algunos sueños la sintaxis más esmerada y el lenguaje más vigoroso y elástico son siempre camisa de fuerza, parcialidad, falseamiento, apocrificidad, dispersiones falaces de un espíritu unitario y múltiple. Pero no tienen alternativa. O vienen al mundo bajo un disfraz que los degrada y corrompe, o naufragan totalmente en un océano de desmemoria. Piélago abismal que acaso sea también su matriz de originalidad.

* * *

Primero parecen tener prisa, se desplazan movidos por un afán de esbozar unos esquivos, unos urgentes significados. Después retroceden hacia posiciones reflexivas, se regodean en el por menor y el detalle. Han venido desde sus cimarronas lejanías a alojarse en unos hospedajes de tránsito. Al confrontarse con los elementos del arsenal lingüístico tampoco los esquivan, de fricciones, coincidencias o acuerdos van haciendo argumento, guión, coreografía, tramoya, escenario, y con harta frecuencia burilan hasta los entretelones menores del paisaje.
A veces sufren excesos de abandono a los caprichos de la memoria, ceden a la preponderancia de unos colores galateos, sus pulimentadas fases van haciendo estandarte en rincones estratégicos, que ya se verán. La maquinaria metabólica en cambio se regodea en su pereza unos segundos antes de emprender la zafra. Los episodios bailan sueltos, y las intenciones coreográficas al convocarlos al orden no tienen todavía enfocadas en haz las argamasas de sus manías recurrentes. Todo en función de preferencias volitivas, de proclividades del apetito y de la ansiedad dijo el bolero. Y el martillar acompañante de los acordes de algún rimador underground, junto a la tenaz insistencia de unos punteros de diagnóstico. Todo revuelto, el humor saetero de las hormonas, los progresos colorativos de la electrónica, la digestión de algún proceso electoral, el llanto por los toreros mártires y las víctimas vírgenes del conglomerado estudiantil. Sin que tampoco pudiéramos acusarlos de imperativo totalizante, ni de preocupación por la unidad temática. Zurcen y saltan, espigando, escardando, emparejando los bordes con vísceras aplanadoras, con vocaciones churriguerescas. Sus inclinaciones primitivistas las revisamos a toda máquina, y cuando los telegramas se acumulan hasta el exceso no queda más que una aceleradísima lectura de corrido, al trasluz, y luego encargarle a los fieles matarifes del rastro un resumen finisemanario de su significación general.

* * *

Simultáneamente padecen y gozan excesos de ornamentación en el andamiaje de las escenas, complejidades estructurales y filustrías en el perfil del enredo. Así nos forzan a optar por los atajos de la síntesis. A despecho de que en los presentes

casos quepan tanto la esfericidad como la rotación en el esqueleto de las anécdotas, que se auto maquinan sobre engranajes indigeribles para el metabolismo de los sillones académicos. Lo demás son caprichos de diversa filiación y apodo, ya del atuendo y artes cosméticas de los personajes característicos, ya de la escenografía y la hidrotopografía de los paisajes hiper-urano-tópicos, ya de los ademanes orquestales que desmembran y despliegan las urbanísticas intestinas. Con todo, caben fisuras y estrías donde el escalpelo de la sintaxis acomoda sus justas pausas, y donde la respiración del todo asume las necesarias divisiones menores del escalímetro.

Así, entre el vinagre y la salmuera de las barruntablemente avisadoras intenciones totales, sobrevive el perfil de sus esqueletos.

* * *

Sin llamarse cuentos, sin mostrarse ansiosos de los linderos de ninguna definición, sin pretensiones de imantar la fijeza de ningún substantivo, sino con la simple paciencia de sucederse dentro de sí, aún ignorando la propia elasticidad de sus extremos, la longitud de sus términos, e indiferentes a los posibles aprofundamientos de lateralidad. Su anatomía lógica es la de la sierpe ritual, animal sinuoso y medular. En realidad de verdad, no tienen prisa, obedecen a un ritmo. No le obedecen a las costumbres diurnas de la voluntad, sino a un empeño de significación que mana de fuente recóndita. Aunque sujeto a ley, y tampoco insensible a las deferencias de la civilidad, a los esbozos de alguna música susceptible al color. De esa ley podría derivarse que mientras mayor sea su lejanía aumentarán proporcionalmente sus posibilidades de acertar con unas significaciones extensas y expansivas. Las que tampoco será necesario calcular a lo inmediato. Sino dejarlas ser y estar.

Para seguirlas es necesario someterse a las proclividades de su morfología, a sus prolongaciones oblongas, reproducir su parabolismo intestino, sus metáforas ambientales, sus descripciones hidrológicas, y las viscisitudes de su fauna aérea o acuática particular. Quienes definirán sus semejanzas virtuales serán en penúltima instancia los personajes, en cumplimiento de un recorrido que se sospecha fijado con anticipación.

* * *

Nuestra memoria anfibia nos ha traducido en episodios, facetas, segmentos. Aparentemente bicéfalos, o cuando menos bífidos. Se accede a ellos por caminos que convergen desde distantes extremos. Y en el centro lo que crece, además de la sed habitual de saber y adivinar, de recorrer caminos en pos de respuestas finales, son vísceras torales que palpitan con muchas raíces y tallos, que buscan expandirse en el afán de querer con amor, desprendidamente atarse al subsuelo de otros mundos tangentes, que colindan con las estaciones lluviosas de estos lugares nuestros de peregrinación y tránsito. Un árbol es una llamarada de savia. Sea. Pero el árbol de nuestras funciones orgánicas puede ser instrumento vivo para perseguir las finalidades secretas de una Voluntad Total.

(Tomado de: Pedro León Carvajal. Fracciones de algún total.
Managua: Instituto Nicaragüense de Escritores, 1998.)

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

MICELÁNEA

Cultura y cambio

Miguel Rico Varadé
(Español)

“¿Sabe usted, decía Napoleón a Fontanes, lo que más me admira en este mundo? La impotencia de la fuerza para fundar algo. No existen en este mundo más que dos potencias: el sable y el espíritu. A la larga el sable queda siempre vencido por el espíritu". Estas palabras que Albert Camus pone en boca de Napoleón, en su artículo Los almendros, sirven para resumir uno de los más bellos ideales del hombre, a veces olvidado, otras veces condenado al silencio por diversos motivos; y que incide en la idea recurrente por la cual el espíritu, la cultura, cabría sustituir, se revela como el instrumento más eficaz para cambiar la realidad. En efecto, la cultura, en términos generales, las manifestaciones culturales en concreto, han originado las mayores transformaciones sociales, han resquebrajado los regímenes más totalitarios y han proporcionado valores alternativos a los individuos a lo largo de la historia.

En primer lugar, habría que concretar qué se entiende por expresión cultural y por qué esta expresión es a su vez un asunto espiritual; y también habría que vislumbrar por qué la cultura supera a la fuerza, al sable sangriento de la historia.

La cultura ha sido estudiada desde las más diversas disciplinas, y quizás es esta aproximación pluridisciplinar la que nos advierte de lo amplio de su significado. No sólo amplio en matices, sino también en la realidad que abarca. Tras un breve análisis a la abundante bibliografía, podríamos anticipar un primer concepto: la cultura entendida como toda actividad que realiza el hombre. Bajo esta definición la cultura, como saber formal, abarcaría el saber del hombre sobre el hombre. La expresión cultural por tanto, sería la expresión de ese saber. Se trata de una manifestación subjetiva, pero que encuentra su sentido en la sociedad, lo que la hace finalmente objetiva y la configura como una visión general de lo que somos, de a dónde nos dirigimos. En palabras de George Mosse, la cultura se entiende como una "visión del mundo" que ha ordenado a los individuos a lo largo de la historia, que les ha hecho saber quiénes eran.

Es fácil percibir entonces, que toda manifestación cultural es una manifestación del espíritu humano en la historia, de la realidad íntima del individuo que puesta en contraste con la de sus semejantes ha servido para poner en duda los preceptos de una época.

En la historia contemporánea existe el ejemplo de manifestaciones artísticas que han servido para reconocer a una colectividad y han ayudado a conferir un sentido nuevo a los valores de una sociedad. Las características de estas expresiones podrían resumirse en tres: su prolongación en el tiempo, su vigencia a lo largo de los años; en segundo lugar, su origen estrictamente subjetivo, imagen partida de un individuo aunque incardinada en la sociedad; y en tercer lugar, su origen pretendidamente ajeno al poder político, su naturaleza fuera de la dinámica política, aunque finalmente también la modifique.

Un ejemplo sublime de esta realidad lo encontramos en la actividad de algunos escritores de Europa del Este durante la implantación en sus países de los llamados regímenes del socialismo real.

Ismail Kadaré (1936) ha escrito las páginas más bellas de la literatura albanesa última y ha reivindicado tanto en su país, como en el exterior, la existencia de una nación cultural propia, genuina, ajena a significados preconcebidos. Para ello no ha necesitado grandes proclamas ni discursos, solamente a través del ejercicio "silencioso" de su literatura ha hecho resplandecer a un país hundido en la miseria económica. Albania vivió durante cuarenta años uno de los regímenes más totalitarios del mundo. Enver Hoxha, partisano erigido a dictador tras la Segunda Guerra Mundial, configuró un estado absolutamente cerrado sobre sí mismo mediante un férreo control policial sobre las vidas de sus ciudadanos. Sin embargo, sobre este contexto se alzó la figura de Ismail Kadaré, que ha escrito largo y tendido sobre los problemas de su país. Sus novelas se centran en la historia de Albania; y el desarrollo de la trama, siempre claro y coherente, nos habla de una

realidad subjetiva, pero objetivable en un contexto social. Entre ellas se podría citar la novela El palacio de los sueños, que relata las vivencias de un joven funcionario que desempeña la terrible tarea de interpretar, censurar, los sueños de los ciudadanos de un país. Esta representación de la angustia humana, no parece aventurado considerar que resultará conocida a los albaneses durante el régimen de Enver Hoxha. Tampoco romperíamos ningún esquema si pensáramos que dicho relato no pretendía en su origen golpear las conciencias de sus lectores, sino simplemente relatar la soledad y angustia del ser humano. Sin embargo, lo importante es comprender que esta visión personal, esta tentativa de visión del mundo, que es lo que caracteriza a la creación artística, al confrontarse con una mirada ajena (una mirada en contacto con la del otro), provoca una corrosiva dinámica de transformación social. El lector que confronta su visión con lo escrito, para luego recrearlo, transformarlo en solución frente a una realidad concreta. Podríamos citar aquí los versos del poeta español Vicente Gallego, cuando dice: "nuestra se vida cumple / durante un solo instante / en los ojos ajenos".

Pero volviendo a la actividad de Ismail Kadaré, ¿cómo puede aparecer un escritor de sus cualidades en un entorno tan desapacible como la sociedad albanesa? Suponiendo que los regímenes totalitarios se inmiscuyen en las esferas más íntimas del individuo, ¿cómo mantenerse inmune a tanta opresión? La literatura, el arte en general, como expresión cultural es expresión del pueblo, podría citar de nuevo a Camus en el trabajo que abre este artículo, cuando afirma: "hemos olvidado [...] la guerra de los Cien Años y sin embargo las oraciones de los místicos de Silesia viven aún en algunos corazones". En efecto, podía ser cierto que los albaneses convivieran con un régimen destructivo, pero también lo hacían con la literatura oral albanesa y con los mitos de la Antigua Grecia. Los búnkers presidían la costa de Albania, pero en sus fronteras todavía existían rapsodas que glosaban viejas canciones. Esta esfera íntima, que nos habla de ámbitos sobre los cuales la política jamás puede decidir, arte, palabra, pensamiento, sentimiento, historia; ayudaron de buena manera a poner en tela de juicio imágenes preconcebidas. Y se puede considerar, de modo irrefutable, que sirvieron para avivar el hálito oneroso de las conciencias.

La última característica que arriba detallábamos es la concerniente a la actividad artística, no como oposición a la política, sino como actividad ajena al ámbito político. Esto se puede concluir de la labor de escritores como Vaclav Havel en la extinta Checoslovaquia. Por testimonios del propio autor, podemos afirmar que al inicio su labor opositora no vino determinada por el deseo de romper con el régimen existente, sino que surgía de la necesidad de recuperar algunos valores literarios silenciados. Así la actividad de los jóvenes disidentes nació del deseo de recuperar la figura de Kafka y de los intelectuales checoslovacos de la época entreguerras, no de un instinto de oposición política. Finalmente esta frenética investigación literaria tendría como efecto una labor política opositora, con la que el pueblo checoslovaco se sintió identificado, y que unió a artistas de diferente procedencia.

Para finalizar podríamos afirmar lo siguiente: la expresión artística como elemento dinamizador de la sociedad es una realidad a veces olvidada, pero de unos efectos innegables. Pero también esta potencialidad es previsible en el futuro. Los ejemplos son muchos. La literatura oral en América Latina debiera ser considerada como una fuente inagotable de sabiduría. La música en todos los lugares del mundo puede ofrecer perspectivas de futuro, iniciativas para el desarrollo humano. La conservación de las lenguas y el cuidado del patrimonio entran dentro de la misma problemática.

No se trata, sin embargo, de un camino a corto plazo. Durante los próximos años serán innumerables las ocasiones en las que parezca mejor utilizar el sable en vez del espíritu; pero siempre es importante considerar las enseñanzas del pasado, en este caso reciente, y dejar la senda abierta a un nuevo espíritu, más amplio, más pacífico, más justo; y dejarse embargar, como los hombres-libro de Bradbury, por la cultura, sólo la cultura, ese saber del hombre sobre el hombre.

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

MICELÁNEA

Aliento cuántico

Alexánder Zanches

I
Para Ricardo Segura (q.e.p.d.)

En el principio todo estaba quieto
todo cuanto era entonces
únicamente la posibilidad remota
sobrevolaba el caldo de cultivo
hubo entonces un momento
más breve que el instante
una billonésima
billonésima
billonésima de nanosegundo
quizá
en que la sombra de la posibilidad rozó la nada
de la que surgen todas las ideas
y nació el concepto
nació sin adjetivos
libre de toda intención y dogma
levitaba desnudo entre la sombra cuántica
notó entonces la posibilidad remota
que ya no estaba sola
y regresó al punto de origen

II

como si nada
se nos conduce hacia donde la nada se torna palabra
pánico
pregunta
como si nada
confiamos
y nos damos al abismo
con cierta espantosa mansedumbre
que llena de interrogantes el camino
como si nada
amamos y morimos
ebrios y cansados
de creer que a determinada hora se desmantelará la rueca
o detendrán los péndulos su oscilación de vidrio
o que se romperán las pompas de jabón
y despertaremos tan transparentes cual éramos
como si nada
esperamos una redención que ya demora
una libertad que se burla de mártires y héroes
como si nada
dejamos que el superhombre se nos vaya de las manos
que se evapore en diatribas antropogenéticas

como si nada
anhelamos horizontes cuajados de rumbos por construir
pero la patria se torna más difusa aún
detrás de los cristales empañados del Hubble
como si nada
olvidamos que somos sólo hombres
remando entre dos eternidades
de regreso al punto de origen

III

y de pronto
como si nada
nos percatamos del abismo
de la remota posibilidad con que contamos
a la hora de evadir una esquirla de la metralla cósmica
y nos aferramos a la esperanza
como cuando uno cae en un pozo
y de pronto asimos una cuerda
¿quién a la hora del miedo
dejará de preguntarse sobre lo que sujeta la cuerda?
sólo entonces
empieza el hombre a ser hombre
porque somos más que una nave sin timón
a la deriva entre dos nadas
somos más que una creciente melodía
ejecutada por todos los conceptos subatómicos del discurso
bajo la dirección cuántica
de la posibilidad improbable
somos algo más que un clavicordio sonámbulo
en la noche sin relojes de una habitación vacía.

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

MICELÁNEA

Muerte de un rimador

Otto-Raúl González
(Guatemalteco)

Agapito Pito era un rimador nato y recalcitrante. Un buen día, viajó a un extraño país donde toda rima, aunque fuese asonante, era castigada con la pena de muerte.

Pito empezó a rimar a diestra y siniestra sin darse cuenta del peligro que corría su vida. Veinticuatro horas después fue encarcelado y condenado a la pena máxima.

Considerando su condición de extranjero, las altas autoridades dictaminaron que podría salvar el pellejo sólo si pedía perdón públicamente ante el ídolo antirrimático que se alzaba en la plaza central de la ciudad.

El día señalado, el empedernido rimador fue conducido a la plaza y, ante la expectación de la multitud, el juez del supremo tribunal le preguntó:

—¿Pides perdón al ídolo?

—¡Pídolo!

Agapito Pito fue linchado ipso facto.

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

MICELÁNEA

Carlos Fong y Desde el otro lado

Porfirio Sánchez

Sueños en el semáforo. La evocación del personaje en el proceso creativo y comunicativo nos la da con un plumazo descriptivo indirecto en la introducción del cuento y nos caracteriza un estilo de mujer, una mujer en particular y lo logra con un conjunto de semas que constituyen el campo semántico que nos orienta al propósito y sentido del relato. Conocemos sin descripciones directas, sus gestos, ademanes, sus gustos. Pero también su tragedia, porque este cuento tiene un trasfondo muy dramático y también está muy bien estructurado, sólo hay que cotejar el párrafo introductorio y el párrafo de cierre, en donde la hipérbole y la exageración contribuyen a lograr el efecto coherente que le da valor literario, comunicativo y semiótico.

El título nos desconcierta luego de leer el texto, porque no son sueños, parecen más bien pesadillas. El cuento nos remite a una experiencia con otras connotaciones en el Premio Nobel, Saramago, en el cuento "Embargo" de la colección Casi un objeto en donde se nos cuenta la ocupación de un hombre por su automóvil, mientras la gasolina va acabándose y la muerte se cierne sobre ambos.

Son realidades que Fong nos caracteriza y que de alguna manera tal vez alguno de nosotros hemos percibido, como cuando escuché en una universidad privada la incomodidad de una jovencita al tener que conducir por las calles de la ciudad y encontrarse con carros baratos que no compiten con el costoso carro costeado por sus padres o cuando algunas de ellas deben realizar alguna labor de servicio social o práctica profesional en barrios marginados y pobres de nuestro país.

La suma de todo este conjunto léxico-semántico nos ubica en el contexto social en que vive la protagonista. La ironía en el uso del lenguaje se da desde el principio y de una manera sutil. El prejuicio asoma a la vista.

Es un cuento que nos describe una realidad cotidiana no sólo de Panamá, sino de todo país subdesarrollado. Está narrado en presente, lo que nos permite percibir más de cerca los hechos y sentir el ataque de pánico que sufre la protagonista ocasionado por sus miedos, producto de sus prejuicios. También nos remite a la obra de Gloria Guardia El último juego, en lo referente a la producción y reproducción de la vida material de los hombres al tratar de examinar la conexión entre la producción intelectual y la producción material. Nos encontramos así con un Fong escritor e intelectual, con una postura específica en la caracterización de la conciencia de clase de la protagonista. En una sociedad de clases, existe pues una sociedad preñada de contradicciones. Los textos de Fong muestran las contradicciones internas de los distintos estratos sociales en pugna y la lucha constante de los sectores oprimidos por una clase o un poder al servicio de intereses personales o ajenos a los de los desposeídos. En esta dirección, son interesantes los discursos narrativos de Fong.

El personaje femenino es una mujer alienada, que forma parte de una clase hipertrofiada que ha llegado a un nivel de egocentrismo patológico que la lleva a expresar: Ella teme que en cualquier momento, mientras espera el cambio de luz, el loco la ataque con violencia. Ella desea con ansia que la luz cambie a verde rápido, para hundir el acelerador y alejarse de aquel territorio hostil que contrasta con su fina belleza.

Hay, pues, una caracterización psicológica y sociológica del personaje. Lo trágico es ese miedo, esa angustia, esa sensación inminente que se produce en un tiempo que parece agigantarse en instantes que nos aproximan al sueño, a la locura y, tal vez, a la muerte.

El dualismo, la dicotomía, el paralelismo se da en un manejo de dos situaciones que plantean el contraste ideológico de dos mundos, el del loco y el de ella.

Ella desentendida, Ella con desdén trata de no ponerse nerviosa. Afuera "huele a pobreza". Se siente vigilada por el loco: "los ojos ardientes del loco". En el auto está segura "rectifica que los seguros de las puertas están puestos", siente miedo, pero también sueño. Se intercala un elemento catalizador, sueña y el sueño corresponde a los mundos en que también ha

crecido. Mezcla realidad con sueño, y nos introduce en unos niveles de sueños también contrarios, como los de Ella y él, el negro.

Es un cuento dramático, que nos deja ver la calidad del ser humano cuando responde a esquemas sociales que nos llevan incluso hasta la muerte para no pisar suelos ni mundos que nos hemos propuesto no pisar. El efecto final es irónico pero despiadado y sentimos lástima por esos seres tan especiales que forman parte de nuestra sociedad. La situación inicial contrasta con el párrafo de cierre al final. Ella estaba feliz, pero la felicidad se le acaba cuando le toca enfrentar una horrible realidad que no encaja dentro de los esquemas de vida en que ha crecido, salir de su Porsche y caminar por ciertos sectores de la ciudad.

Oficios domésticos: No parece un título para un cuento. Veamos de qué se trata. Con epígrafe del poeta salvadoreño Roque Dalton, nos da pistas de los discursos a que apunta la pluma de Fong. El contenido anecdótico no nos resulta desconocido, hemos sabido de familias que viven en los basureros, en los "cerros Patacón" de nuestro país, y en otros países centroamericanos, sabemos que también los pobres viven en los cementerios. Nos enteramos de un cuadro familiar, tres miembros: padre, madre e hija, viven en un cementerio.

El escritor emplea la ironía "Así que nos fuimos a la nueva barriada, con los íconos sagrados, con nuestros vecinos que no vidajenean ni arman chismes, porque, están todos muertos". La inocencia de una niña no percibe las condiciones en que está viviendo, pareciera que la ley de las compensaciones justifica la miseria y el abandono en que viven. Salta la ironía: cómo puede haber vida en un cementerio, pero para los que no tienen nada, allí en esos sepulcros y nichos pueden encontrar las respuestas que no reciben de la sociedad. Para ellos los sepulcros son las casas del residencial en donde les ha tocado vivir y los difuntos son sus vecinos.

La niña, hija del matrimonio, hasta llega a conversar con los difuntos y esto la coloca a un nivel de realidad que raya en lo increíble. Al hecho real y cruel de estos desposeídos caracterizados en esta familia, le agrega una chispa de un elemento fantástico, de un hecho real asoma al final un hecho irreal que ni ellos mismos pueden creer. Y precisamente, consecuencia de éstos hechos irreales, surgen respuestas reales que tal vez nunca se hubieran dado si el sensacionalismo de las noticias no encaminan a los periodistas a estos sitios.

Por lo menos obtuvieron respuestas y la situación cambió para todos, para la familia, para los profanadores de tumbas y para el sepulcro del señor Martínez. Al final podremos asombrarnos o tal vez asomar una leve sonrisa luego del esfuerzo creativo del escritor Fong.

La guerra de Hilda. Cuento que en el trasfondo nos deja un mensaje, el desempeño laboral en una institución pública. Sentimos la amargura de ser un empleado público, allí no puede haber otra cara que esa y si nos ponemos otra cara, sería falsa, sería una falacia. Allí la sonrisa aflora, cuando nos ven caer, tropezar, trastabillar. Este cuento nos deja un sabor, un mal sabor, el que no ha estado dentro no sabe a qué se refiere el narrador. Dentro de la aparente ingenuidad de Hilda, lo que hay es una verdad cruel: ser empleado público, que en la parodia, algunos comediantes intentan dibujar en un personaje televisivo identificado como Fernando, el funcionario.

Por otra parte, percibimos una manera inverosímil, irreal, absurda a la manera de Saramago en Elogio de la ceguera, para destacar la naturaleza humana con todos sus defectos, porque parece que sólo hubiera defectos.

Con respecto a la estructura, de una secuencia en que todo funciona bien pasa a otra en que la situación cambia para mal, algo parecido se da en Sueños en el semáforo y en Instrucciones para matar una mosca.

Hilda es la protagonista "sobreviviente", como empleada pública, a las "botaderas". Alrededor hay una gama de empleados públicos caracterizados de diferentes formas. En la institución, en donde laboraba, el buen humor reinaba siempre, pero "un día todos empezaron a reír menos". Hilda descubrió que todo había empezado en el último piso, pero aparentemente el mal era contagioso. Ella, Hilda, tenía que salvar a sus amigos de la planta baja. Salvarlos de dejar de reír, de perder el humor (p. 30). Ella se propuso estudiar el misterio del mal humor: sus antecedentes, descubrir el origen y las consecuencias. El tiempo del buen humor se había consumido de 8 horas diarias a nada.

Fong es un analítico en la descripción y en la narración de todos los hechos, no pierde detalle que contribuya a caracterizar y a plasmar lo que intenta pintar con palabras, pues nos vamos imaginando en semejante situación. Para ella lo más extraño de todo es que "la única que conservaba el buen humor era ella". Así empezó la batalla de Hilda contra el mal humor. Tomó precauciones para no contagiar al resto de la institución y el recurso de la enumeración cadenciosa, característico en Fong, nos permite enterarnos. Luego Hilda pensó en impedir que el mal humor saliera de la oficina. A la par que nos vamos enterando de los planes de Hilda, nos permite asomarnos a ese mundo de las oficinas públicas, y al desencanto de laborar en ellas.

De un hecho absurdo pasamos a otro, de un hecho hiperbólico, agrandado, agigantado, con un fin no gratuito, pasamos por ejemplo a un concurso de competitividad para estimular el éxito entre los funcionarios: el empleado del mes, con todos los efectos negativos de este tipo de actividad. El cierre del relato, es muy importante para Fong, marca un mundo de sugerencias: "Hilda colocó la nariz de payaso en el escritorio de la compañera y salió de la oficina. La compañera tomó la nariz y la guardó en la gaveta, mientras dejaba aflorar una sonrisa" (p. 34). Como intuyo una fina ironía se despliega al final, cuando en la estructura profunda de todo este texto nos hace pensar, intuir la realidad espantosa que puede ser integrar el personal de una oficina de una institución estatal, la amargura, el desaliento, la infelicidad, la deshumanización.

Hecho a la medida. El cuento nos sugiere otros títulos, como Cuento para justificar la burocracia, Cuento escrito por un burócrata, o Reflexión de un burócrata. El tono es sarcástico y burlesco. Es un cuento en donde con un despliegue de creatividad el narrador intenta justificarnos o explicarnos la lentitud en la burocracia y empieza a enumerar causas de la misma, el peso, es decir, la gordura, también la "flacura". La burocracia también puede desarrollar creatividad cuando tenemos algo que contar o la necesidad de compartir una experiencia negativa. Pero el narrador continúa buscando otras causas de la lentitud en la burocracia, suma la vanidad de las mujeres, la que cargan en sus carteras y las hace perder mucho tiempo en los baños. Pero hay otro peso que contribuye a la lentitud, es la "serruchadera", en la jerga del panameño. Ante todos estos pesos, buscan básculas especiales y para el serrucho, esta clase especial de herramienta, hubo que buscar también una báscula hecha a la medida.

Hecho a la medida y La guerra de Hilda nos permiten identificar en Fong que se toma la vida con cierto humor ante la vida burócrata que se vive en las oficinas públicas. Para ello recurre a la exageración, a la hipérbole, a la enumeración, al absurdo, al disparate, pero al final queda la reflexión, el mensaje asimilado.

Desde el otro lado. Es un relato narrado desde una perspectiva de omnisciencia. Los hechos abarcan un recorrido en bus por un usuario porque no tiene recursos para tener un carro propio y nos transmite su experiencia de hombre madrugador para tomar su transporte. Con sus ojos vemos lo que se aprecia en las paredes del bus, lo que él puede alcanzar a leer. Nos comenta sobre los contactos corporales en los buses. Y luego nos da la versión en sueños de los que están al otro lado de los asalariados que no tienen los suficientes recursos para trasladarse en carro hasta su trabajo. Es uno de los más cortos, pero con una anécdota que no deja de ser interesante.

Instrucciones para matar una mosca. En este relato, Fong emplea un narrador que se dirige con mucha confianza al protagonista de la narración y lo interpela: "Ningún insecto insignificante puede superar la habilidad y la inteligencia del hombre" (p. 43). Acaso es una ironía que contradice al desenlace. Todo se inicia por la presencia de una mosca en la habitación en donde Mario fuma luego de haber tenido relaciones con su mujer. Y nos preguntamos ¿cómo puede una mosca cambiar la vida de un hombre y la tranquilidad de la que gozaba? La situación es divertida, cómica, pues muchos hemos tenido encuentros con alguna mosca. Es original el tratamiento en un cuento, pero no en la forma narrada. Nos imaginamos al personaje, no sabemos qué edad tendrá, probablemente desnudo o en calzoncillos en sus maniobras por matar a una mosca que lo ha hecho perder el control de los que puede ser razonable cuando una mosca nos incomoda. Sencillamente hubiéramos abierto la puerta del cuarto o la ventana, pero no llegar a los extremos del señor Mario: "...porque a ti es al único a quien se le ocurre ponerse a perseguir a una mosca a media noche". Podemos, pues, imaginarnos a este hombre con una lámpara, con un spotlight alumbrando. Nos desesperamos cuando se le ocurre buscar una lata de pegamento con azúcar y por qué no usar "Baygón". Es un cuento que mantiene la tensión emotiva, porque no sabemos cómo terminará este encuentro entre Mario y la mosca. Es un encuentro sin tregua, ¿qué gana con esto? Obtuvo el enojo de su mujer que estaba en la habitación. Tendrá algún tipo de fobia. Todo el relato es una hipérbole por las connotaciones a que llegan las acciones del personaje: "porque por culpa de una mosca la familia puede estar en peligro y hasta es muy probable que la existencia humana". Es acaso una apología que debemos darle a cosas que merecen algún tipo de importancia pero hasta los niveles que le da Mario es algo increíble, porque tuvo consecuencias lamentables.

Con cierto humor que aparentemente es un disparate nos hace reflexionar sobre esta concepción que en el caso de él y su mujer, no sabemos de qué manera iba a afectar "su segundo asalto amoroso". Es como un hurgar, un insistir y un favorecer y aplaudir la conducta de Mario. "Cuántas veces no ha estado el mundo en peligro por cosas tan insignificantes, cuántos escándalos no han nacido de cosas tan triviales".
El cuento nos parece un ejercicio catárquico, es la pluma al vuelo, es el movimiento de creatividad del escritor, que se deja llevar por su contorno y el ala de su imaginación que le reclama, que comparte con él una anécdota increíble y que al final se despide con un beso de mosca. Es el amante del escritor, es el que le permite darle rienda a lo hiperbólico. Desde luego que al final del cuento podemos enumerar las instrucciones para matar una mosca y sugerirle otras al narrador.

Madre somos los hijos. Otro relato hiperbólico, con una denuncia que es de todos los días si nos toca estar en una sala de espera de un hospital público de un país como Panamá. El relato nos lo proporciona una mujer embarazada próxima a dar a luz, nos aproxima a esta realidad, va acompañada de su esposo angustiado: "va comiéndose las uñas". Fong es hábil para hacernos sentir y ubicarnos en los escenarios que escoge y describe.

El ojo del narrador como cámara nos introduce, nos hace caminar por todo ese mundo. El tiempo transcurre, del baño la llevan a la sala de partos. De pronto, abruptamente de una realidad que no es nada agradable surge algo más grave, más difícil de creer todavía, más cruel. En el área de parto, luego que han picado a una mujer para que diera a luz y le han cosido la matriz "entra otra mujer... se trepa en una camilla... quejándose de fuertes dolores, en el preciso momento en que llegan otras mujeres y comienzan a formar una especie de piquera de mujeres preñadas" (p. 16).

La sala de parto es fría: "aquí hay un indicio de lo que se aproxima, de los acontecimientos que surgirán posteriormente". Allí "nadie sabe el nombre de nadie, aquí sino de dónde viene y nos ayudamos con palabras de aliento" de pronto nos enteramos de la realidad "parturienta" la de Puerto Caimito "tiene 5 meses pero está sangrando por abajo" (p. 11). "Siente dolor, ganas de orinar, se aprieta. Debe llegar al baño... Se aprieta, siente que algo le está bajando... los fetos se hunden en el agua..."

Pareciera que los nombres no importaran, pero sí la procedencia. Otro indicio que nos hace recordar Elogio de la ceguera. Compartimos las voces y los silencios en las salas de espera, los miedos, los temores. "El silencio que hay entonces es apenas de medio minuto, pero es el peor silencio que he escuchado en mi vida" (p. 18) al saber que el bebé que tuvo la mujer que pedía cesárea fue un varón pero nació muerto.

Cuando como lectores ya nos hemos enterado de un aborto y del cuadro de la muerte en la descripción: "Los fetos se hunden en el agua del inodoro donde se desfigura su forma humana con la sangre" (p. 16), y luego de la muerte del varón de la mujer que pedía cesárea, la cual procedía de La Mitra, no sabemos qué podía seguir a continuación. Viene un nivel hiperbólico del relato, damos un salto de 90 grados y la mujer de Nazareno se levanta de la cama y dice que "ya está hasta la coronilla de esto y que no ha de permitir una sola muerte más de un hijo" (p. 18).

Surge así la coalición de las mujeres de la sala de partos y se suman al plan de la mujer de Nazareno. Empezaron con una huelga en la tarde. Hacían una lista de sus demandas, nombrarían una comisión negociadora. La mujer de Nazareno sería la líder del grupo, porque ella fue la de la idea y se encargaría de asignar responsabilidades. Lo primero que hizo fue formar la comisión, nombraron y asignaron responsabilidades. Surgen las voceras, las suplentes, las encargadas de las relaciones públicas las responsables del inventario de prioridades, de las eventualidades del plan, de la fiscalización del proceso de negociación, la de atender las situaciones de crisis. Y nuevamente Fong lo logra. Nos imaginamos el cuadro, estamos allí con esas mujeres organizadas en paro, en huelga. Hay un hilo muy delgado entre un fino humor y una tragedia, lo vimos también en Sueños en el semáforo, y en este relato.

Ellas dieron a conocer los motivos de la huelga y ninguna de las hospitalizadas en la sala de partos pariría hasta que se aceptaran sus propuestas y las exigencias eran muchas y se creó la Primera Asociación de Mujeres Embarazadas de Alto Riesgo. Exigían "que no muriera un hijo más de la manera tan absurda como lo han venido teniendo" (p. 19). Y pasó un mes de huelga. El Presidente de la República designó una comisión. Se crearon capítulos en diferentes provincias y cada uno realizaba sus respectivas asambleas. Se cumplió un año de huelga. Los vientres de las mujeres ya estaban hinchados. La huelga fue perdiendo notoriedad ante otros hechos noticiosos. Todo pasaba a la historia sin mayores resultados, después de tantos esfuerzos. Finalmente cada una de ellas empieza a dar a luz y todas repiten el acto.

Conclusiones

Colección Cuadernos Marginales, nos ha permitido leer en esta oportunidad a un escritor joven que ya ha dado muestras de su talento y le permite ver materializado su primer libro. Esto ya es un éxito para

el escritor, para la cultura y para el país, de igual modo para los que patrocinan estas publicaciones, porque en nuestro país publicar un libro sigue siendo una tarea difícil para el escritor, y sobre todo, para quien no tiene recursos para hacerlo.

Encontramos la visión de Fong de ciertos sectores de la sociedad, con una selección de temas cotidianos pero trascendentes desde la perspectiva del discurso que pretende mostrar realidades humanas, en algunos casos nada agradables. Un ojo, un super lente hipercrítico que enfoca y muestra. Realidad urbana, citadina, un bisturí para un muestreo de personajes dibujados y desdibujados para el lector destinatario que adopta una postura según sea su nivel de percepción. El lenguaje empleado en el proceso comunicativo.

La colección de cuentos titulada Desde el otro lado escrita por Carlos Fong, nos ha permitido una interacción con el hombre, el escritor y la sociedad enmarcada en los cercos narrativos seleccionados y mostrados, además de la cultura, en el muestreo literario que hoy presentamos. Intentamos abordar el discurso narrativo desde varias perspectivas para llegar a algunas conclusiones que motiven al público aquí presente y a otros a adquirir esta reciente publicación que tiene para mi apreciación aciertos significativos. Empecemos por algunas preguntas retóricas para hacernos pensar. ¿Cómo utiliza el lenguaje Fong? ¿Cuáles son las ideas en el trasfondo de las palabras y de los enunciados? ¿Cuál es la intención comunicativa?

Hay un grado de sinsabor en sus personajes, desaliento, amargura, deseos insatisfechos, frustración. A la manera de Benedetti, explora los territorios de las vidas y dramas corrientes de la gente de la ciudad, sobre todo, empleados públicos. Su estilo se distingue por su facilidad para el lenguaje, no hay diálogo, es pura narración con mucho despliegue descriptivo para caracterizar y ubicar, y, en ocasiones, con el empleo de voces y modismos del panameño. Sus personajes nada imaginarios subrayan las contingencias en la vida panameña. Y la dureza en la caracterización se da, pero matizada con el humor.

Reproduce la textura superficial de la vida de muchos personajes de esta realidad que nos informa que ha analizado las relaciones de trabajo dentro de la burocracia estatal en donde la rutina inhumana puede matar los sentimientos humanos.

Denuncia con su humor, con su ironía y con los recursos de la comunicación y de su estilo las condiciones de las relaciones humanas. Nos muestra las tensiones de la vida moderna desde la perspectiva de sus empleados, sobre todo, de los que ganan poco. Como suceso de comunicación, podríamos prestarle atención a los aspectos funcionales ¿Cuáles son esos sucesos sociales e individuales complejos que han enriquecido la experiencia del escritor y que vuelca con recursos propios en los cuentos de esta colección y que nos los transmite de manera tan particular en personajes como Ella en Sueños en el semáforo?

En el texto, observamos los espacios en que se desenvuelven los personajes: medios de transporte como el bus o un carro lujoso; lugares de trabajo como una oficina, las calles, el cementerio, oficinas públicas.

Encontramos una interacción con la realidad que lo lleva a posteriori a comunicar, con su experiencia sensible, a narrarnos verdades humanas. Vemos, pues, tres dimensiones que se conjugan en un lenguaje con matices específicos, comportamientos sicológicos, sociológicos, ideológicos por parte de los personajes. Con interacciones en situaciones sociales concretas.

En esta comunicación, en esta interacción escrita, nosotros los usuarios, y uno como presentador de este libro, de este escritor, en esta interacción cara a cara, in presentia, les dejamos a ustedes las consecuencias y efectos de estas lecturas, producto de la percepción, que nos lleva a hacer referencia al orden, a la forma, a las frases y enunciados, orientados con un propósito y una función específica en el efecto comunicador. Y los protagonistas son el individuo y el colectivo de muchos rostros dibujados por Fong. Para compartir: de Ella, de la familia con residencia en el cementerio, de Hilda y la triste realidad de la pérdida del humor, de los burócratas y los responsables de la lentitud de su proceso, de los sueños del que dice estar al otro lado, pero conoce y denuncia la realidad de este lado, de la coalición surgida de la desesperación por el abandono en que se encuentran las instituciones de salud, y del narrador que nos aporta las instrucciones para matar a una mosca, que nos permite confrontar a esos impulsos creativos, producto del contacto con la realidad, con un lente de aumento que desproporciona, pero que nos sacude con lo que vemos y escuchamos, resultado de su narración. De esta forma, vamos buscando el sentido del conjunto de cuentos, de esas secuencias narrativas con unas estructuraciones específicas que nos permiten captar los enfoques cognitivos y sociales, y disfrutar en el hacer literario. De alguna manera lo logra Fong, en los sentidos globales de este muestreo para penetrarnos de lo que nos quiere informar. Todo esto con una variante estilística en los relatos locales, con voces que nos resultan conocidas y que caracterizan el género con un modo específico en su dimensión retórica, en su enfoque socio-lingüístico, en su actividad verbal, expresión de acciones sociales pertinentes y concretas.

De esta forma, con estas apreciaciones, presentamos a ustedes, Desde el otro lado, como usuarios, como lectores, como destinatarios tengan también sus experiencias lectoras con este ejercicio de pluma artística, con este lenguaje, con estos personajes, con estas vivencias que, estoy seguro, dejarán alguna huella.

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

TRES NUEVAS CUENTISTAS PANAMEÑAS

Blackout

Marisín González

Es increíble el poder de la mente. Hace un momento paseábamos el atardecer por la Calzada de Amador, hoy salpicada por tenues soplos del alquitrán y aceite de los barcos que entraban o salían del Canal. Me embebía yo con el balanceo de un cuaco que a mi derecha flotaba arrullado por el sereno ondular marino cuando de pronto, un sutil zarandeo me ha hecho esbozar una sonrisa ante la potencia de la evocación. De las profundidades de aquellas mansas aguas, surgía sorpresivamente el brote de un remoto pero bien conocido burbujeo... de ninguna manera producto de los surcos que estaban abriendo aquellas pesadas naves portadoras del comercio mundial. No dudé en arrimarme al borde de la Calzada, la mirada fija en aquellas mansas aguas (ahora turbadas por las inconfundibles burbujas). Para mí no había equívoco. Sabía no sé cómo lo que iba a sobrevenir.

Juan se acercó. Intentó preguntar.

—Shsh —y me llevé el índice a los labios. En ese instante ante los perplejos ojos de mi amigo, e indescriptible satisfacción mía, iba asomando, lentamente, un submarino camuflado en la exótica gama de verdes propias de nuestra selva darienita.
—¿Cómo sabías?

—¡Saber! —Cómo explicarle a Juan... si aún yo misma sentía perplejidad ante mi presentimiento. Y mis ojos no pudieron sino seguir como magnetizados (por buen rato) el surco de aquel portento marino que ahora abandonaba nuestras aguas canaleras para adentrarse en las insondables del Pacífico.

—¡Hace tanto tiempo! —balbuceé, sorprendida ante la presteza de mi memoria.— Sabrás que ni en sueños había vuelto a ver un submarino.

—Por lo que veo, no has olvidado.

—Pues mira, la sorpresa ha sido mayúscula. Y me llama la atención haber reconocido esas burbujas porque, a lo frío, no creo que hubieran recurrido a mi memoria.

—Curioso. ¿Los veías a menudo? ¿Dónde?

—En la playa. Yo era muy niña... pero ahí en la playa estaban... hundiéndose o saliendo a flote. Lo que me sorprende es que una cosa en la que ni siquiera he vuelto a pensar en años, tenga capacidad para alborotar tan a lo vivo estampas y sentimientos.

—¿Cómo así? Cuéntame.

—Verás. Eran tiempos de guerra. La Zona nos quedaba a un paso. Para nosotros era corriente divisar legiones y legiones de acorazados, portaaviones, y convoyes en camouflage, infinidad de veces abandonando nuestras costas o simplemente moteando la playa como una ciudad flotante. Sin ir muy lejos, desde el Paseo Centenario los podías ver.

Tú no tienes idea, Juan. Todas las noches, como a eso de las nueve, había toque de queda. Invariablemente, al apagarse el ruido de las sirenas, también se apagaban los focos de la ciudad. Cines, cafeterías, restaurantes, boticas, todo, todo comercio quedaba cerrado. Sus bombillas apagadas. Las calles quedaban a oscuras y desiertas. No se veía un alma por la calle y en el aire de la noche negra uno sentía cernirse la inequívoca nota de cautela.

Aquellas tandas nocturnas ayunas de juegos de mesa y acordes de victrola plagadas, eso sí, del ruido de motores aéreos que surcaban nuestros cielos, dificultaban conciliar el sueño. No podía uno sino revolverse en la cama. A esa hora en que, normalmente, ventanas y calles estarían resplandeciendo luz la ley imponía tinieblas. Y en la negrura de la noche

destacaban los poderosos reflectores que, desde France Field recorrían el firmamento con sus potentes rayos de azulosa luz a la caza de posible avión alemán o nipón que se arriesgara a bombardear el Canal. Y desde mi lecho, a través de la ventana yo los miraba aparecer y desaparecer en su uniforme recorrido astral.

Cuando la noche iba avanzando, no era raro escuchar pasos. Venían de afuera, de la calle. Estos pasos que se oyen de noche, en la soledad, en el silencio, tienen un repique sobrecogedor. En especial cuando retumban de rato en rato, precipitados y,
aún hoy, mi corazón con sólo imaginarlo después de tanto tiempo se oprime.

Recuerdo una noche en particular. Tac, tac, tac, mis oídos recogen un taconeo. Viene de prisa por la acera inmediata. No hay duda. Una mujer ha quedado atrapada por el impuesto toque de queda. Abruptamente, el taconeo cesa. En derredor impera un solapado silencio; una eternidad de irreprimible ansiedad en que ella, al igual que yo, buscamos con el oído otras pisadas... distintas a las primeras. Vuelve a romperse el silencio. Los tacones aceleran el paso. Casi corren.

—No. No. Por favor, déjeme ir. Suél-tee-me. Un sobrecogedor silencio lo invade todo en derredor mío. Estrujo la sábana que me arropa con mis manitas que se han helado de miedo. La atraigo hacia mi boca. Oslavia, nuestra criada, ha traído a casa (esta misma mañana) habladurías de la calle.

—Por favor, ayúdenme. Y su grito de tenor se ahoga en la oscuridad.

¡Cómo brinca mi corazón en el pecho!

Del dormitorio inmediato escucho la voz de papá en son de alarma.

Voy a socorrer a esa mujer. Y lo siento saltar de la cama.

—Pietro, Pietro. —Es la voz intranquila pero calma de mamá quien lo detiene.— No seas impulsivo. Ese mal hombre puede hacerte y hacernos mucho daño.

—Pero... esa pobre mujer...

—Esa pobre mujer... sí, es verdad... pero escucha... —y las voces se pierden en un ininteligible murmullo muy distinto a los amargos sollozos y enervantes jadeos que provienen del tambo, bajo nosotros.

Al llegar a este punto de mi relato, como desfallecida, me he dejado caer en uno de los muchos bancos que bordean la Calzada. Juan se ha sentado a mi lado. Recuesto mi cabeza sobre su hombro. En derredor todo es quietud. Sólo se oye el aire frío entre las pencas de las palmas. Sobre las apacibles aguas, ahora con reflejos de cobre bogan parsimoniosos un par de contenedores y las mansas olas que levantan se persiguen trémulas hasta deshacerse muy cerca a nuestros pies.

También yo me estremezco. Juan piensa que es de frío y abriga mis manos entre las suyas. Me sonríe. Sin embargo, yo no puedo sino devolverle una sonrisa forzada. Algo en estas mansas olas ha sacudido la estrechez de mi mundo interior.

Nadie se movió murmuro pianito, presa de una sensación de descontento conmigo misma.

Y luego de un pesaroso silencio concluyo con un amargo:

Ni siquiera una luz se prendió.

(Tomado de: Marisín González. Aries al ponerse el sol.
Panamá: Imprenta Universal Books, 2003.)

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

TRES NUEVAS CUENTISTAS PANAMEÑAS

La voz en la mano

Érika Harris

Que llevemos la miel en el pico
y la voz en la mano...

Delfines que hablan, musas sin inspiración, arlequines sin cuadros, Boteros delgados, mares sin agua, horizonte alcanzable, perfumes sin olor, pianos sin teclas, países sin cárceles, libertad en cautiverio. En mi mundo todo está al revés. Por decisión propia.

No decidí yo, claro está, que me apresaran. Aunque parezca mentira, y haya una generación que crece sin que su mente conciba que una vez un muro dividió Alemania; que la URSS no es el nombre de un grupo de rock pesado, sino el de una realidad no tan lejana de represiones sin nombre; que América Latina fue el reino privado de dictadores y militares conocidos como gorilas que empuñando rifles o machetes gobernaron por la fuerza con el pretexto de revoluciones libertarias; aunque sea difícil de creer, estoy presa por escribir.

En la época de Internet, de la globalización y de todas las variantes de las filosofías y posturas post-modernistas, los que podían hacerlo me sentenciaron sin juicio, me condenaron sin cargos a una vida entera en una cárcel anónima, cuya existencia ignora quien no vive en ella.

¿Que por qué lo hicieron? ¿Que quiénes fueron? ¿Que quién soy? Es una larga historia que puede ser contada en pocas palabras, sin adornos y sin rimas. Y como en mi mundo todo está al revés, la puedo contar de atrás para adelante.

Soy escritora. Y miro la palabra en el papel y esbozo una sonrisa un tanto tímida, pues me ha costado mucho reconocer que lo soy. Porque cuánta etiqueta han llevado en sus frentes los escritores. A través de los siglos, se ha hablado de ellos como locos enamorados, pobres, mendigos del amor y del dinero, como flojos que se dedican al oficio de escribir por no encontrar algo productivo para hacer con sus vidas, gente que a menudo acaba suicidándose, pero también como iconoclastas y subversivos.

Soy uno de esos extraños seres que exprimen sus neuronas para plasmar en papel sus ideas, sus pensamientos, sus opiniones y, muchas veces, su alma. Recreo mi propia realidad. Me sumerjo en un mundo inventado, aunque verosímil, y lo pueblo de personajes irreales, a los que hago hablar, pensar y sentir. Uso el lenguaje como instrumento; me deleito en la fluidez de las palabras, en su armonía fónica, en su discurrir una detrás de la otra. La palabra es mi arma, fuerza vital, incontenible, para expresarme. ¿Será demencia regodearse en un yo que crea otros yo alternos, inexistentes, con el único propósito de disfrutar la comunicación de un pensamiento, de una emoción, de denunciar lo que está mal o exaltar la belleza? No lo creo, no lo acepto.

Ellos, los que me apresaron, son los políticos de mi nación. Ya tienen tres décadas de gobierno totalitario en apariencia perfectamente democrático. Han logrado venderle al mundo una imagen de concordancia entre lo que dicen que hacen y lo que logran hacer que la gente diga. Se piensa que aquí hay salud igual para todos, pero no es cierto; lo que es igual es la probabilidad de enfermar, lo que marca la diferencia es la posibilidad de curación. Nuestros vecinos creen que en esta tierra los recursos se distribuyen con equidad, pero tampoco es así. Aunque, la equidad existe, sí. Las riquezas se reparten con justicia entre los ricos y la pobreza encuentra un lugar en cada pobre. Y se supone que los derechos de todos son respetados porque hay una Constitución y "autoridades responsables". Permítanme reír a carcajadas.

La clase ralea política está compuesta por tres poderes que se han conjuntado para hacer leyes, para prometer, para no ejecutar, para convencer al pueblo de que gobiernan por el bien de todos. Han sido astutos, lo han hecho bien. Disfrazan sus verdaderas intenciones; por más de 30 años han enseñado que lo que pasa tiene dos culpables: el mundo exterior y la gente con su intransigencia, sus malos hábitos, su falta de cultura y educación, su rebeldía sin sentido. Así, los habitantes de este país asimilaron la idiosincrasia de la culpa imaginaria.

Lo que más ha molestado a los políticos es la libertad de expresión que en teoría exigen los pobladores del orbe. Han luchado contra ella de todas las formas creíbles e increíbles. Aprobaron leyes para regular los medios; luego, iniciaron una recia campaña sobre la necesidad de ser prudentes con lo que se escribe y se publica; todo por el bien común. En ese tiempo sufrieron los periodistas.

Hace 5 años la emprendieron contra los poetas. A uno de los gobernantes no le gustan las rimas, así que sólo se podía escribir verso libre. Luego, los ensayos no debían tener matices políticos y ellos determinaban qué era un matiz político. Después, los narradores debían tener cuidado con los temas de sus cuentos y novelas.

En fin, como nada de eso funcionó, porque puedes cerrar un medio o prohibir que ciertos libros circulen, pero no puedes cerrar las mentes, construyeron una cárcel especial para periodistas y escritores. Está escondida bajo una patriótica montaña y la gente escucha sobre su existencia, pero no cree que sea real.

A mí me arrestaron hace un año por mis cuentos, un tanto tendenciosos y provocativos, dijeron con ese tono que indica que ellos saben lo que es mejor y lo que el pueblo necesita.

Me hizo gracia descubrir que han decretado una única sentencia para todos los autores. Nos encierran con mucho papel y lapiceros, estamos incomunicados y condenados a escribir para nadie, para que nadie nos lea. Según sé, hay como 25 prisioneros y escucho a todas horas el lápiz deslizarse sobre las hojas.

¡Tontos! No se han dado cuenta de que su condena nos complace. Hacemos lo que siempre quisimos, escribir. El mundo de palabras que crece en nuestro interior, exige total atención, nos impele a sustraernos de los demás para poder sacar de adentro esas ideas que queman como brasas encendidas, que rompen a través de las manos y surgen prístinas, victoriosas, decididas a decir algo, a nacer en un mundo que no las llama pero que no puede vivir sin ellas.

Y sabemos que tarde o temprano, como ha ocurrido por siglos, la voz de nuestras manos y el hálito de nuestros corazones henchidos saldrá a la luz para llegar a muchos; y ellos, los verdugos, no estarán más. Así será, siempre ha sido.

(Tomado de: Érika Harris. La voz en la mano. Panamá:
Fundación Cultural Signos, 2003.)

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

TRES NUEVAS CUENTISTAS PANAMEÑAS

Dios premia la inocencia

Marisín Reina

Falleció el gran maestro de la fotografia Marlon Restrepo.

Restrepo se destacó por sus impresionantes e incomparables fotografías urbanas, de nuestra colorida y cautivadora campiña y comarcas indígenas, lo que le valió un prestigioso lugar junto a Wim Wenders y Shirin Neshat, entre otros, en el Museo Guggenheim de Bilbao.

Egresado de la Escuela Superior de Formación Fotográfica de Argentina, tenía preparada su participación en el "XII Encuentro de Fotografía Festival de la Luz" en ese país.

Su repentina muerte deja un hondo vacío en nuestro reducido círculo artístico. Su partida es sentida igualmente a nivel internacional.

Sus honras fúnebres se verificarán mañana 23 de noviembre a las 10:00 a.m. en El Santuario Nacional del Corazón de María, de donde partirá el cortejo fúnebre hacia el Jardín de Paz.

Se ruega no enviar ofrendas florales y en su lugar hacer donaciones al Hospital del Niño.

La Iglesia estaba atestada de gente. Llegaron buses de todas partes, así como también reconocidos artistas. Josefina estaba de última en la larga fila de deudos, amigos, celebridades y curiosos.

Cristóbal había muerto y ella se quedó desamparada pues a su esposo, que estaba empleado en una casa de familia como jardinero, no le pagaban seguro social y Josefina no sabía leer ni escribir.

Era fiel devota de San Juan Bosco, patrono de los jóvenes. Él le consiguió un buen marido y nunca les falló en las gracias que le pidieron durante los cinco años que vivieron juntos en Boquerón.

Aquellos fueron tiempos duros. El fenómeno del Niño, que más bien era como una pandilla, reía Cristóbal, azotó la región con lluvias primero, sequías después. Y Cristóbal decidió salir de su pueblo a buscar un mejor futuro. Una corazonada llenó a Josefina de tristeza, no era buena idea ir a vivir a la capital. Pero Cristóbal pensaba que ambos conseguirían trabajo, y con suerte hasta en la misma casa.

Josefina necesitaba sesenta balboas y los necesitaba para antes de las cuatro de la tarde, de lo contrario el cuerpo de su esposo sería removido de la morgue y con toda la fe del mundo decidió pedirle a Don Bosco otro milagro. Como lo necesitaba con urgencia no le daba tiempo de llegar hasta la Basílica, así es que buscó una iglesia que fuera grande para que la escuchara mejor.

Ya daban las nueve de la mañana y estaba a punto de desplomarse a causa del ayuno, el calor y los empujones. En medio de ese alboroto se enteró de la muerte del gran fotógrafo. Al entierro de su esposo, si lograba conseguir el dinero, sólo asistiría ella. También pensó que lo mejor sería pedirle al Santo dinero para regresarse a Boquerón, pues ya nada la amarraba a la capital.

Cuando el servicio estaba por empezar Josefina al fin pudo entrar en el templo. Se quedó viendo la enorme foto del artista. Ella no conservaba fotos de su esposo.

—En esta iglesia hace demasiado calor. ¿No te parece?

—Sí. Mira la cantidad de personas que han venido desde el interior y que se ve son de escasos recursos. Por ejemplo esa

pobre mujer de allá viene toda de negro como si ella fuera familiar de Marlon.

—Todos se consideran familia de Marlon. Como a todos les pagaba por posar en sus cuadros... Lloran porque se les acabó la fiesta.

—Ya vienes con tus cosas. ¿Ese no es Escolástico, de pie frente a la foto? Se ve muy mal.

—Debe estarlo. Sus ansias de fama y fortuna lo distanciaron de Marlon. Desde el incidente aquel en su casa nunca más cruzaron palabra. Me sorprende su desfachatez.

—A lo mejor viene a pedirle perdón a su amigo. No seas tan dura juzgando a los demás. Se le ve realmente abatido. Marlon quería hacer las paces. El afecto que sentían el uno por el otro no pudo desaparecer por un ataque de egocentrismo. Lástima que Escolástico se empeñara en fingir unos celos que avinagraron su existencia.

—Eso es precisamente. Malditos celos, como dice la canción. Los celos estropean todas las relaciones.

Josefina alcanzó a escuchar esa última frase. La fila avanzaba con paso de procesión. ¿Qué era sentir celos? ¿Eso que la movía a reclamarle a Cristóbal que llegara tarde los sábados? No. Era miedo a estar sola en la casa ajena lo que la hacía protestar.

Ahora estaba así, completamente sola.

Los celos son una enfermedad incurable.

Crónica.

Crónico era el mal de Cristóbal. Eso le dijeron los doctores cuando salieron a avisarle su nuevo estado civil, viuda.

El analfabetismo es según los expertos un animal en vías de extinción, no conocen a Josefina. ¿Qué puede hacer una mujer sola en estos tiempos si no sabe leer ni escribir?

El sacerdote impaciente detiene la fila y ordena que todos se sienten o suspende el funeral. La casa de Dios no es un mercado persa, gritó.

Josefina encontró lugar y se quedó sentada lo que restaba del servicio.

Ella no conocía muy bien el orden de la misa, pero sabía que en un momento se levanta alguien a recoger la limosna para la iglesia. Pensó que lo mejor

era salir antes de que le pusieran la canastita en frente y no poder dejar nada.

Se puso nerviosa. Tenía que levantarse antes de que llegaran a su puesto. Recordó los cincuenta centavos que tenía para regresar a la morgue del hospital. Al que da lo que no tiene Dios le devuelve el doscientos por ciento. ¿Cuánto será el doscientos por ciento de cincuenta centavos?

—Te dije que todos piensan en el dinero que ya no recibirán.

—No seas así. Dios premia la inocencia.

Cuando llegó la canasta al puesto de Josefina, palideció. Sintió que todas las fuerzas de su cuerpo la abandonaban y todo se le puso negro alrededor. No me puedo morir, pensó. Entonces vio a Cristóbal recostado a la banca mirándola con su sonrisa casi perfecta quien acercándose le entrega el dinero que necesitaba para pagar su entierro y regresar a Boquerón. Un señor de aspecto elegante palmeaba a Cristóbal como si fueran compadres y se alejaron caminando en dirección al altar.

Cuando Josefina volvió en sí, estaba sola. Todo el mundo había corrido a la primera banca donde la viuda del artista no paraba de gritar como si hubiera visto un fantasma. El sacerdote atolondrado, no atinaba a nada. A los pies de Josefina estaba la canasta con el dinero recogido. Dios premia la inocencia, escuchó. Tomando el dinero salió discretamente por una puerta lateral.

(Tomado de: Marisín Reina. Dejarse ir. Panamá:
Fundación Cultural Signos, 2003.)

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

PREMIOS NACIONAL DE CUENTO <<JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ>>2003

Eduardo Antonio Soto Pimentel gana Premio «José María Sánchez» 2003

El Premio Nacional de Cuento "José María Sánchez" 2003, auspiciado por la Universidad Tecnológica de Panamá, fue otorgado al periodista Eduardo Antonio Soto Pimentel, Director del diario Día a Día, con la colección de relatos: Cuentos nada más.

El Fallo del jurado, integrado por los escritores Aida Judith González Castrellón, Salvador Medina Barahona y Emma Gómez de Blanco, se dio a conocer el jueves 6 de noviembre en la noche en la U.T.P. durante la presentación del libro Vida en la palabra, vida en el tiempo, de Salvador Medina Barahona, editado por dicha institución.

Cuentos nada más, de Soto Pimentel, desconocido hasta el momento como escritor, fue premiado por los siguientes méritos según señala el Fallo: "Manejo ágil y fresco del lenguaje; mantiene el interés del lector mediante claves narrativas que le dan dinamismo a los cuentos; logra observaciones psicológicas agudas y efectivas y las proyecta con humor; capta certeramente el entorno humano donde se desenvuelven sus personajes".

Soto Pimentel es egresado del Diplomado en Creación Literaria, versión 2002, que imparte cada año la U.T.P. Su libro Cuentos nada más se hace merecedor a un premio de B/.500.00, diploma de honor al mérito, y su publicación en la Colección "Cuadernos Marginales".

El Acto de Premiación, junto con lo graduación de la tercera promoción del Diplomado en Creación Literaria (2003), se realizó el jueves 13 de noviembre, a las 6:00 p.m., en la Biblioteca (tercer piso) de la antigua sede de la U.T.P. (frente a la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Panamá).

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

PREMIOS NACIONAL DE CUENTO <<JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ>>2003

Fallo

Los suscritos, reunidos el jueves 6 de noviembre en la oficina de la Dirección de Difusión Cultural de la Universidad Tecnológica de Panamá, luego de analizar minuciosamente las quince obras participantes del Premio Nacional de Cuento "José María Sánchez" 2003, consideramos que en términos generales las obras presentadas a concurso aún requieren de mayores esfuerzos y de la superación de problemas elementales de fondo y forma: superar lo meramente anecdótico, las descripciones y finales trillados y los efectismos que en nada contribuyen y restan verosimilitud a la obra. El crecimiento literario es un proceso que requiere no sólo de fórmulas narrativas universales y técnicas novedosas; el narrador que aspira a la trascendencia construye personajes memorables, es agudo y profundo en sus observaciones (sin intentar ser didáctico) y le da a sus ternas nuevos enfoques que lo alejan del lugar común.

Hechas estas consideraciones, hemos decidido otorgar el premio único a la obra Cuentos nada más, amparada bajo el seudónimo Antón Vaccaro, por los siguientes motivos:

Manejo ágil y fresco del lenguaje.

Mantiene el interés del lector mediante claves narrativas que le dan dinamismo a los cuentos.

Logra observaciones psicológicas agudas y efectivas y las proyecta con humor.

Capta certeramente el entorno humano donde se desenvuelven sus personajes.

Felicitamos a la UTP por su constancia en la promoción de la narrativa breve a través de este concurso, e instamos a sus autoridades para que continúen con la convocatoria de este importante premio que honra a una de las figuras más significativas del cuento panameño.

Sugerimos la creación de una nueva categoría que destaque el mejor cuento, a manera de estímulo adicional a los participantes.

Salvador Medina Barahona
Emma Gómez de Blanco
Aida Judith González Castrellón

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

PREMIOS NACIONAL DE CUENTO <<JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ>>2003

Autobiografía Mínima del Ganador

Mi padre, locutor de radio. Mi madre, cocinera y planchadora. Pareja común en los años sesenta, cuando ellas se enamoraban sin remedio de esos hombres de farándula.

Nací el 29 de diciembre de 1965, en una camilla antes de entrar al Santo Tomás, y veinte años después ingresé a la Escuela de Periodismo de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad de Panamá, buscando una excusa para escribir. La primera noticia que redacté tenía más bien cara de cuento, y malo: la entrega de premios a los vídeos Maxell, del Canal 4. No servía ni como una cosa ni como otra, así que jamás se publicó.

Mi primer trabajo serio fue como mensajero de Panorama Católico, del que pasé de la mano de Mélida Sepúlveda a El Panamá América (1990). Entonces era aseador de la sala de teletipos. En 1991 me hacen reportero, dos años después Editor Especial de la página de reportajes diarios, y al año siguiente Coordinador de Noticias del diario Crítica.

Abandono EPASA en 1995, para dirigir el equipo de noticias de RPC Radio, experimento que fracasa en doce meses. Lo mío es escribir, no hay duda. Vuelvo como Jefe de Redacción al diario Crítica en 1996, y empiezo la columna Hojas Sueltas, en definitiva el espacio que sirvió para romper los diques, y dejar que madurara el escritor que quiero ser desde los doce años, cuando se me desgajó del alma el primer poema.

En el año 2002 doy el paso definitivo: el Diplomado en Creación Literaria en la Universidad Tecnológica, y espanté todos los fantasmas.

Actualmente dirijo el diario DÍAaDÍA, un pequeño torpedo que se ha estado convirtiendo en fenómeno periodístico y comercial durante el año 2003. Pero tiene un pequeño defecto, su formato impide escribir muy largo. Por eso debí desahogarme, y escribí unos cuentos... Cuentos nada más.

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

PREMIOS NACIONAL DE CUENTO <<JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ>>2003

"Me considero un escritor nato"

Entrevista a Eduardo Antonio Soto Pimentel, ganador del Premio Nacional de Cuento "José María Sánchez" 2003

Enrique Jaramillo Levi

EJL: ¿Cómo descubre el periodista que la literatura es en él una vocación igualmente irrevocable?

EASP: La literatura fue primero. El arte, más bien. Desde muy niño creaba escenarios de batallas en los pasillos del caserón de alquiler donde me crié. Fui scout a partir de los doce años, y en el Movimiento me especialicé como histrión. Incluso, mi primera especialidad cuando obtuve la segunda clase, fue la de lector. Luego pasé la de periodista, y mi "sinodal" o tutor fue el legendario Leonidas Escobar, porque para entonces La Estrella de Panamá todavía estaba en San Felipe. Con los años hice teatro en un grupo experimental que fundamos en el Instituto Fermín Naudeau, junto con Raúl Bernal, quien hoy es actor profesional y periodista de El Panamá América. En medio de todo eso estaba naciendo la música en mí. Estudié algo de guitarra clásica, y compuse. Por ahí anda uno que otro trofeo que ganamos con el grupo que dirigía, y para el que componía canciones. El periodismo vino después. Fue el atajo; la escalera para llegar al balcón de mi Julieta: la literatura. Mejor que fue así. Haberlo hecho al revés tal vez me hubiese dado muchas desilusiones, y me hubiera negado la oportunidad del bagaje vital que enriquece lo que ahora escribo. A veces pienso en cómo habría sido todo si me hubiera dispuesto a empezar antes, más joven. Pero no es hasta ahora cuando está ocurriendo este florecimiento, y no me arrepiento de haberme quedado en el umbral, esperando la hora.

EJL: ¿Cómo fue tu experiencia en el Diplomado en Creación Literaria que tomaste en el 2002 en la Universidad Tecnológica de Panamá? ¿Lo recomendarías a otros noveles escritores?

EASP: Ese año fue intenso. Mi responsabilidad como subdirector del diario Crítica tensaba hasta el infinito mi sistema nervioso. Más porque estábamos haciendo unos cambios administrativos muy significativos, y el estrés fue inmenso. Además, estaba en tercer año de la carrera de Derecho, lo que me tenía casi loco. Súmale a eso los enredos de la familia, con tres hijos preadolescentes. Una madrugada iba conduciendo hacia mi casa, a la salida del periódico, cuando en una emisora de radio estaban retransmitiendo una entrevista con Enrique Jaramillo Levi. El tema: el diplomado. Mi esposa venía conmigo y me dijo que sería buena idea entrar. Ella sabía muy bien cuál era mi sueño. Le cambié el tema porque con todo lo que estaba pasando en mi vida, sería muy difícil. Ella insistió. Le dije que tenía muchas cosas en mi cabeza, mucha presión, y no tenía plata. Insistió otra vez. Dijo que me ayudaría (con el dinero) y así lo hizo. Habló con unos compadres nuestros (un abogado y un cura) y ellos colaboraron. Me becaron. Y descubrí en el Diplomado un oasis para mis angustias. Durante las horas que transcurría en el aula, todo lo demás dejaba de existir. Hubo profesores buenos y profesores menos buenos. Igual había estudiantes de nivel, y otros no tanto. Pero, en conjunto, todos fueron una ventana a la que me asomé para ver el mundo desde otra óptica, desde la óptica que más se ajusta a mi carácter y mis pasiones. Renací, y me convencí de que eso de la literatura era lo mío. Todo lo demás sobra.

EJL: ¿Por qué el cuento?

EASP: Me considero un narrador nato. Aún así, he hecho de todo un poco. Canciones, poemas (en algún cesto de basuras del INAC debe estar el poemario que presenté al Miró a inicios de los noventa, claro que muy malo, hoy me doy cuenta, pero entonces me creí víctima de una injusticia). Como narrador, creo que tengo los aparejos para la novela (más adelante te hablo de eso), pero el cuento es lo que más se parece a mí a estas alturas de esta vida que arrastro. Además, el cuento es muy similar al reportaje, que es el género periodístico que más me gusta. El cuento y el reportaje se comportan igual en las manos del lector. Si son buenos, le dan un primer golpe en el ojo a quien lee, y lo van asfixiando hasta quitarle todo el aliento. Así lo he hecho como periodista, y usé las mismas técnicas del suspenso y la sorpresa con que estructuro mis reportajes, para construir los cuentos que presenté al concurso. Pero me obsesionan el teatro y la novela. Voy por ellos.

EJL: ¿Qué le presta el periodismo que ejerces al escritor que se está formando?

EASP: Parte de la respuesta está bajo la pregunta anterior, en cuanto a técnica y estructura. Muy poco de lo que he hecho en cuento lo dejo a la "escritura automática". El periodismo me tiñó un poco con esa paranoia de investigar hasta el dato más tonto de una historia, y estructurar un plan de ataque antes de escribir. Como si fuera un reportaje, leo el conjunto y mido la armonía, la melodía, la cadencia. He llegado a congelar un cuento de doce líneas por semanas enteras, porque no encuentro esa palabra siguiente, esdrújula, que me da ritmo. Como lector, reconozco cuando un texto pierde energía, cuando dejó de tener melodía. Hay pedazos de un reportaje que los lectores tienden a saltarse por puro instinto. Eso cuando el reportaje tiene partes flojas. Yo trataba que nunca me ocurriera, y uso el mismo método para los cuentos, el teatro y la novela.

EJL: Ha habido un número significativo de escritores panameños que ejercieron con éxito el periodismo y viceversa. ¿A cuáles admiras más y por qué?

EASP: Gil Blas Tejeira. Su columna tenía cara de gente, vivía, se contorneaba, latía. Además, su afán como docente, la idea de enseñar a los jóvenes las tácticas y estrategias del periodismo me inspiran. Ramón H. Jurado es un gigante. Quisiera tener pronto la garra de él, su magia, su capacidad narrativa y don del hipnotismo. Gaspar Octavio Hernández está fuera de este grupo, es otra cosa. Su corta edad, la manera de morir, ¡y el lugar!, su obra intensa y profunda, ¡autodidacta!... Él está en otro plano, donde siempre me quedo con la boca abierta e inmóvil. Mi admiración tiene más bien aspecto de envidia.

EJL: También ha sido el caso de algunos escritores de prestigio internacional, tales como Hemingway y García Márquez, entre otros. ¿Algunos de éstos te ha servido de ejemplo?

EASP: A Gabo no me lo puedo quitar de encima. La influencia viene desde que tenía 13 años, y leí Cien años de soledad en una semana, como prueba para pasar la especialidad de lector de la que hablé más atrás. Me ha sido difícil espantarlo, se cuela por todo lo que escribo, a veces lo oigo a él cuando estoy leyendo algunos cuentos que escribo. De veras que ha sido una tortura sacar a García Márquez de mis textos. Al final creo que lo logré un poco en la mayoría de los cuentos presentados, pero algo de él quedó por ahí, agazapado. Creo que mi más ansiada meta es conjurar ese demonio, y llegar a mi propia identidad. De Hemingway quiero aprender esa manera suya de describir. Y los diálogos son tan reales. Cuando leí El viejo el mar y ¿Por quién doblan las campanas? tenía la sensación de estar metido en una oscura sala de cine. Eso quiero que se me contagie, la capacidad de crear imágenes mentales en el lector, una tras otras, sin pausas ni respiro, y todavía no lo logro.

EJL: ¿Qué significa para ti el haber ganado en el año 2003 el Premio Nacional de Cuento "José María Sánchez"?

EASP: Me dio lo más importante: confianza. Ahora me siento parte de esa cofradía universal donde pocos participan. Semidioses y semidiosas capaces de hechizar a millones. Ahora soy escritor, alguien especial, un chamán. Ya no soy un mortal común: con el "José María Sánchez" empecé a construir mi campamento inmortal.

EJL: La obra ganadora, Cuentos nada más, que consta de cinco textos, será publicada a mediados de 2004 por la Universidad Tecnológica de Panamá como parte del premio. Será tu primer libro publicado. Háblanos de estos cuentos brevemente.

EASP: El tema que me obsesiona es la violencia. La social, la íntima. Toda ella. Traté de plasmarla de una forma u otra en los textos que presenté. Una de las terquedades de todo lo que escribo hoy tiene que ver con el suicidio, sobre todo el que se inflige a cuentagotas el hombre y la mujer de hoy, y lo hace andar por la vida simulando que vive, con signos vitales bullendo dentro de ellos hasta que cumplen 80... 100 años, pero muertos en su yo profundo. También mi impresión del mundo de hoy, sin raíces, sin ideología, nada de aprecio por la vida y lo trascendente: todo eso aparece en Cuentos nada más. Hay uno en especial, Tiroteo en Mi menor que me costó mucho. Es el mimado. Habla de todo lo que atrás mencioné, y de algo más: el poder atrofiado que Estados Unidos tiene sobre los países torpes y pequeños y, peor que eso, sobre la vida y la muerte de cada uno de los seres vivos que habitan en este depreciado planeta.

EJL: ¿Qué escribes ahora? ¿Qué otros proyectos literarios tienes?

EASP: Desde hace unos meses tengo una obra de teatro metida entre ceja y ceja. Lo que ya lleva unos dos años marinándose es una novela que tengo lista para meterla al horno, y que se me congeló en la punta de los dedos cuando vi caer a esa gente desde lo alto de las torres gemelas el 11 de septiembre. No sé qué me pasó, que me fue imposible seguir. Lo intenté, pero tenía la pólvora mojada. Me decía que nada en el mundo de la ficción podría impresionar a nadie tanto como esas personas cayendo a las fauces de hormigón y polvo negro que se abría bajo ellos. Ahí la he tenido desde aquella fecha. Estructuré otra, con investigación de meses inclusive, que le ha gustado a algunos a quienes se la he mostrado en esqueleto. Pero mi obsesión está en la otra, que ya tiene trama capítulo por capítulo, y cada uno de los personajes perfectamente perfilados.

También he pensado que sería hora de que la poesía me diera la revancha, y estoy recogiendo todos los poemas que tengo dispersos en varios cuadernos de escuela, y en disquetes, y hasta en servilletas en el fondo del maletín.

Por supuesto que hay más cuentos, pero de eso no hablo... es un secreto.

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

PREMIOS NACIONAL DE CUENTO <<JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ>>2003

Desprendimiento

Eduardo Antonio Soto Pimentel

Esos rufianes, los dioses,
no se saldrán con la suya...
Virginia Woolf
(La señora Dalloway)

Hela ahí: borracha y solitaria. No sé cuándo empezó. ¿Tendríamos un año juntos? Quizá fue cualquier día de esos que la dejé sola. Ya saben, el trabajo. Una botella. Dos: ¡Estropicio! No supo parar, y ahora necesita un trasplante. He-pa-ti-tis, repitió el doctor cuando me vio en shock. Y frío, cruel agregó las palabras muerte y fulminante, mientras señalaba con el dedo el espantajo grotesco y varicoso en la radiografía. Era su hígado. Enseguida decidí marcharme. Ustedes entenderán, la amo, y no puedo verla así. Sólo espero que se cumpla el absurdo requisito de la compatibilidad, y que alguno de ustedes encuentre pronto este ensangrentado papelito de advertencia... junto a la pistola y mi ficha de donante.

Avenida Cuba.
Panamá, septiembre de 2001.

(Del libro Cuentos nada más,
que publicará la UTP en el 2004.)

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

TALLER

Canela y manzanas

Lupita Quirós Athanasiadis

Estoy dentro del retrato color sepia de mis abuelos.

Cuando estaba mirando con detenimiento la ranura que el tiempo había hecho en una de sus esquinas, repentinamente sentí que me succionaban y quedé dentro; me volteé asombrado y distinguí mi oficina, el escritorio y el sillón en donde hacía dos minutos había estado sentado.

A mi abuela sí la conocí. Oriunda de América y casada con un griego, siempre parecía sonreírme cuando miraba la foto que se tomaron en Grecia en un viaje que hicieron después de casados. Su amor perennemente me honró con ese cariño consentidor que prodigan las abuelas.

Los relatos que oí en su regazo y en aquella mecedora mientras acariciaba de vez en cuando un lunar como guisante oscuro que tenía sobre su labio superior, fueron determinantes en la formación de mi infancia.

Ahora estaba dentro de su fotografía sin sentir ningún temor por su cercanía pero sí cierta aprensión por la presencia de mi abuelo, a quien nunca llegué a conocer, pues falleció antes de mi nacimiento. Ella me recibe con júbilo y me presenta al hombre adusto y formal que está a su lado. Él estaba de pie junto a una columna y me invita a acercarme, y al hacerlo recibo un fuerte apretón de ternura que el tiempo nos había negado. Huelo su colonia y puedo tocar los botones del uniforme militar que usaba.

Mi abuela se levantó y me llevó a conocer esa gran mansión en Atenas de la que tanto me había contado. Ahora podía caminar por los amplios pasillos y recorrer las habitaciones con lujosos detalles.

Esta visita fue como entrar a una película muda, podía ver sus movimientos y los de la servidumbre pero no podía oírlos; sin embargo, giré asombrado porque desde atrás me llegaba un olor especial. Me llevó de la mano y me hizo sentarme cerca de la mesa de la cocina. Una lágrima de alegría rodó por su rostro, al mismo tiempo que me ofrecía un pedazo de aquel pastel que, cuando niños, enloquecía de placer a chicos y grandes en la familia. Tomé el tenedor y sentí el dulce aroma de canela y manzanas.

Estuve todavía un rato aferrado a la mano de mi abuela. Después, suavemente me condujo a la sala donde estaban cuando entré, me hizo gestos para que me despidiera de mi ya conocido abuelo y ella me estampó un gran beso en la cara. Luego me indicó una ranura en la pared, junto al cortinaje, y por allí deshice mis pasos, que me llevaron de vuelta a la oficina.

Aquí estoy otra vez sentado en mi sillón, con el alma henchida de emoción, mientras flota en el ambiente un dulce aroma de canela y manzanas.

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

TALLER

El dislate del ser

Roberto Rivera

Desperté, y cuando lo hice me di a la tarea de sacarme de quicio. Levantándome de la cama me meto dos cachetadas como si le hubiera hecho algo terrible a mi persona pero no duele lo suficiente así que al irme hacia el baño le meto una patada al marco de la puerta con mi pie desnudo. Mi dedo gordo crece al tamaño de mi cabeza casi instantáneamente, echándome para atrás hasta caer sentado al suelo frío de linóleo blanco. Incorporándome poco a poco, gateo hasta llegar al lavamanos para poder apoyarme y lentamente me alzo, sin querer pegándome la cabeza.

El espejo no me da una vista muy alentadora, con la barba de hippie que tengo cuando toda mi vida no he tenido más de un día sin afeitarme y las ojeras hasta el cuello cuando siempre me voy a dormir poco antes de las ocho de la noche. Este chichón tampoco ayuda con mi autoapreciación matutina y eso es sin contar la uña encarnada que va a salir del pulgar de Pedro Picapiedra que tengo en estos momentos. Agh. En fin, me meto a la ducha y prendiendo el agua fría meto la cabeza en el chorro. Este es el punto en el día en el que uno se pone a pensar sobre lo que quiere hacer hoy y lo que quiero hacer hoy, lamentablemente, es lo que he querido hacer ya hace cuatro meses y medio. Cuatro meses, veintitrés días y dos minutos, para ser exactos. He dejado de afeitarme, de bañarme, de cortarme el cabello, de comer tres veces al día, de dormir temprano, de leer libros... todas esas cosas que vivo para hacer, he renunciado a ellas con la finalidad de perder el sano juicio pero hoy, heme aquí, convencido absolutamente de que dejando de comer y de leer, y de pegarme deliberadamente no me hace ningún bien y lo que es más importante... nada de esto me ha vuelto loco.

No es que esto ha sido lo único que he intentado; todo empezó cuando le prendí fuego a mi componente y lancé el televisor por la ventana. Al salir más tarde esa misma mañana, sin embargo, rápidamente me percaté que deshacerme de la radio y la televisión era una estupidez ya que hay radios con toda clase de habla y música en todos los transportes públicos al igual que en las tiendas... ¡Eso sin contar los televisores! Esa caja de idiotas se alimenta de uno donde quiera que vaya. Ya hasta en los baños hay televisorcitos que combinan convenientemente con los urinales. Es impresionante... pero no fueron extrañados en mi apartamento por falta de oportunidad; ¡¡¡el maldito teléfono no dejaba de sonar!!! Tal vez nunca me di cuenta por el componente y el televisor pero la gente sí me llama para hablar estupideces... Por eso ni lo pensé cuando agarré el bate de aluminio y asesiné al aparato ese..., todo con el afán de sacarme de quicio.

Aunque odie todos esos aparatos, sin ellos no sabría del mundo a mi alrededor y mi vida estaba tan adentrada en ellas que si no las tenía de seguro me volvería loco..., pero no pasó. Esperé y no me volví loco. Lo que sí me volví fue impaciente, así que me puse a pensar: "¿Qué es lo que me sacaría de quicio?" Mi cabeza no daba para pensar pero al ver la entrada al apartamento se originó la brillante idea de cerrar todas las trancas de la puerta y ventanas derritiéndolas con un soldador, no sin antes echar todas las llaves en el inodoro y halar la cadena. Si no puedo salir por ningún motivo, seguramente me volvería loco, ¿verdad? Pues no. Sin televisor, ni radio, ni teléfono y sin poder salir de mi apartamento rápidamente me adapté a este nuevo estilo de vida bohemio... No me volví loco, al contrario; encontré una paz cósmica igualada solamente por los más altos sacerdotes budistas, para no mencionar al mismo Dalai Lama. Ahí fue cuando decidí dejarme crecer el cabello y la barba... pensando que a mí, siendo lo bien aseado y presentable que soy, me entraría una esquizofrenia conmigo mismo cada vez que viera al espejo. Pero no. Al rato ni me importó. Así que finalmente recurrí a esta hipótesis que leí por ahí alguna vez, la cual dice que el enojo es la emoción más irracional de todas y que uno cuando está bravo es cuando piensa menos. A todo esto, me pongo a pensar qué es lo que me molesta... y me acordé que odio cuando me golpeo con algo. ¿Cómo puede ser uno tan descuidado como para golpearse la rodilla al pararse de una mesa, o agarrarse el dedo meñique del pie con el marco de una puerta? Odio eso...

Al odiar ser descuidado y aun más por algo tan trivial como esto, empecé a pegarme con todo. Cuando me pegué en la frente con un soporte de madera y me estrellé la cabeza con el piso cuando caí justo después, pensé que debería parar... Pero no podía darme un porqué, así que seguí golpeándome con toda cosa que me topaba. Llegué a tal punto de desesperación que literalmente me golpeaba con todo... Sólo para enojarme y volverme irracional y loco pero nunca sucedió, y hoy me doy cuenta porqué: Me esmeré tanto en mutilarme que ya me esperaba el dolor... ¡Y así no tiene gracia! ¡¡Odio tropezarme con las cosas porque no espero tropezarme con ellas!! He allí la falla de esta fórmula.

Me siento derrotado, honestamente. Después de unos momentos, me siento en la silla de mi escritorio para darle la cara a la pantalla apagada. Mi reflejo lo dice todo: Ojeras inmensas, los ojos rojos, una barba gigantesca y el cabello de igual largo; ¡me parezco a John Lennon después de fumarse un porro! Impresionante, la verdad... Y pensar que yo siempre he sido la antítesis del reflejo que veo aquí y ahora.

Justo al darme cuenta de esto, escucho un estruendo horrible que viene de mis espaldas; me viro rápidamente ante el ruido de un ladrillo rojo estrellándose con la ventana de mi sala, aterrizando violentamente en el suelo y con fuerza brincando hasta dentro del baño, encestándose en el lavamanos que se rompe en dos ante el súbito suceso. Miro lo que pasó con la boca ligeramente abierta; lo que me parece impresionante de todo esto no es cómo llegó un ladrillo a volar tres pisos y romper mi ventana, el piso de mi sala y mi lavamanos, sino que francamente... Francamente no me importa en lo absoluto. Ni cómo llegó el ladrillo ni que haya roto mi ventana, mi piso y mi lavamanos. Para nada. La curiosidad me ahoga, sin embargo... ¡quiero saber cómo llegó el señor ladrillo! Raudo y veloz, me paro de la silla y me acerco con absoluto descuido a mi ventana rota para asomarme afuera, encontrándome con alguien que está gritando mi nombre.

—¡Nicolás! ¡¡¡NICOLÁS!!!

—¡Heme aquí! ¿Quién es? le pregunto, mientras intento descifrar su cara ante los rayos del sol que me ciegan. Verdad que llevo cuatro meses metido aquí sin estar expuesto directamente a la luz del sol —¡Coño, es Alberto!

Alberto, mi primo loco. Es lo más cerca que he tenido a un hermano, verdad, ya entiendo lo del ladrillo.

—Tú tienes llave para entrar, Alberto Tú lo sabes.

Y la usaría —me dice justo antes de lanzármela con ánimos de que le pegara o a la ventana o a mí—. ¡La usaría si el maldito cerrojo no estuviera fundido! ¡¿Qué carajo te pasa?! ¡Tus amigos están preocupados por ti! ¡Tu novia te está quemando con otro tipo por desatenderla y tu mamá está tan sentida contigo que te va a romper la jeta apenas te vea! ¡Encerrándote así y echando porquerías por la ventana! ¡¡¡Ese televisor te costó un platal!!! ¡¿Qué te pasa?!

Lo único que se me ocurre responderle es lo que siento.

—No me pasa nada.
—¡¿Tú lo que estás es LOCO, oíste?! ¡Voy a subir y patear la maldita puerta! ¡¡¡Y después te voy a afeitar la cochinada que tienes en la cara y te sacaré de allí para que repares tu vida!!!

Sus palabras me pegan más fuerte que cualquier golpe que me pude haber dado en todo este tiempo; no puedo creerlo... ¡lo logré y ni siquiera me había dado cuenta! ¡Me volví loco! ¡Qué bien, ya puedo afeitarme y cortarme el cabello como lo tenía antes y ya puedo arreglar las trancas de las puertas y de las ventanas! Ya puedo ir al hospital para verme todos los golpes que me metí pero lo más importante... ¡Lo más importante es que ya me volví loco! ¡Al fin tengo todo lo que necesito! Al prender la pantalla me topo con una página blanca y la rayita vertical que parpadea, lista para que le dicte mis palabras. Y con el ruido de mi primo tratando de tumbar la puerta que da entrada a mi apartamento me entrego a la musa y empiezo a escribir... ya lo tengo todo. Me volví loco... ¡Al fin tengo licencia para escribir mis cuentos!

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

TALLER

La niña

Isabel Herrera de Taylor

Tenía la costumbre de despertarse hacia el mediodía cuando el calor era insoportable. Dormía en una cama de hierro pintada de dorado, con un buen colchón y sábanas blancas. La mujer, en medio de la cama, daba la impresión de una delicada joya colocada en un estuche fino.

Hacia las once de la mañana, los interesados entraban al cuarto; algunos eran vecinos y otros eran clientes. A los vecinos no solía cobrarles nada, pero a los otros sí. Se sentaban alrededor de la cama, según les indicaba la mujer que les abría la puerta de la casa y los hacía pasar. El cuarto era un lugar con adornos y detalles de buen gusto. La esencia de unas gardenias, que habitaban en un florero, llenaba la estancia. Ellos, aspirando el aroma que contribuía al ambiente exquisito que los rodeaba, guardaban un silencio respetuoso y expectante.

Ella, a pesar de estar rodeada de gente, dormía. Vestía con un ropón de tela suave, rosado muy pálido, que dejaba entrever unos brazos flacos. Mostraba un sueño tranquilo, sin gestos ni ronquidos. Inició unos movimientos suaves que ocasionaron, en los visitantes, cierta agitación: Pedro se inclinó hacia adelante, Carmenza presentó una sonrisa y Marta se aferró a la silla, con la cabeza baja y en actitud temerosa. La Niña, como la llamaban, desde siempre, cuando se iba a levantar y "mostrar" lo soñado, movía una mano como si descorriese un velo; en otras ocasiones, sus manos parecía que abrían dos puertas. Todavía con los ojos cerrados, se sentó en la cama, con el rostro orientado en determinada posición, que correspondía en este caso a Pedro.

Pedro, nervioso por la espera e inclinado hacia adelante, quedó frente al rostro de la Niña. Había asistido a tres sesiones y no avistó la respuesta a su encargo. Los negocios eran su mayor preocupación. Arriesgó gran parte de su fortuna en una hacienda de café, al pie de una montaña, ¡un lugar precioso! Pronto sería la colecta de la fruta y su posterior distribución como café molido; esperaba que el negocio fuese rentable. Para esto faltaban unos meses, pero las dudas y temores lo crucificaban desde el alba hasta el siguiente amanecer. Quería adelantarse al destino. Cifraba sus esperanzas en lo que la Niña le revelara.

Marta tenía sentimientos encontrados: por un lado, mirar era saber y el saber significaba alegría o tristeza. Su problema se refería a que ya era una mujer de treinta y cinco años y anhelaba casarse. Recientemente conoció a un hombre con el cual... quizás..., mejor ni pensarlo. Carmenza, por su parte, sonrío. Hacía un año visitó a la Niña y sus deseos se cumplieron a satisfacción. Hoy estaba allí de nuevo. El motivo: una mujerzuela pensaba llamada Mariana que le quería quitar a su marido. Mariana era joven, de cabellos largos y sedosos, y de carne dura..., algo que ya había perdido Carmenza. Bastante tuvo que arrear a su hombre, para que una fresca se lo quitara. Le había rogado a la "Virgen de los Milagros" y todo fue en vano. Muy dentro de sí prefería verlo muerto que con otra mujer.

La Niña abrió los ojos. Pedro, situado desde su llegada y por antigüedad en la posición más apropiada, se asomó a los ojos de la Niña y... no vio nada. Dos ventanas que mostraban un paisaje oscuro donde no se distinguían las formas. Se hizo hacia atrás y de nuevo se inclinó hacia adelante: ¡Nada! Una gran frustración lo embargaba. Se golpeó la rodilla con la mano abierta. Por lo mucho que había invertido decidió ser positivo y se dijo: No hay buenas noticias, pero tampoco malas. Con rostro de funeral, inclinó la cabeza y se retiró.

Carmenza se acercó y se quedó observando largo rato. Parecía estar leyendo algo con mucha calma. El rostro se le fue tornando pálido, perdió la sonrisa y unas lágrimas rodaron por las mejillas. Al ver la reacción de sus dos compañeros de cuarto, Marta deseó huir y sin embargo no podía moverse: estaba helada, atada a la silla. ¡Mejor no ver nada! Total, es la primera vez que vengo a este lugar, ya existirán otras oportunidades pensó. Pero como una respuesta a su cobardía, la mujer se movió en la cama y quedó frente a Marta. Torpemente, indecisa, se apoyó del borde de la cama y miró: le pareció que los ojos de la mujer no tenían pupilas y el iris formando un todo de color adquiría formas, celajes, figuras. No podía creer lo que veía: un cirio, un velo de tul blanco sobre un libro y un ramo de flores también blancas. Se quedó al igual que Carmenza, como leyendo. En el rostro antes temeroso, apareció una sonrisa tímida que se iba ampliando lentamente. La

Niña que, aún con los ojos abiertos, estaba sumida en un letargo en el futuro, despertó en el presente. Cuando esto ocurría salía de la cama con gestos pausados, ignorando a los presentes, y se alejaba del cuarto.

Marta, más relajada se reacomodó en la silla, las manos retozaban una con otra; el rostro antes tenso, ahora estaba sereno. Se sonrío, se levantó y se fue.

Comía poco; por las tardes escuchaba música y leía para ayudarse a soñar. Antes del anochecer recibía a los que venían a encargarle un sueño. Le solicitaban sueños de amor como el de Marta y Carmenza o sueños para saber si se curarían de las enfermedades del cuerpo y del alma, de venganza, de odios; los más querían que soñara con riquezas. Ella los escuchaba atenta, con gestos suaves de aceptación o de negación con la cabeza. Al final, los despedía con dulzura, porque la Niña sabía que no todos verían lo que ella soñaba y que, cuando buscaran en sus ojos, aquéllos que les correspondía ver, verían la misma imagen, pues solo tenía un sueño cada vez.

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

TALLER

Extremaunción

Enrique Noel M.

Ya no estaba con ellos. Eneida había dejado atrás una prolongada enfermedad y la penosa agonía de las últimas horas. A cada lado de la desvencijada cama sus hijas lloraban su ausencia.

En un rincón, Eusebio, el menor de los varones y Ramón, el marido, sintieron una perplejidad momentánea: ¿Por qué hacerles esta confesión ahora? Lo revelado constituía un asunto determinante en el rumbo que seguiría la familia en adelante, de manera que no se justificaba su dilación hasta el último momento. La angustia de la espera se había agregado dolorosamente a la impotencia frente a su inexorable partida.

Sólo ellos —progenitor y vástago— percibieron por un instante la situación. De inmediato el llanto de las muchachas los devolvió a la seguridad implacable de la tragedia. A esta que era la tragedia de todos. ¿De todos?

Ninguno reparó entonces en un hecho singular, más curioso que la revelación de la moribunda: el padre Camilo dio la impresión de sentirse aliviado luego del deceso. Un espíritu suspicaz hubiera podido observar en ese momento la serena distensión que transmitían rostro y cuerpo del prelado.

Tal vez su actitud respondía a la confianza de que la ahora difunta había dejado los sufrimientos de la carne para alcanzar la paz eterna. Ahora bien, esa tranquilidad no era congruente con el nerviosismo inicial manifestado por el sacerdote desde el momento en que se presentó en la casa de la familia Sotillo. Desorientado, daba la impresión de que podía desmayarse en cualquier momento o que, en el mejor de los casos, iba a salir corriendo como un potro desquiciado. Y esa sí era una actitud inesperada en un hombre dedicado a estos asuntos, por muy devota y querida que fuese esta feligresa.

Habían transcurrido varios años desde su asignación como párroco de la comunidad, a la que solía referirse como "una polvorienta aldea de tierra infértil y monotonía infinita". Su alborotada cabellera había cedido terreno a una calva reluciente, pero aún conservaba el porte hidalgo y la robusta figura que impresionó inmediatamente a las muchachas del lugar.

Camilo, en ese entonces joven, regresaba de terminar estudios teológicos en el extranjero y había dejado olvidado en algún escondrijo de su ser el acento panameño para adoptar uno agradablemente extravagante.

El día de su llegada fue esperado con alborozo, pues el pueblo llevaba un mes sin guía espiritual debido al fallecimiento del antiguo párroco. Las mujeres dejaron los quehaceres domésticos para ponerse a disposición del cura, sobresaliendo entre ellas Eneida, quien se convertiría en pieza fundamental para la buena marcha de la parroquia.

La mujer se abrió paso entre la multitud, besó la mano derecha de Camilo y al levantar la cabeza las dos esmeraldas de aquél la observaron con detenimiento; ella respondió con una mirada fija y así se inició un diálogo visual que repetirían durante muchos años y en distintas circunstancias.

En los días que sucedieron a este encuentro Eneida introdujo al padre en la vida diaria de la comunidad y lo ayudó a ganar la confianza de los escépticos, que dudaban de la capacidad de un "chiquillo inexperto", como solían decir.

La conexión entre ellos fue instantánea: ella estaba impresionada con el caudal de conocimientos del novel pastor; éste, por su parte, admiraba el fervor con que la mujer trabajaba para la congregación, incluso a costa del cuidado a su adorada familia. Así organizaron colectas para mejorar la estructura de la iglesia, lograron construir un pequeño santuario para la virgen en el parque, pasaron muchas noches y algunas madrugadas planeando más actividades.

Camilo pensaba que no había conocido a una mujer tan vivaz como la señora de Sotillo. Verla postrada, inútil, ineficaz, le resultaba chocante y absurdo. Quizá por eso demoró tanto en acudir al llamado de su amiga.

—Necesito que llamen al padre, quiero que esté aquí le había solicitado la enferma a sus hijos.

—No sé qué tiene que hacer el cura en medio de una tragedia familiar reprochó Ramón sin motivo aparente.

—Sé que me queda poco tiempo y quiero irme en paz.

—Yo lo voy a buscar intervino Moncho, el hijo mayor, sintiendo que tomaba partido en una confrontación en la que nadie sabía qué se disputaba.
Ramón, que lucía incómodo, volvió a quejarse con la mujer:

—Si tú no necesitas perdón de nadie... deteniéndose ante la interrupción de una de las hijas, que colocaba un paño húmedo en la frente de la agónica.

La mujer concluyó el debate reiterando su deseo y añadió:

—Tengo que confesarles algo y él debe estar presente. Ramón se limitó a fruncir el ceño en silencio.

La iglesia no quedaba lejos y Moncho había salido a caballo, de manera que no se justificaba la demora. En la casa la tos, los quejidos, los temblores y la ansiedad hicieron que los minutos de retraso fuesen padecidos como un amargo e interminable siglo. Eneida, cada vez más fatigada, temía morir antes de la llegada de Camilo y que todo quedara así, "como si nada hubiera pasado".

Cuando al fin llegó el párroco, se sorprendió al ver cómo en tan pocas horas los restos de belleza de la mujer se habían esfumado ante el implacable embate de la enfermedad. Aunque sabía que ella estaba siendo corroída por dentro desde hacía algunos años, su apariencia exterior había logrado que los demás evadieran momentáneamente la realidad. Todavía dos semanas atrás su contextura gruesa insinuaba una antigua esbeltez que llegó a provocar la envidia de las mujeres y el deseo de los hombres del pueblo. De todos. Luego los males se amontonaron en procesión y cayó en cama. Hoy había amanecido peor. Era cuestión de horas. Ambos lo sabían y temieron el desenlace...

—¿Cómo estás, hija? —había iniciado Camilo la conversación con Eneida, mientras le acariciaba la frente.

—Con mucho dolor, pero resignada, padre dijo, y desvió su mirada.
Ramón intervino con tono agrio:

—Lo estábamos esperando desde hace rato. —A diferencia de su mujer, él lo miró directamente.

Eneida, intentando sentarse, le informó con voz trémula al prelado:

—Debo decirle a ellos...

Sin embargo, el padre la interrumpió:

—Tienen que ser fuertes ante esta prueba que les pone nuestro señor. Ahora es cuando la familia debe estar más unida...

Ella hizo un gesto, insinuando la continuación de su declaración, pero Camilo no se detuvo:

—...más unida y fortalecida en su fe redondeó la idea.

Aprovechando un desvanecimiento temporal de Eneida, el cura continuó con una aplicada alabanza. Exaltaba sus desvelos de madre, el empeño con el desarrollo de la parroquia, su lealtad como esposa. Estas palabras quebraban aún más los afligidos corazones de los presentes, al recordarles las múltiples ocasiones en que la mujer había confirmado el aserto del sacerdote.

Ella, sin embargo, sentía una honda vergüenza. Pensaba en su marido: Él siempre nos respondió a mí y a los muchachos. Estuvo pendiente desde que me cayó encima esta desgracia. Aunque también estuvo su vicio y los problemas...,pero ha sido un buen padre. Los quiere a todos, sobre todo a Eusebio.

Precisamente Eusebio, el menor, era su preferido. Había llegado después de muchos años de "sequía", cuando Ramón pensaba que algo ya no le funcionaba por dentro.

Si supiera —continuó pensando Envida—, si supieran. ¡Deben saberlo! ¿Deben saberlo?

Recobradas las fuerzas, se atrevió a pronunciar:

—Ramón, escucha, quiero que me perdones.

Todos se mantuvieron expectantes, al fin se sabría lo que tenía que informarles. Pero nuevamente el sacerdote se interpuso. Tomándole delicadamente la mano izquierda, la consoló:

—Hija, ¿qué te van a perdonar ellos, si tú has sido casi una santa? Jamás harías algo que pudiera perjudicarlos, ¿verdad?

—¡Usted sabe muy bien de lo que estoy hablando! respondió con furia sorprendente. Camilo retrocedió, soltándole la mano a la enferma. Pasmados, los familiares se miraban entre sí.

Estaba confundida. No sabía qué consecuencias provocaría su confesión, sobre todo al muchacho. El pobre no debe sufrir la culpa de otros se dijo a sí misma. Pero, ¿de quién era la culpa? ¿Era sólo de ella, como creyó muchas veces? Al menos mostraba arrepentimiento, en cambio él siempre manejaba excusas elaboradas, juegos de palabras y de conceptos; hablaba de tentaciones y de pruebas divinas; ponía ejemplos de manzanas y serpientes. ¿Debía pagar por lo que hizo? Sin duda, pero...el muchacho, el marido. ¿Qué hacer?

De pronto, la enferma supo qué hacer. Decidida, aunque sin fuerzas, se dirigió al padre:

—Por favor, déjeme hablar.

El marido, siempre desde el rincón del cuarto, contrariado aunque contenido, le exigió que no demorara más el suplicio y le permitiera expresarse a la mujer.

El sacerdote, planeando la mirada sobre los familiares, cuyos rostros no alcanzaba a descubrir la delgada luz de la lámpara de kerosene, sintiéndose escrutado por ellos accedió resignado. De inmediato volvió a agarrarle la mano a la agonizante, esta vez con una firmeza sólo perceptible entre ellos. Con voz misericordiosa y actitud estoica, le concede a Eneida:

—Habla hija, ¿qué es eso que tienes que confesar con tanta urgencia?

La mujer inició firme, aunque con volumen exiguo:

—Ramón, hijos..., hay algo que he guardado durante mucho tiempo y ya llegó el momento de que lo sepan. —Duda momentáneamente, pero retoma el monólogo con nuevas fuerzas—: Sé que hemos pasado mucho trabajo, pero tampoco nos faltó lo necesario para vivir...Tengo una plata que me gané hace tiempo con unos billetes de lotería, son seis mil dólares que dejé guardando al padre, tan santo él, para que los cuidara de la tentación de gastarlos en cualquier cosa. Él se los dará para que se los repartan y les sirva para montar algún negocio.

—¡Mis ahorros, coño!, pensó sorprendido el cura. ¿Cómo se habrá enterado? Sin embargo, se tranquilizó de inmediato, reconociendo que la situación pudo haber sido peor. Entonces respiró aliviado, pero nadie lo escuchó porque el suspiro de Eneida, el último, retumbante como un silbido de tren envolvió la atmósfera del pequeño cuarto mortuorio.

Eneida se fue dibujando una sonrisa de satisfacción, quizás cómplice, quizás vengativa. Y de eso tampoco se percató nadie.

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

RESEÑAS

"La mirada oblicua" de Ángela Romero Pérez: Tributo de la crítica española al examen de la narrativa panameña

Irina de Ardila

Como preámbulo a esta presentación deseo que nos sintonicemos con la obra de Ángela Romero Pérez, que es un ensayo crítico literario, y los cuentos de Duplicaciones, de Enrique Jaramillo Levi, con la ayuda de dos clásicos y un mini cuento.

"La gente comprenderá, en general, que debe juzgarse a los escritores de acuerdo con los principios inmutables del arte de la composición y las leyes especiales de los temperamentos individuales y no, de acuerdo con las reglas y las especies, que son contrarias a la naturaleza y el arte". Víctor Hugo

"La realidad no es realista. Es algo que la literatura debería reconocer y que todos deberíamos notar. ¿Han visto lo raras que están las cosas últimamente?" Salman Rushdie

"Cuentan que hubo un sabio que soñó que era una mariposa y que, al despertar, no sabía si era un sabio que había soñado que era una mariposa o una mariposa que soñaba que era un sabio. No está en el ser de la mariposa hacerse preguntas sobre sus sueños." (Tomado de la revista La mirada oblicua, del 30 de julio de 2003, del artículo: "Lo ha mentido el mentiroso".)

La escasa atención crítica que ha recibido la literatura panameña desde afuera no se puede justificar como un resultado de su supuesta falta de valor literario. Se debe simplemente a su desconocimiento. Basta arañar un poco la superficie para percatarse de la variedad de la literatura producida en Panamá, donde proliferan obras y autores de primerísima categoría, y otros, que merecen nuestra atención porque son representativos, aportan elementos de interés o porque constituyen parte del contexto dentro del cual se ubican las obras más sobresalientes y los autores más destacados. De todas maneras, es necesario conocer para poder valorar.

El desconocimiento de la literatura panameña se debe, principalmente, a factores extraliterarios de naturaleza social, económica y política.

Hoy, cuando la primera edición de Duplicaciones cumple tres décadas, me toca la tarea de estrenar y presentar un ensayo de crítica literaria escrito por la autora española Ángela Romero Pérez y titulado La mirada oblicua: voces, siluetas y texturas en Duplicaciones de Enrique Jaramillo Levi, que a decir verdad, acepté como una distinción.

Antes de iniciarme en esta obra ensayística tenía bien clara la aseveración de la crítica literaria argentina, Maria Eugenia Correas, de que "Sólo es posible realizar lecturas de ensayos críticos y disfrutarlos si no se adscribe a la postulación del sin sentido de la obra literaria".

Me lancé a la lectura del ensayo consciente de que es ineludible aceptar y sostener que cada lector puede tener una experiencia diferente con la obra; sin embargo, a la hora de la interpretación constaté que la cantidad de variables disminuía: aparecían los límites durante el análisis, algunos los marcaba la propia obra, otros, el sentido común.

Muy pronto me di cuenta de que la autora incluye muy atinadamente sus otras lecturas, sus relaciones con la Institución literaria, los modelos teóricos y metodológicos que sigue y los que objeta. Sentí que está condicionada por su entorno sociocultural e ideológico, pero la conciencia de esa limitación no le impide tomar posiciones muy acertadas en cada oportunidad. Es decir: la profunda base conceptual de su trabajo la ha ido conformando con estudios, experiencias diversas y sucesivas reformulaciones que le otorgan una firme convicción; llegado ese punto, como se percibe inmerso en un contexto determinante, no otorga a esos conceptos calidad de categóricos ni de universales en cuanto resultado de opciones y que ese mismo resultado puede haber permutado más de una vez.

La ensayista no pretende objetividad y no renuncia a su derecho a elegir las ideas y definiciones cuya validez postula y

sustenta su trabajo erudito. Un claro ejemplo de ese derecho se da al comienzo de su investigación: la elección del libro de Enrique Jaramillo Levi.

Ese solo acto de elegir Duplicaciones como objeto de crítica, connota una toma de posición sobre, al menos, dos cuestiones relevantes: la resolución de su condición de "literario" y una ponderación, ya que, aunque la crítica no sea valorativa, se sugiere calidad estética al preferir esta selección de cuentos para el análisis.

En efecto, una de la razones para optar por Duplicaciones, para escribir este ensayo crítico, fue, como anota la propia autora, la "impecabilidad formal y estructural" y las "características compositivas sorprendentes" de los cuentos (de Jaramillo Levi); además de constituir "una novedosa aportación al panorama literario panameño, de por sí notablemente cerrado, volcado sobre sí mismo, y con escasa difusión fuera de sus fronteras."

La ensayista española recalca que "Duplicaciones se interna de pleno en la crisis de la modernidad que rompe los habituales esquemas del pensamiento, absolutiza algunos de sus fragmentos y fomenta nuevas e inéditas configuraciones".

Publicada recientemente en Panamá, por la editorial Universal Books, provista de 6 capítulos de análisis crítico exhaustivo, notas conclusivas y dos secciones bibliográficas, una de y sobre el autor estudiado y otra general, la obra suministra una profunda y minuciosa investigación en sus capítulos iniciales del desarrollo literario de Enrique Jaramillo Levi con relación a su biografía, como una manera de introducir y entender mejor la actividad y la postura estética de éste.

La crítica literaria de Romero Pérez no es sólo valorativa. No puede serlo ya que no persigue ser científica pues, como mencioné anteriormente, no pretende objetividad. Por otra parte, sabido es que los valores son transitorios: cambian junto con las personas, las circunstancias, los criterios y los fines que les dan nacimiento. Por eso emprende, según sus palabras

"un ensayo de conjunto que valga para integrar niveles en toda su intrínseca riqueza y complejidad y dictaminar con mayor rigor desde la globalidad".

Ángela Romero Pérez, nacida en Zamora, profesora de la Universidad de Salamanca, gran dominadora del idioma, mujer muy culta, originalísima pensadora y prolífica crítica literaria, dice que "quiere cercar los cuentos de Jaramillo Levi de manera global, con el objetivo de vislumbrar las características medulares en que descansa el libro puntero, obra mayor, de su labor creativa; de manera que ofrezca un panorama integrador, dador de claves, del que al día de hoy carece".

Otro de los hechos que me parece evidente y que se vuelve básico para la tarea de Ángela Romero, como crítica literaria, es que la gran mayoría de las personas lee poemas, cuentos o novelas porque les producen placer. Aparentemente sería su obviedad lo que evita que se lo mencione, pero no es ésa la causa inicial de la ensayista española.

Lo que sucede es que la práctica literaria académica llega a conformarse con tal cúmulo de conceptos, teorías y metodologías que a nuestra invitada de España le debe resultar problemático y discutible tener en cuenta para el estudio, una lectura que se presente únicamente como una actividad placentera. Por eso subraya que "las composiciones de Jaramillo Levi no conceden ingenuo facilismo en ningún caso".
Al respecto quisiera, por extensión, hacerme del ingenioso comentario divertido y certero del teórico inglés Terry Eagleton, cuando dice que: Es sintomático [...] que el término "gusto" o "placer" insinúe trivialidad: es una palabra mucho menos seria que el término "serio". Decir que un cuento nos causa intenso placer parece, como juicio crítico, menos aceptable que afirmar: nos pareció profundo.

Con este ensayo la escritora aspira, además de buscar el aumento de la cantidad de lectores, a descubrir "una veta que puede ser seguida por otros estudiosos que deseen abrir nuevos cauces críticos", persiguiendo "determinados tientos críticos que tratan de buscar rutas accesibles una vez internados en el espeso bosque narrativo de Duplicaciones."

Después de muchos desvelos estudiando la literatura clásica y moderna se me fue formando cierto estereotipo que yo podría llamar espera habitual. Toda una diversidad de estilos, tramas, caracteres se me compactaron, bien o mal, en un esquema determinado, "un estrato cultural" que a pesar de lo policromático resultó una sustancia más o menos homogénea. Hasta hoy día me he encontrado sólo con dos literaturas que rompieron esos estereotipos y surgieron tan nuevas como perturbadoras: la poesía japonesa y la prosa latinoamericana.

Educada sobre la base de los cánones de otra cultura, me sentí como el habitante de las llanuras que de repente vio las montañas o el nadador que se zambulló en una piscina cerrada y salió a flote en alta mar.

Me dio la impresión de que a la meticulosa ensayista aquí presente tampoco le fue siempre fácil: "mediar el tono académico y darle a su trabajo un vuelo de mayor accesibilidad para los iniciados que no dispongan de arsenal crítico; bien por falta de inquietudes, bien por falta de formación. Además, apunta que no ha resultado nada sencillo asumir un camino ecléctico

entre la crítica académica de "lenguaje extremadamente especializado" y críptico que "restringe la labor divulgativa más que ampliarla" debido a "la extrema densidad que ofrece el libro...", y los "altos niveles de abstracción y conceptualidad que requiere".

El libro que hoy presentamos comienza entreverando "el doble itinerario vital y profesional del escritor, como creador e infatigable promotor cultural", lo que "ayudará al lector a comprender mejor el peso decisivo de su figura en el ámbito cultural panameño". Luego la autora alude y trata de desentrañar modos y mundos de "la textura fantástica definitoria de Duplicaciones". Los capítulos tercero y cuarto versan "sobre la tipología de voces narrativas y las estrategias tempo-espaciales que estructuran los cuentos".

Estos capítulos contienen algo de recorrido indiscreto que observa con mirada oblicua lo que le pasa al escritor. Pareciera que escribir sobre Jaramillo Levi es como enfrentarse a una fractura: el hecho suscita la paradoja de poner en claro, a través del extrañamiento de la escritura, donde se filtran insinuaciones, excitaciones, insólitos regodeos y un sinnúmero de actos que se vuelcan al caos para poder recuperar el sosiego. La mirada literaria oblicua de Ángela, deja siempre un margen de sugerencias por donde se cuelan muchas posibilidades de lectura.

Así, esta amante de la palabra escrita, conscientemente cae en la "trampa del desdoblamiento", acecha en las estrategias del discurso del autor de Duplicaciones recreando mundos inverosímiles, aun a pesar de la contingencia, o por la contingencia misma. En La mirada oblicua nos involucra en el proceso de cómo el sentido de lo real se vuelve poroso y ambiguo, la muerte y los sueños se estabilizan en una curiosa eternidad.

La empatía de la mirada oblicua de Ángela dirigida a Enrique recuerda unos fragmentos de la conversación sostenida entre Manuel Lozano y Silvina Ocampo:

"Yo vivo en un eterno presente...¿No es francamente patético ser el último de una estirpe, el último de una raza, el último escritor? ¿Cuál será su verdadero rostro en el instante que lo separe de la vida?...

Manuel, ¿nunca te preguntaste si el tiempo de los espejos coincide con el de nuestras vidas? Pienso en un espejo de arena para perdernos, irremediablemente. O acaso para encontrarnos, irremediablemente. La arena es el vestíbulo de la dispersión total." (Tomado de: Manuel Lozano, Conversaciones con Silvina Ocampo,1987.)

Por su parte, José Saramago narró en una entrevista con Silvia Lemus, en 1998, un episodio en el que de joven le gustaba asistir a funciones de teatro para las que solía comprar el boleto más barato. En una ocasión, desde lo alto de la galería logró observar de cerca una espléndida reproducción de la corona del rey. Y como la miraba desde el ángulo oblicuo, descubrió que en las cavidades de la corona se escondían muchas telarañas.

La mirada oblicua de Ángela Romero expresa la posibilidad de descubrir tejidos ocultos al punto de vista acostumbrado y es precisamente esa mirada oblicua, que descompone el mundo jaramilloleviano sometiéndolo a una suerte de efecto de prisma, lo que nos ayuda a ver mejor la realidad.

La autora sabe que la mirada oblicua ilumina, a veces de modo revelador, la esencia de cierta realidad; y no pocas veces nos planta en el centro del desasosiego.

Sin duda, este ensayo aporta a la cultura una manera de abordar la crítica que rebasa los límites formales del género. En La mirada oblicua reclama a la crítica que sea creadora, que engendre en el lector un acto naciente. Lo que le interesa del libro es la filosofía de su creación, lo que puede aportar de novedoso e inédito a los eternos planteamientos sobre el espacio y el tiempo.

En el capítulo V, titulado, "Voces y miradas: legitimación de otra forma de contar", Ángela Romero define como un verdadero hallazgo de Jaramillo Levi el haber alcanzado perfilar el tiempo de la duda, de la no certeza.

Es imprescindible hacer alusión a algunas ideas sobre la originalidad de las voces en Duplicaciones: "Lo realmente renovador es el modo en que dispone estructuralmente ese transcurrir temporal prescindiendo del ya tradicional método del monólogo interior para desplazarlo. Ejemplo emblemático es uno de los cuentos más largos y más complejos del libro: "Dicen que no tuvo un buen motivo". "La notoria incorporación a Duplicaciones del espectro vocal femenino constituye un aspecto hondamente novedoso". "También comprobamos que el proyecto narrativo en cuanto a la coherencia textual de Duplicaciones se cumple con creces en el plano de las voces narrativas".

En La mirada oblicua nos sorprende la aparente facilidad con que la autora maneja la amplitud de sus registros escriturales, la riqueza de su repertorio formal, la destreza para intertextualizar para troquelar un texto que amalgama huellas provenientes de diversas literaturas occidentales su virtuosismo para hibridar materias y materiales en una forma inédita

que incluye una resonancia interior de baja intensidad.

El dardo literario lanzado por Ángela Romero Pérez para desentrañar modos y mundos integra otro aspecto de su arte crítico.

En el sexto capítulo, dedicado a "horadar las zonas oscuras o la expresión de lo indescifrable" se expone que "lo primero que salta a la vista elaborando un tanteo teórico de Duplicaciones es la expresión de filiación universal que los guía y huye de los estereotipos y automatismos provenientes del código lingüístico corriente." La ensayista concluye que "No hay apenas espacio en sus páginas a los localismos o folklorismos propios del habla panameña o del área centroamericana en general, ni marcas que personalicen idiolectos particulares o que lleven apareada una denotación de carácter socio-lingüístico".

Este extraordinario ensayo: La mirada oblicua: voces, siluetas y texturas en Duplicaciones de Enrique Jaramillo Levi, encara múltiples aspectos creativos y persigue que su trabajo de conjunto, íntegramente dedicado al estudio de Duplicaciones, ofrezca espacio de su lectura global.

Una veta aprovechable constituye el excelente deslinde de las connotaciones fantásticas y neofantásticas tradicionales y diferentes en los cuentos de Jaramillo Levi, sobre todo usando como referencia los postulados de Tzvetan Todorov y de Jaime Alazraqui.

En el ensayo crítico que ve por primera vez la luz se lee : "(...) aunque el miedo está en muchos casos en el germen de lo fantástico, no siempre, el régimen interno de esta nueva tipología de relatos a los que cumplidamente pertenece Duplicaciones se afianza en la provocación de un estremecimiento, una soterrada injusticia producida por una impresión intelectual y emocional imposible de descifrar, por huidiza e inexplicable, mediante mecanismos racionales"; llegando a la conclusión de que, "...sin duda la aclimatación al género fantástico que adoptan los cuentos de Duplicaciones es hondamente original. Pues nos adentran en el terreno de lo oscuramente incierto, pero al mismo tiempo familiar, desde un manejo maestro del horror que tiende inefables puentes de contacto entre lo íntimo y propio con lo ajeno y desconocido, en indescifrable y mágica seducción."

Por lo demás, se aclaran conceptos activos y despejan prejuicios. A la par que se sistematiza la información más oportuna sobre la materia: El ensayo de Ángela Romero constituye un libro muy útil para la reflexión y el análisis.

Otro enfoque admirable es el que aplica al desmenuzamiento del tema de "la fractura de la identidad" en Duplicaciones donde acota que Jaramillo Levi se apoya en unos cuentos, en "un personaje abocado a una fragmentación mental, con tendencia a la enajenación o la definitiva locura"; y, en otros, desde "la trasgresión mental" hasta "el abandono de los propios rasgos físicos y la adopción de los de otro ser", fórmulas que despliega "haciendo gala de un absoluto dominio creativo."

Importantes consideraciones enhebra Ángela en los capítulos sobre la estructura formal del libro que analiza, así como ésta: "La teoría de la indeterminación fundadora de la ambigüedad como principio estructurador formal de Duplicaciones lo liga directamente, en tanto que obra contemporánea, colmada de sugerencia e intencionalmente huidiza de cualquier imperativo dogmático, con la poética de la "obra abierta" que formalmente estructurara Humberto Eco."

En cada línea de su ensayo se advierte un anhelo por comprender la literatura panameña a través de Duplicaciones, aprehender sus distintivos y peculiaridades, examinar sus universalidades destacando que "...de manera genérica subyace en los cuentos (...) un tema vertebral de la literatura contemporánea, como es la alienación humana (...)" En Jaramillo Levi "cobra otros relieves y en movimiento dual se aleja del lugar común: se pone a los personajes al límite de su existencia individual al confrontarlos con sus fantasmas personales y hundirlos en la más absoluta desesperanza: o bien se alienta la posibilidad estimulante de gozar inéditas existencias."

Su talento de crítica literaria le permite trascender el hermetismo conceptual para conseguir una interpretación muy certera desentrañando quirúrgicamente modos y mundos que se encuentran en la obra de Jaramillo Levi: "encontramos en Duplicaciones fraguadas varias tipologías temporales, todas en ramificaciones y derivaciones concretas en cuanto al alcance interpretativo se refiere y con infinita riqueza de matices. Lo único que varía dentro de cada cuento es el grado de trasgresión temporal en que se debate. Hay desviaciones temporales cercanas a las convencionales y que no sobresalen, pero otras son tan intrincadas que exigen esfuerzo para acceder a su comprensión". De esta forma, Ángela Romero Pérez explica algunos entresijos relacionados con los extraordinarios cuentos de Jaramillo Levi, transformando la lectura de su ensayo en ameno ejercicio de lucidez y descubrimiento de nuestra identidad literaria.

A pesar de tener unos cuantos años de diferencia, este cuentista panameño es un héroe epónimo de Ángela Romero Pérez: al analizar el cuento de "Nereida" la autora se refiere a "los grados de complejidad de que él es capaz en la elaboración

meticulosa de sus textos, no utilizada en estos niveles en la literatura panameña hasta el momento."

La escritura en intensidad de Ángela Romero marca, o por decirlo de otro modo, intensifica, nuestros niveles de creatividad y placer jubiloso.

Este ensayo de crítica literaria no constituye únicamente un devenir paralelo al de la obra literaria que refleja, como sobre la superficie de un espejo reductor, todo lo pensado u opinado acerca del arte de las palabras: es una suma de productos culturales autónomos, autosuficientes un acervo intelectual de enorme valor y trascendencia que además evidencia que Enrique Jaramillo Levi merece el profundo estudio de su obra que se suele consagrar a los grandes escritores.

Ángela Romero ofrece un análisis íntegro y sucinto del tema La mirada oblicua: voces, siluetas y texturas en Duplicaciones de Enrique Jaramillo Levi de apretadas y lúcidas perspectivas, haciendo un aporte a la crítica de nuestros horizontes literarios.
Sin lugar a disputa esta obra es el mayor tributo de la crítica literaria española al examen de nuestra narrativa; es una gustosa cereza que corona el dulce literario de la celebración del centenario de la República.

- Presentación de La mirada oblicua: voces, siluetas y texturas en Duplicaciones de Enrique Jaramillo Levi, de Ángela Romero Pérez, el 26 de noviembre de 2003 en el Salón de Profesores de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Panamá y en la librería Exedra Books, el 3 de diciembre de 2003.

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

RESEÑAS

A este y al otro lado del espejo.
Resignaciones y huidas en El escapista y demás fugas, de Carlos Oriel Wynter Melo.

Bibiana Castro Ramírez (Colombiana)
[Universidad Nacional]

Al principio, la lucha permanente entre lo que somos, por desidia o por imposición, y lo que quisiéramos ser y no podemos. Enseguida, la creciente sensación de derrota frente a lo que somos, frente a lo real y cotidiano con toda la carga de hastío que llevan encima y arrojan sobre nosotros. Y de fondo, una voz que anuncia, contra todas las posibilidades, el hallazgo de una salida, de una puerta de escape, aunque no queda muy claro hacia dónde. Esa angustia y esa voz recorren los cuentos de El escapista y demás fugas del escritor panameño Carlos Oriel Wynter Melo, y atraviesan las vidas de sus personajes para dejarlos y dejarnos frente a una encrucijada. Algunos oyen la voz, la desatienden y se resignan a convivir con la desesperanza. Otros, los menos, se arriesgan y toman el camino que, quién lo sabe, tal vez tampoco conduce a ninguna parte.

La sospecha surge cuando se piensa en las formas a través de las cuales se manifiesta esa voz de alerta. Detengámonos en algunas. En "Nicanor da la vuelta" el personaje la descubre en la literatura; es un libro el que habla a Nicanor de la posible aventura, mientras sus horas diarias de vigilia se consumen en medio de la atención a sus padres y la rutina del trabajo. Es la lectura entonces la vía de escape. Pero también la muerte. Cuando muere el padre de Nicanor, la rutina de sus días se rompe y es arrojado al abismo de la incertidumbre. El administrador, personaje del cuento homónimo, halla la opción de la fuga al proyectarse en ese doble de sí mismo que, a diferencia suya, es capaz de despojarse de las vestiduras del trabajo y de las ataduras de su mente, para permitirse experimentar toda clase de placeres sensuales. Teodoro, en "Apariciones", se contagia momentáneamente de la locura de su esposa y puede, así, ver a la mujer desnuda que cada tanto tiempo se aparece en la cocina. Por último, Vitorio Casagrande, el escapista, se fuga del tedio que lo está matando en vida por medio de su último acto de magia en el que se desaparece a sí mismo para no retomar.

Lo que tienen en común estas posibilidades de huida frente a las que se encuentran los personajes de Wynter Melo es su cercanía a la irrealidad, a lo fantástico, a lo soñado o imaginado. Magia, locura y literatura se ubican en el límite que separa lo posible de lo impensable, esto es, nuestras limitaciones humanas de la omnipotencia que suele ser privilegio de los dioses; y, si se juzgan con ojos en exceso racionales, no tardarán en ser equiparadas a mentiras absolutas, en ser acusadas de falsos profetas que anuncian a los incautos paraísos inexistentes.

Puesto que la única certeza parece descansar en el infierno en que se han convertido las vidas narradas en El escapista y demás fugas, no queda más que comprender, hasta la simpatía, a aquellos que no renuncian y optan por huir. La huida constituye en estos cuentos una forma de rebelarse contra un destino que, de otra manera, terminaría por destruirlos como a los personajes de las tragedias griegas. Ese destino se resume en este caso en el cansancio que no descansa hasta corroer la vida en todas sus dimensiones; el amor, el trabajo, la familia y, en general, todo lo que toca y es tocado por el hombre, va camino hacia el inevitable fastidio. Por eso, el mago Vitorio Casagrande se reviste de un carácter heroico cuando, eludiendo su hado, nos sorprende con el truco de su desaparición. Por eso no se duda en acompañar al 'niño tonto' del cuento titulado "Pájaros", hasta el final de su perseverancia, que hace surgir alas de su cuerpo con la promesa de desterrarlo de su realidad, tan detestable como la de la niña que se niega a hablar y no deja de observarlo desde su ventana.

Y los otros, los que por cualquier razón o sin ninguna se conforman con su predestinación, de nuevo como los personajes trágicos, mueven a compasión a quienes los contemplan en escena. Esta capacidad de "sentir con" que despiertan en el lector puede comprenderse si se piensa que, quienes los leemos, somos actores también; o mejor, encarnamos papeles similares en una similar tragedia. No cuesta demasiado reconocer que su escenario es también el nuestro, aun cuando ha pasado por el filtro de la imaginación del autor y ha adquirido allí rasgos imprecisos; la ficción, más que deformar, parece develar el mundo, al menos en esa capacidad suya de transformarse diariamente ante nuestros ojos en algo que no conocemos y, a la vez, tornarse rutinario hasta el hartazgo. Allí, nuestros ojos ya no pueden ver si no pasan delante de ellos las imágenes de siempre. Cuando surge el lobo del breve cuento de Wynter Melo, no creemos que sea él porque ha aparecido en un lugar que, de acuerdo con nuestros esquemas mentales prefijados, no le pertenece. Sólo le creemos cuando

se viste de perro apacible.

Y es que los personajes que no emprenden la fuga, o sólo lo hacen temporalmente, son prisioneros de la cárcel sin puertas de la costumbre. Así vemos a Norberto, protagonista del cuento que lleva su nombre, encadenado a su papel que lo mantiene en el centro de las burlas y la lástima, resignado, y hasta podría pensarse que feliz, con la infidelidad de su esposa, después de haber vislumbrado en otra mujer una posible salida; al administrador que, luego de desdoblarse para abandonar la rigidez de su rutina de trabajo, es de nuevo atraído hacia su centro, hacia la sordidez del mundo oficinesco en que se desenvuelve, dictando órdenes y prohibiciones; a Teodoro que, al cabo de unos instantes, es arrojado desde la locura salvadora al mundo real, a la calle de siempre en la que no está más la mujer desnuda. El mismo Nicanor, que se escapa unas horas al día para leer la historia del aventurero que, en principio, en nada se le parece, termina por verse reflejado en ese otro personaje literario. Desde el momento de la identificación, ambos comparten un destino igual al del padre de Nicanor: llegar a viejo, a fuerza de adquirir hábitos que se repiten día tras día, hasta que viene la muerte. Morir, entonces, se despoja también de ese carácter inicial de ruptura y se convierte en una costumbre más.

La idea del reflejo que aparece en "Nicanor da la vuelta", a propósito de la identificación del personaje con el aventurero de su ficción, parece estar presente de manera implícita a lo largo de El escapista y demás fugas. Esos personajes configurados a partir de la costumbre, se reflejan unos a otros como dentro de un cerco de espejos; cambian los nombres, los escenarios y las situaciones, pero no la atmósfera enrarecida en la que no han aprendido del todo a respirar. Si se miran desde esta perspectiva, no resultan casuales las palabras del autor en la Presentación de sus cuentos: "el libro se ha convertido en un espejo en el que me exploro". Dice, además, que esa experiencia ha dejado de ser solitaria desde el momento en que otros lectores se han visto reflejados allí.

Así que la imagen del espejo nos ha acompañado hasta aquí como invitándonos con su insolencia, con su insistencia en reflejarnos, a que la rompamos; y nos muestra que estamos de vuelta en la misma encrucijada del principio, en aquella por la que pasaron Nicanor, el administrador, Teodoro y Norberto, entre otros, ahora con un espejo, casi esfinge, de por medio. No quebrarlo implica la resignación, tranquilizadora pero asfixiante. Queda siempre la segunda opción: quebrarlo para intentar pasar a través suyo, a riesgo de quedar atrapados entre los pedazos rotos, rotos nosotros también; o, por qué no, salir como el escapista hacia otro espacio, quién sabe si mejor o peor, pero, por el momento, con la promesa de ser diferente.

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

RESEÑAS

Vida en la palabra vida en el tiempo

Juan Antonio Gómez

Vida en la palabra vida en el tiempo, el más reciente libro de Salvador Medina Barahona, que esta noche nos reúne en este recinto, y que tengo el honor de presentar, es una obra muy bien concebida y editada. La primera impresión que nos causa su lectura es la de una admirable precisión. Sentimos que todo está en su justo lugar, que no sobra ni falta nada. Un Prólogo y un Epílogo que se muerden la cola, formando una circunferencia y que además, dan título al libro. Título adecuado: vida en la palabra, vida en el tiempo. Tres conceptos fundamentales y fundacionales: vida... palabra... tiempo. La vida y el tiempo enlazados, unidos por la palabra. "Porque aquella palabra que es vida perdura en el tiempo", me atrevería a decir que es la tesis que resume el espíritu y el sentido último de esta obra. Obra poética, lírica; "poesía de la poesía", como acertadamente la define su autor, en la generosa dedicatoria que nos dispensó.

Diez textos poéticos breves surgidos ocho de éstos como comentarios a la obra de otros poetas, a través de los cuales Salvador Medina Barahona nos da a conocer su visión del mundo ya que, como con tanta precisión nos dice Ricardo Piglia en las palabras que sirven de epígrafe al libro: "Uno escribe su vida cuando cree escribir sus lecturas".

Textos poéticos breves que han sido re-escritos, es decir: revisados y corregidos por su autor, lo que revela una plausible actitud autocrítica y la seria responsabilidad con que Salvador Medina Barahona asume su oficio de poeta.

Roberto Sosa, Fayad Jamis, Viviane Nathan, Chuchú Martínez, Xavier Collado, Enrique Jaramillo Levi, Porfirio Salazar y Javier Alvarado son los ocho poetas que le sirven de sustento y pretexto a Salvador Medina Barahona para exponernos su poética, su visión de la vida, de la muerte y de la literatura. Pero además y esto es doblemente significativo estos micro-ensayos hacen una justa valoración de algunas de las obras de estos poetas, logrando lo que toda buena crítica literaria debe conseguir: despertar o intensificar el interés por conocer la obra de un autor, y orientar nuestras lecturas.

En un medio como el nuestro, en donde la mezquindad y los intereses aviesos se enseñorean, encontramos muy a menudo dos actitudes igualmente perniciosas entre aquellos que de tanto en tanto ejercen la crítica literaria: la alabanza exagerada, por amistad o interés y la demolición destructora, por antagonismo o enemistad personal o ideológica.

Es pues, por demás estimulante, presentar esta noche la nueva obra de Salvador Medina Barahona "Vida en la palabra vida en el tiempo, esta escritura de sus lecturas, que tan equilibrada, justa y precisa —y por ello necesaria— se nos presenta en sus comentarios críticos y valoración de los poetas reseñados.
Para terminar escuchemos a Salvador Medina Barahona. He seleccionado dos fragmentos, del Prólogo y del Epílogo, para compartirlos con ustedes:

"La palabra es Libertad, reinvención de sí misma, del hombre, de la tierra; eje para lo profético; lo combativo; para la ternura. Senda. Filo de navaja hacia la verdad. Atentado ilímite contra la mentira y sus formas. Visión difusa del antes, el durante y el después. Certeza del hombre en su incertidumbre. Incertidumbre del hombre ante su certeza. Ordenamiento del caos y destrucción..."

"En realidad palabra y tiempo son indisolubles. Por eso la palabra dura, nos dura (al decir de Ross-Zanet). Por eso el tiempo no es simulacro: es Palabra. En los siguientes versos está la síntesis de la escritura: Si calláramos / frágil sería la eternidad. (Gustavo Batista Cedeño, Áncora).

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

PAPELES DE LA <<MAGA>>

Dejando caer estrellas
[Discurso de graduación en el Diplomado en Creación Literaria 2003]

Lupita Quirós Athanasiadis

Dejamos atrás la trocha llena de abrojos y zarzales que deshicimos al andar en pos de un sueño, el mismo que nos trajo al sendero ansiado y promisorio del conocimiento aprendido; y es por eso que aquí vamos dejando caer estrellas.

Cuando llegamos, sólo creábamos frases con gramáticos anhelos que difíciles fluían en preocupados desvelos y que, gracias a la gran experiencia y brillante orientación didáctica de todos nuestros profesores y a la asesoría tan apreciada de nuestro querido "hacedor de sueños literarios", Profesor Enrique Jaramillo Levi, hoy se han hecho realidad.

Porque el escribir en Panamá es, en ocasiones, un amargo ejercicio que, desafortunadamente, hace desistir a muchos el camino emprendido y sólo los que aúnan el tesón y el amor por la creación de la palabra escrita logran triunfos perecederos.

Es por eso que aplaudimos la visión quijotesca de quienes hicieron posible que el panameño cuente con este Diplomado en Creación Literaria dictado en las aulas de la Universidad Tecnológica de Panamá, al mismo tiempo que les hacemos un llamado de estímulo para que continúen propiciando nuevas versiones del mismo, que enaltece y valoriza esta ardua vocación.

Somos un grupo heterogéneo de profesionales: científicos, periodistas, sicólogos, contadores, ingenieros, publicistas, profesores, decoradores y varios abogados; sin embargo, al principio me vi junto con todos ellos en una ilusoria visión de un conjunto de niños que uníamos nuestras tiernas manos inquietas para cantar rondas infantiles con el valioso propósito de entonar armoniosas melodías.

Estudiamos las técnicas y directrices de nuestros maestros y, con torpes malabarismos y sonoras carcajadas, aprendimos a hacer cuentos, ensayos, poesías e intentos de obras de teatro y éramos un grupo muy compenetrado que gustaba de corregir y celebrar, con entusiasmo, los logros de los demás y, al hacerlo, de aquella ronda infantil, surgían aplausos festivos que a todos nos llenaban de orgullo.

Hoy nuestros cánticos, gorjeos inaudibles del ayer, son sílabas sonoras y palabras certeras que se unen, como cuentas de un rosario, en frases eslabonadas que buscan, con el aplomo de los primeros pasos, la persistencia de seguir el rastro y alcanzar las huellas de grandes escritores que en el mundo han sido.

A todos mis compañeros dedico esta frase en alguna parte leída: "mi inspiración es una piedra preciosa, soy el único que puede hacer que se destaque su brillo o dejar que se apague para siempre".

Pienso que no sólo contamos con una piedra preciosa a la cual podremos pulir a nuestro antojo, sino que esa piedra es ya, por sí misma, una encendida e inextinguible antorcha que busca ser traspasada a futuras generaciones de Diplomados como éste.

Debemos procurar que se multipliquen sus destellos en miles de rayos de luz, ahora que baja la ronda por los sigilosos caminos de lo aprendido, para así sembrar nuestros pasos con claras resonancias, cuando de nuestras cestas dejemos caer las estrellas del talento por el sendero panameño de la excelencia literaria.

Panamá, 13 de Noviembre de 2003.

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

PAPELES DE LA <<MAGA>>

Diplomado en Creación Literaria 2003
Señales prometedoras*

Enrique Jaramillo Levi

Esta tarde nos congregan dos sueños realizados.

Porque sueño es toda ilusión concebida con la posibilidad, mediata o inmediata, remota o previsible, de su realización. Y quienes egresan hoy como tercera generación del Diplomado en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá, al igual que quien ahora se hace merecedor del Premio Nacional de Cuento "José Maria Sánchez" 2003, sin duda logran materializar un sueño. Pequeño, acaso modesto, pero al fin y al cabo sueños. Examinemos por qué...

En Panamá quien escribe, sobre todo quien empieza a escribir, suele ser mirado de soslayo, con abierta o mal disimulada sorna. Mucha gente no entiende para qué sirve eso de escribir, qué beneficios deja en un medio como el nuestro. No es fácil abrirse paso como poeta, cuentista o novelista. Y entonces resulta que un Diplomado como éste, en el que los profesores son todos escritores de cierta trayectoria o esforzados críticos; en el que una Universidad Tecnológica es la institución que abre los espacios literarios y se sitúa a la vanguardia de las iniciativas diferentes y, sobre todo, útiles (en el mejor sentido de la palabra), se convierte en una nueva manera de aprender haciendo. Porque por más inspiración que pueda tener una persona en el momento de escribir, hay conocimientos y técnicas, habilidades y experiencias, que en mucho ayudan a encausar ese talento. Por supuesto, finalmente todo dependerá de la capacidad de los profesores para compartir su sabiduría y su propia experiencia; y de la habilidad que posteriormente demuestren los futuros autores para asimilar lo esencial y, amalgamándolo con sus emociones, ideas, experiencias, imaginación y oficio, producir obras significativas. Se trata, pues, de un estímulo documentado; y de lo que cada quien sea capaz de hacer con él.

Y por otra parte, ¿quién no llega al momento en que siente madura una obra, y se aventura por el difícil camino de la participación en los primeros certámenes literarios; o, saltándose éstos, directamente se mete al mundillo a veces tan inhóspito de las publicaciones? Publicaciones que, por cierto, a menudo son en realidad, sobre todo en nuestro medio, autopublicaciones. Son pasos que en algún momento hay que dar, arriesgándolo todo, entusiastas y confiados.

El Premio Nacional de Cuento "José María Sánchez" fue creado por la Universidad Tecnológica de Panamá en abril de 1996. El primer ganador fue Rogelio Guerra Ávila; y el más reciente, Eduardo Antonio Soto Pimentel. Ocho años de premiaciones y, por extensión, de publicaciones. Como quiera que se mire, un estímulo importante para nuestra Letras. Porque si bien el premio en dinero es muy modesto (B/.500.00), el hecho de que se publique luego la obra ganadora por parte de la entidad organizadora, y pasando el tiempo, el prestigio mismo que ha ido adquiriendo el concurso, hacen de esta presea literaria un honor al que nadie puede regatearle sus méritos.

Pero, además, resulta que Soto Pimentel se graduó el año pasado precisamente de este Diplomado en Creación Literaria: Mismo certamen, diferentes jurados, obras distintas. El resultado evidente cada año es el de nuevas plumas que ingresan con pausada pero certera dignidad a la dura arena de la Literatura Nacional. Todo parece indicar que se están dando buenos augurios, señales prometedoras que también son ya hechos cumplidos que habrá que prolongar en el tiempo para que permanezcan, enriquecidos, en la memoria colectiva.

La Universidad Tecnológica de Panamá, gracias a la visión de sus autoridades pasadas y presentes, continúa abriendo puertas y ventanas para que entre aire fresco al noble recinto de la Cultura y sus manifestaciones.

Panamá, 13 de noviembre de 2003.

* Palabras pronunciadas el 13 de noviembre de 2003, en la Biblioteca de la antigua sede de la Universidad Tecnológica de Panamá, con motivo de la Graduación de la tercera promoción del Diplomado en Creación Literaria y del acto de premiación del Premio Nacional de Cuento "José Maria Sánchez" 2003.

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA Maga

Fundado en Marzo de 1984

PAPELES DE LA <<MAGA>>

Concurso <<Maga>>
Del Cuento Breve
2004

Con el fin de estimular en Panamá la concisión en la escritura de cuentos que resulten memorables, la Fundación Cultural Signos retoma su iniciativa de convocar anualmente a narradores de cualquier edad y experiencia para que participen en el Concurso <<Maga>> del Cuento Breve, de acuerdo a las siguientes:

Bases

Podrán participar autores panameños – por nacimiento o naturalización – de cualquier edad y experiencia. Los cuentos se recibirán por correo hasta el 13 de agosto de 2004 (se respetará el sello de correo). Podrán enviarse un máximo de tres (3) cuentos breves por autor, de los cuales sólo uno podrá ser seleccionado para Premio Único; los otros dos cuentos, si los hubiera, podrán ser considerados para una o ambas Menciones Honoríficas del cuento en la revista Maga. El Premio Único consistirá en la suma de B/. 100.00 (Cien Balboas), diploma y la publicación del cuento en la revista Maga. Podrá haber una o dos Menciones Honoríficas, que se premiarán con sendos diplomas y la publicación de los respectivos cuentos en la revista Maga. No podrá declararse desierto el Premio Único, aunque sí las Menciones. Los cuentos se enviarán con títulos individuales, firmados con seudónimos (si se envía más de uno, cada texto tendrá el mismo seudónimo), en original y dos copias, escritas a máquina o computadora, con letra de 12 puntos, a doble espacio, márgenes reglamentarios, por una sola cara, en papel bond tamaño 8 ½ “x 11”. El cuento no debe tener más de 25 renglones. En sobre cerrado, anexo al material, con seudónimo y el nombre del cuento escritos en su parte exterior, vendrán los siguientes datos: nombre del autor, copia de cédula, dirección y teléfono, pequeño currículum y fotografía. El material deberá enviarse a la siguiente dirección:
Enrique Jaramillo Levi
Concurso <<Maga>> del Cuento Breve
Apartado Postal 10276
Panamá, 4 PanamáEl Jurado estará formado por tres (3) escritores o críticos reconocidos, quienes dispondrán de un mes para emitir su Fallo razonado.El Premio se entregará la última semana de septiembre de 2004, durante la <<Semana del Libro>>; la fecha y lugar se darán a conocer oportunamente.

La Fundación Signos garantiza la seriedad de este certamen literario.

Panamá, enero de 2004